

JOHARI GAUTIER CARMONA



**CUENTOS HISTÓRICOS  
DEL  
PUEBLO AFRICANO**



JOHARI GAUTIER CARMONA

*Cuentos históricos  
del pueblo africano*



ALMUZARA  
2009

© JOHARI GAUTIER CARMONA, 2009

© EDITORIAL ALMUZARA S.L., 2009

1ª edición: noviembre de 2009

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA

[www.editorialalmuzara.com](http://www.editorialalmuzara.com)

Imprime: IMPRENTA KADMOS

«La educación es el arma más poderosa que  
puedes usar para cambiar el mundo.»  
Nelson Mandela

«Nada en el mundo es más peligroso que la ignorancia  
sincera y la estupidez concienzuda.»  
Martin Luther King

«Hasta que África no controle su destino,  
no recuperará su humanidad.»  
Wole Soyinka

«No olvides tu historia ni tu destino.»  
Bob Marley

«La enseñanza es el pasaporte para el futuro. El mañana  
pertenece a las personas que se preparan en el presente.»  
Malcolm X

# Índice

INTROITO .....	6
----------------	---

## CUENTOS DEL ÁFRICA ANTIGUA, CLÁSICA Y COLONIAL

LA MUJER FARAÓN.....	9
INQUIETUDES DE UN SACERDOTE EGIPCIO .....	11
CARTA AL PODEROSO REY DE AXUM .....	15
SUNDIATA KEITA: EL LEÓN DE MALI .....	20
EL SUEÑO DE ABUBAKARI II EL EXPLORADOR .....	28
EL PEREGRINAJE DE KANKA MOUSSA .....	37
UN DÍA DE PESCA HISTÓRICO CON EL PUEBLO LEBOU .....	42
RECUERDOS DE UN MINISTRO DE SONNI ALI BER .....	49
EL ESCLAVO ASHANTI.....	53
LA PROFECÍA DE CHAKA ZULÚ .....	56
EL GRAN TREK .....	60
LAT DYOR O LAS TRIBULACIONES DE UN GOBERNADOR FRANCÉS.....	63
LOS DESAIRES DE MENELIK II.....	70

## CUENTOS DE LA DIÁSPORA AFRICANA EN LAS AMÉRICAS

UN REY NEGRO EN AMÉRICA LATINA .....	75
INSUMISIÓN EN LAS ANTILLAS FRANCESAS.....	84
CONSTRUYENDO LA PRIMERA REPÚBLICA NEGRA .....	93
QUERIDA ROSA .....	96
ASESINARON AL REY.....	100

# INTROITO

África. Una palabra corta y sencilla que evoca tantas imágenes. Es el continente de la belleza, la pasión, la naturaleza, la grandeza, las emociones, la risa, la música, el baile y la Historia con mayúscula.

África es abundante en imperios, aventureros, soñadores, leyendas, tradición, sabiduría, anécdotas, expresiones y sentimientos. Su influencia se extiende más allá de sus límites geográficos y engloba también a gran parte de las Américas, con quien comparte un periodo doloroso de la Humanidad, la trata negrera.

Muchos africanos de otros lugares, de América y las Antillas, hablan de ella con nostalgia, sin haberla conocido nunca. Yo, afortunadamente, tuve la dicha de conocerla y de conocer más sobre mi propia historia.

Tengo el orgullo de presentar a través de estos cuentos la dignidad de un pueblo muy a menudo vilipendiado y de reivindicar, como afrodescendiente, una africanidad que pide a gritos un lugar en mi identidad... y en la de muchos otros.



# CUENTOS DEL ÁFRICA ANTIGUA, CLÁSICA Y COLONIAL



# LA MUJER FARAÓN

*Egipto, 1500 años a. J. C.*

Aparece con caminar sensual y dominante, sube con languidez, voluptuosa y seductora, las escaleras del magno monumento que inaugura. Todo el pueblo la observa y ella respira con tranquilidad, mantiene su rostro erguido, segura de su belleza y de su poder, orgullosa de su estirpe y de sus logros. Todo en ella emana un poder extremo, magnético y deslumbrante: la serenidad de sus finos labios y de sus ojos de azabache, la hermosura de su tez oscura y brillante, el vaivén de sus caderas, la magia de sus pasos... Una melodía de aplausos y aclamaciones la siguen. Pero no se detiene ni sonríe, lo que aumenta su belleza. La acompaña su hombre de confianza, Senenmut, el arquitecto oficial del reino y asesor personal de la reina-faraón, ingenioso, discreto y fidedigno. Desde hace unos años la corte y parte del pueblo sospechan que hay una relación entre ellos, quizás un amor secreto. Ella no tiene marido y sin embargo es joven y hermosa, acaso la mujer más bella que haya existido. Su gracia es incuestionablemente divina, es Hatshepsut, «la primera de las nobles damas», hija del faraón Tutmosis I y viuda de otro con quien consintió casarse por cuestiones políticas. Su difunto esposo, enclenque y débil, murió al poco tiempo de estar en el poder, dejando el trono vacante y, ella, determinada en afirmar su sangre real, no dudó en aprovechar el nuevo espacio que se le había concedido, posicionándose en lo más alto del imperio egipcio.

Ahora, y gracias al apoyo de súbditos y sacerdotes, es considerada como la auténtica hija del dios Amón, uno de los más grandes dioses de la mística egipcia; de ahí su belleza celestial, pura e inigualable, capaz de hipnotizar con cada paso, con cada bamboleo de su primorosa cintura. Ella lo es todo: el pasado, el presente y el futuro, el fuego y el viento y, en lo alto de las escaleras del templo que inaugura en la orilla oeste de Tebas, Deir el-Bahari, su potencia es infinitamente prodigiosa. El sublime de los sublimes, así es como se habría de llamar este templo

funerario. Su construcción ha sido ejecutada por Senenmut, que con exactitud geométrica, ha llevado a cabo el proyecto, como si en él hubiera querido demostrar todo su amor y toda su admiración. En lo alto de las escaleras, el viento seco del desierto acaricia la piel de la reina-faraón, que alza los brazos en un movimiento vigoroso y perfecto para agradecer la presencia de un pueblo entregado y devoto.

«Eres la mujer más poderosa de Egipto, del mundo entero», le dice discretamente Senenmut mientras ambos encaran la plebe exaltada. «Senenmut, dime algo que no sepa», responde ella con una mirada imperturbable y ambiciosa que magnifica sus bellos rasgos africanos. «Todos te aman», le dice Senenmut, «pero nadie como yo». Ella se mantiene inmóvil junto a él, saludando con un delicado gesto de su mano al pueblo fervoroso, y le contesta con un susurro afectuoso y taimado: «Yo también te amo». Senenmut recibe las palabras de la mujer-faraón con regocijo, ella lo es todo y le duele tener que ocultar su amor infinito. Le gustaría ser libre para abrazarla, para quererla en la intimidad del hogar, de sus sábanas, y aparecer en la escritura sobre la piedra como marido y amante reconocido; pero sabe que su condición de inferior imposibilita un amor así. «¿Hasta cuándo seguiremos amándonos de esta forma? ¿Hasta cuándo seguiremos ocultando lo evidente?», pregunta él con voz trémula. La respuesta de Hatshepsut se hace esperar, pero llega segura y contundente: «Hasta el final. Nuestro amor está condenado a la clandestinidad. Así lo quieren los dioses».

# INQUIETUDES DE UN SACERDOTE EGIPCIO

*Egipto, 1300 años a. J. C.*

—Amigo, entre —pronunció el sacerdote al percatarse de la llegada de su invitado. Su rostro se mantuvo rígido y compungido—. Siéntese aquí, por favor.

El visitante, otro sacerdote de la periferia de Tebas, se acomodó rápidamente en el asiento que le habían ofrecido y con un semblante grave mostró su preocupación. El hombre rechazó una bebida ofrecida por una sirvienta esbelta y seductora, pero el movimiento grácil y lento de sus senos, como frutos oscuros y tiernos expuestos a la luz, atrajo la mirada del visitante. La gravedad de la situación le obligó a concentrarse en el otro sacerdote.

—Dígame, cuál es su preocupación, querido amigo —expresó el invitado cruzando una pierna sobre la otra—. El mensaje que me ha enviado me ha alarmado en extremo.

El anfitrión carraspeó levemente.

—Mi preocupación es también la preocupación de miles de sacerdotes de la capital de nuestra nación —contestó apesadumbrado—. No sé si se ha enterado de lo que está ocurriendo, tal vez las noticias no lleguen con la misma presteza a los templos de la periferia, pero nuestro faraón, Akhenatón, se ha vuelto loco, completamente loco.

—He oído ciertas cosas —asintió inmediatamente el otro—. No crea que en la periferia de Tebas las noticias no llegan —el invitado sonrió irónicamente y ojeó las sugerentes curvas de la sirvienta que se agachaba de nuevo para acicalar un asiento cercano—. No es un secreto para nadie que Akhenatón, nuestro faraón, se está burlando de nuestros dioses al querer imponer una nueva y única deidad: Atón. Todos nosotros conocemos los gustos inconformistas del hijo de Amenhotep III y la falta de respeto hacia sus raíces —interrumpió su discurso para comenzar con un tono más optimista—. Pero aún así, él

no puede ignorar la solidez de nuestra tradición y el aprecio de las gentes por el dios Amón. Es imposible.

Con una expresión de recreo, el sacerdote escrutó persistentemente a su invitado.

—Veo que todas las noticias no llegan a la periferia —insistió altivamente—. No conoce los últimos sucesos.

—¿Qué ha pasado? —El invitado se alertó de repente.

—¡¿Qué ha pasado?! —repitió insolente el anfitrión—. El país se está derrumbando, se está partiendo en dos y usted me pregunta qué es lo que ha pasado. La comunicación de los acontecimientos importantes no llega a todas partes. Esto no hubiera ocurrido en el reinado de Amenhotep III o el de Hatshepsut.

Este desaire provocó el enojo del invitado, que se hizo patente con un gesto de ira. Se levantó y dirigió un dedo amenazador contra el anfitrión.

—Si usted me ha invitado para ridiculizarme en su casa o para mostrarme las últimas sirvientas que posee, le deseo un feliz día y que se pudra con las inquietudes de su corazón.

—Perdone mi impertinencia —clamó con visible arrepentimiento y manifestando sus disculpas con un gesto de cabeza. Alargó la mano para retener a su invitado y pronunció palabras conciliadoras—: La extrema seriedad de este asunto me está afectando duramente. No era mi intención hacerle sentir mal. Se lo ruego, quédese un poco más. Quiero compartir con usted una noticia abrumadora para que comprenda el motivo de mi desasosiego.

Su insistencia terminó mitigando la determinación de su invitado en irse y desaparecer furiosamente. Primero se mantuvo distante para exhibir la dignidad contra la cual habían atentado y, luego, ante las súplicas del sacerdote cedió y volvió a su asiento.

—Le escucho —expresó con gesto serio. Ahora tenía la situación bajo su control—, pero primero sírvame un vaso de vino endulzado con miel y luego cuénteme la historia con todos los detalles.

El sacerdote llamó a la sirvienta, que acudió con paso apresurado y un jarrón de barro entre sus femeninas manos. Los ojos del invitado se fijaron de nuevo en sus senos de piel oscura y turgente, en su movimiento grácil y excitante, mientras el preciado líquido caía en un vaso provocando un sonido agradable.

—Veo que le gusta —expresó el anfitrión con una sonrisa pícar—. Ya tendremos tiempo de hablar sobre ella, es la mayor ambrosía que ha habitado entre estas paredes.

—Vayamos al asunto —dijo el invitado mientras paladeaba el néctar con notable deleite. Su tono dejaba entrever un indeleble resentimiento—. No se creerá que nosotros, sacerdotes de la periferia, no tenemos asuntos que atender.

El rostro del anfitrión se ensombreció de nuevo y, después de tragar saliva, empezó a relatar:

—Akhenatón ya no sólo se contenta en clausurar templos dedicados a Amón y otras deidades —explicó con un aire de gravedad—. Ahora está hablando de dejar la ciudad de Tebas y trasladarse a una nueva que se encuentra en la ribera izquierda del Nilo, muy lejos de aquí —el hombre se frotó nerviosamente la nariz—. La ciudad no está acabada. Miles y miles de personas trabajan en su construcción, día y noche, y el faraón, siempre intranquilo e impaciente, ya muestra deseos por establecerse en ella, a pesar de que las obras no han terminado.

—¿Cómo? —saltó el invitado—. ¿Trasladarse? —colocó el vaso de vino sobre la mesa con un fuerte golpe—. Lleva muy poco tiempo en Tebas y ahora habla de irse a otra parte para alabar un Dios que no conocemos, Atón, un disco solar o lo que se diga que es. Esto es demasiado, incluso para él.

Las miradas se cruzaron. La alarma se evidenciaba en los ojos de ambos.

—¿Y con quién se va a ir? —siguió preguntado el invitado— ¿Quién le sigue en su locura?

La risa del sacerdote fue automática. Esta situación, estrambótica e imprevisible, era la primera vez que ocurría en la larga historia de los faraones. Esa historia milenaria en la que siempre habían convivido las deidades sin sobresaltos. Era algo risible, esperpéntico, que no tenía equivalente. Y un solo dios. ¿Por qué olvidarse de los numerosos dioses e imponer el culto de uno distinto? La risa del sacerdote se prolongó durante unos segundos, ante la mirada atónita del invitado, y terminó con una tos nerviosa y ronca que manifestaba un precario estado de salud.

—El faraón tiene el apoyo de su familia —comentó después de recomponerse—. Nefertiti, su bella esposa, le seguirá donde vaya. También lo hará el ejército y miles de sacerdotes que compartirán sus creencias —miró a su interlocutor—. Eso es lo que ahora me preocupa:

nosotros, los ortodoxos, nos vamos a quedar aquí, abandonados a nuestra suerte.

—¿Y Egipto? —preguntó el invitado llevándose lo que le quedaba de vino a la boca—. ¿Qué será de Egipto?

El silencio envolvió la estancia en la que los sacerdotes se hallaban. La mujer de los senos desnudos apareció para recoger los vasos, pero ahora su presencia no atraía la atención de mirada alguna.

—Egipto ya se está desmoronando. Nuestros dioses están indignados, estamos perdiendo posiciones con el extranjero y si todo continúa así, dentro de poco Egipto sólo será un recuerdo —concluyó el anfitrión con voz monocorde—. Ahora, lo que cuenta son nuestras vidas. Nada más —miró a su interlocutor con seriedad—. ¿Qué cree? ¿Debemos convertirnos a las nuevas creencias del faraón o no?

No había respuesta, pero sí la sensación de estar frente a un abismo, en el caos absoluto, en la ignominia, incluso la certeza de estar presenciando el fin de los tiempos. Ese mundo tan estable y ordenado en el que siempre habían vivido, ese reino milenario, poderoso y tradicionalista, había sido radicalmente transformado por un solo hombre y en un suspiro. Era algo descabellado. ¿Cómo pudo tomar el poder un hereje? ¿Cómo? Lo absurdo de la situación los petrificaba, los incapacitaba para encontrar una solución satisfactoria o para buscar alternativas viables.

Sus pensamientos viajaron hacia el pasado, recordando nostálgicamente tiempos de gloria y alegría, recordando los templos de Amón y las grandezas de Tebas; pero todo eso era pretérito. El presente era confusamente oscuro. Por eso siguió resonando en sus cabezas la pregunta que antes fue claramente pronunciada: ¿Debemos convertirnos a las nuevas creencias del faraón o no?

# CARTA AL PODEROSO REY DE AXUM

*Axum (Etiopía), año 336 d. J. C.*

Temblando y empapado en sudor apareció un mensajero en la corte del reino de Axum. Sus ropajes blancos, confeccionados por telas de origen norteño, ocultaban una piel lacerada, que desprendía un olor casi insoportable, y evidenciaban manchas del color de la tierra de siena en las costuras de las axilas, prueba del esfuerzo colosal realizado. Atónitos, los criados del rey Ezana le atendieron con cuidado y cautela. Temían que ese espantoso olor, hediondo y asfixiante, los impregnara. Además del hedor, la piel clara del hombre, blanca como el marfil que usaban para sus joyas, les hacía comportarse de forma distinta, no se trataba de un visitante cualquiera. Escrupulosos y mesurados en sus gestos, parecían señores a su lado.

—¿Quién es usted? —preguntaron los criados recelosos al unísono, creyendo al visitante una potencial amenaza. Entre ellos intercambiaron comentarios en voz baja y, constatando que el extraño no respondía, le hicieron otra pregunta—: ¿De dónde viene?

El extranjero no pudo responder. Estaba demasiado cansado. Exhausto. Perdió el conocimiento en la misma entrada del palacio y los criados se movilizaron para reanimarlo.

—Los blancos no aguantan el esfuerzo físico —comentó uno de ellos en tono irónico.

—No hables así —le espetó una criada con más autoridad—. Es un visitante y a los visitantes se les trata con respeto. Por blanco que sea, no se puede hablar así —la mujer suspiró hondamente—. Ya conoces las normas de hospitalidad de esta casa.

Enseguida acomodaron al mensajero en un asiento de la entrada. Aún habiendo caído inconsciente no había soltado de sus manos un rollo de pergamino sellado. Le quitaron sus ropajes, sucios y malolientes, maculados por el sudor y por el viaje. Le dieron de beber agua en un vaso dorado que brillaba candentemente.

—Aunque tengamos claras normas de hospitalidad, alguien de nuestro reino debería darles alguna lección de higiene, ¿no creéis? —expresó un sirviente con ganas de bromear.

El mensajero se despertó lentamente y, al ver tantos ojos que lo escudriñaban, se alzó inquieto.

—¿Dónde estoy? —preguntó nervioso.

Nadie le respondía. Ante el silencio de los sirvientes, no tuvo otra alternativa que examinar el lugar en el que se hallaba. Pudo vislumbrar enormes columnas de mármol, suntuosas escaleras adornadas con estatuas de marfil, centenares de cerámicas, gigantescas esculturas de piedra, oro y joyas que le deslumbraron. El reino bizantino de donde procedía, el centro de toda la riqueza, arte y cultura de su mundo, pareció derrumbarse en ese momento como un castillo de arena bajo la lluvia. El lugar al que había llegado, ese ignoto reino africano, nada tenía que envidiar a los imperios romano o persa.

—¿Esto es el Palacio del rey Ezana?

—Sí—respondió uno de los domésticos en un griego perfecto, más refinado incluso que el suyo propio. En aquel momento el extranjero no pudo contener su sorpresa. Le traicionaron sus ojos que delataban su asombro al ver a un hombre negro como el azabache responder en un griego tan canónico—. En efecto, éste es el palacio de su majestad Ezana. ¿Qué desea?

El mensajero se irguió súbitamente, con el pergamino en la mano, y sintió la necesidad de hacer algunas preguntas.

—Soy un mensajero enviado por el emperador Constantino, desde Constantinopla —balbuceó el hombre—. Llevo mucho tiempo viajando. Mi cabalgadura murió a mucha distancia de aquí y he tenido que caminar en pleno desierto, bajo un sol abrasador, hasta alcanzar el palacio de su majestad Ezana. He de hablar con el rey en persona, por favor.

—Extranjero, ¿de dónde ha dicho que viene? —preguntó un criado.

—De la ciudad de Constantinopla, la antigua ciudad de Bizancio, entre el mar Egeo y...

—¡Ya sabemos! —cortó uno de los domésticos.

Se miraron entre ellos con incredulidad.

—¿Habéis oído lo que cuenta este hombre? —comentó uno de ellos después de ahogar una carcajada en una mueca—. Tiene un sentido del humor inmejorable.



—Por favor —insistió el mensajero—, tengo que ver al rey en persona. Traigo un importante mensaje para él. ¿Acaso me enviarían a cruzar medio mundo por un motivo sin importancia?

La anciana impuso su autoridad entre los criados y ordenó que se informara al rey de la visita del mensajero. La seriedad volvió a apoderarse de los rostros de los criados y cada uno ocupó su lugar.

Uno de ellos entró en la sala en la que se hallaba el rey Ezana que estaba acompañado por Sezana, su inseparable hermano, se acercó a su excelencia, se arrodilló, aclaró la garganta y anunció la noticia con solemnidad:

—Un mensajero pide a hablar con usted, mi excelencia—dijo el criado sin dejar de mirar al suelo—. Es extranjero, y dice proceder de Constantinopla, la antigua ciudad de Bizancio, e insiste en la urgencia de su misiva.

El rey Ezana se extrañó.

—¿De Bizancio? —clamó mirando a su hermano.

—Permítele subir —dijo Sezana sin dilaciones—. Querrá anunciarnos alguna ceremonia oficial, una boda o bautizo importantes. Ya sabes cómo son nuestros vecinos del norte. Siempre desean invitarnos, para ellos somos los ricos socios que les inundan las despensas.

Acompañando las palabras de expresivos gestos de manos, Ezana ordenó que trajeran al heraldo y, aprovechando la ausencia del criado, sostuvo una breve conversación con su hermano Sezana:

—Me sorprende que Constantino nos mande un mensajero —expresó el rey misteriosamente—. ¿No pretenderá declararnos la guerra o implicarnos en algún conflicto con reinos vecinos?

—No creo que nos quiera declarar la guerra —sentenció inmediatamente Sezana—. El reino de Axum es poderoso y dependen en demasía de nosotros como para cometer ese error.

Después de ser anunciado, el emisario entró en la sala, lenta y cautelosamente. Se arrodilló ante Ezana, agradeciendo su atención, y explicó, tembloroso y entrecortado, que su visita era puramente diplomática.

—Disculpe mi ignorancia —dijo el enviado—. Poco sé de vuestro idioma, pero me aseguraron de donde vengo que conocen bien el nuestro, que acuñan monedas en griego y que son cristianos al igual que nosotros.

El rey Ezana y su hermano asintieron, conservando la gravedad en sus rostros.

—Cuéntanos, por favor, el motivo de tu visita —dijo el rey Ezana.

El mensajero tragó saliva, secó el sudor que perlaba en su frente, abrió el pergamino que tenía en sus manos y se lo entregó directamente a Ezana. El rey lo tomó sin exteriorizar expresión alguna, frunció el ceño y se sumergió en la lectura del documento. Después de unos momentos de silencio, su hermano no pudo disimular su curiosidad:

—¿Qué dice la misiva? —preguntó Sezana al rey.

—Toma, hermano —respondió Ezana entregándole la carta—. Léela y dime qué opinas.

Arrugando la frente en señal de extrema atención, el hermano leyó la carta en voz baja y, cuando terminó, sacudió la cabeza para exteriorizar su consternación.

—¿Qué es esto?! —dijo Sezana, mirando sucesivamente al mensajero con ojos coléricos y al rey con una expresión de no entender lo que sucedía—. ¡El emperador Constantino nos pide que enviemos a Frumentio, nuestro obispo y guía espiritual, a Alejandría, para reemplazar al obispo Teófilo!

El rey Ezana resolló, indignado e insultado, y brincó con rabia sobre su asiento.

—¿Por qué quiere Constantino que le envíe al obispo que construyó la sede episcopal en nuestra ciudad, Axum?! ¿Cómo se atreve a exigirme al hombre que me bautizó y que construyó muchos de los templos de nuestro reino?! —se escandalizó abiertamente. Miró al mensajero y éste, atemorizado, no pudo evitar sudar abundantemente y palidecer hasta parecer un insignificante gusano de seda—. ¿Qué se ha creído?! ¿Que soy un imbécil?! ¿Acaso elige Constantino el obispo de mi ciudad?! —interrumpió su discurso unos segundos y después de recuperar la calma se dirigió a su hermano—: Sezana, ¿por qué crees que Constantino quiere que le enviemos a Frumentio?

Percibiendo la extrema irritación del hermano, Sezana trató de restablecer la tranquilidad. Se levantó, deambuló lentamente por la sala y sólo cuando hubo dado dos o tres vueltas, respondió a su hermano el rey:

—Ya sabes que, desde que Constantino ha trasladado la sede de su imperio a Constantinopla y se ha convertido al cristianismo, le han invadido ideas megalómanas y egocéntricas —explicó Sezana con tono apacible—. No creo que enfurecerse sea la solución.

El rey se hundió en su asiento con una mirada perdida, meditó unos breves instantes y volvió a hablar:

—Me he convertido al cristianismo antes que él y mira cómo me falta el respeto —dijo irónicamente el rey Ezana con una cierta perplejidad.

—Es desconsiderado y grosero tu emperador, ¿no crees? —preguntó el hermano del rey sarcásticamente al mensajero para relajar el ambiente, pero éste no dejaba de temblar delante del gobernante—. ¿No lo crees?

El extranjero no contestó por miedo y, poco después, el rey Ezana sentenció:

—Ya sé lo que vamos a hacer.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sezana intrigado.

El rey se mantuvo en silencio brevemente. Cruzó los brazos, frunció la frente, como si estuviera buscando las palabras adecuadas y, por fin, expresó su pensamiento:

—No haremos nada.

—¡¿Qué?! —dijo Sezana sobresaltado.

—Me has oído bien —explicó de nuevo—. No vamos a hacer absolutamente nada. Vamos a ignorar su solicitud —el rey sonrió—. Vamos a devolverle a su mensajero con las manos vacías y que Constantino lo interprete como quiera. No me importa lo que piense el emperador.

El hermano sonrió nerviosamente. No sabía cómo interpretar las palabras del rey. La inquietud se acaparó de su interior:

—Ezana, ¿y si Constantino nos declara la guerra?

El rey enmudeció un breve instante y miró fijamente a su hermano.

—Es muy sencillo —explicó—. Si nos declara la guerra, lo aplastaremos. Lo convertiremos en polvo —el rey suspiró—. Al igual que hicimos con el reino de Kuch hace poco tiempo, ¿no? ¿Sí o no?

Ambos hermanos rieron con carcajadas estruendosas. El mensajero sintió una asfixia que le invadía por completo. La idea de volver a Constantinopla con las manos vacías le causaba pavor. Pensó nerviosamente en su regreso y anticipó la reacción de un emperador violento e impulsivo. Quizás la mejor solución era desertar. No volver a pisar jamás el suelo de la capital bizantina.

# SUNDIATA KEITA: EL LEÓN DE MALI

*Imperio de Mali, siglo XIII*

Antes de que el insigne «León de Mali» fuera reconocido como el gran fundador del imperio, antes de exponer su tenacidad y su maestría en el arte de la guerra, Sundiata Keita fue un niño más; sencillo, cariñoso, inocente y afable... pero su principal seña de identidad eran sus piernas tullidas que le impedían ponerse en pie. Nació en el año 1217 en unas circunstancias que podrían ser consideradas como excepcionales. Su padre, Naré Maghan Konaté, conocido como Maghan el Grande, no dudó en relatarle todos los detalles, cuando lo consideró oportuno, sin excluir lo que de extraordinario tuvo su concepción y las circunstancias que la rodearon.

Naré Maghan era uno de los primeros monarcas del joven y dinámico reino maliense, que se formó en la orilla norte del macizo Futa Djalón, una comarca fértil, rica en minas de oro y otros metales. Su energía y su riqueza eran desbordantes y alardeaba de tener la mujer más bella. Ella se llamaba Sassouma Bereté, alta, elegante, de curvas voluptuosas y con una silueta perfecta, negra como el azabache, de piel tersa, brillante y con senos puntiagudos. Su sonrisa cautivadora y sus ojos almendrados y enigmáticos podían hacer enloquecer a cualquiera. Su belleza hacía que el monarca desconfiara de cuantas visitas se acercaban. Pretendía controlarla continuamente, a la vez que la ostentaba como si de un trofeo se tratase. Con ella tuvo un hijo al que llamaría Dankaran Toumani Keita.

La historia de Sundiata Keita comenzó incluso antes de que fuera concebido, el día en que se presentó un cazador, que aseguraba estar en pleno peregrinaje. Llegó a casa de Naré Maghan Konaté con un mensaje de gran importancia. El hombre fue recibido por el rey que, en la privacidad de su salón, escuchó las intrigantes nuevas que traía, que a la postre, resultaron ser una predicción.

—¡Oh, Maghan el Grande! —pronunció el viajero con respeto y admiración, sin atreverse a mirar al monarca directamente, tal y como lo estipulaban las reglas no escritas de la tradición—. Gracias por recibirme en

su fastuoso hogar. Dios le ha bendecido con una riqueza inmensa y una mujer hermosa...

Naré Maghan Konaté asintió sin hacer ningún comentario. Recibía demasiadas alabanzas para que estas palabras le impresionaran. El viajero carraspeó y siguió con su anuncio:

—He de comunicarle una predicción que me ha sido revelada por la Naturaleza y por Dios Todopoderoso durante mi extenuante viaje —inspiró profundamente, miró con fugacidad al monarca y volvió a bajar la mirada a sus pies.

—Te escucho, noble viajero —dijo Maghan el Grande con aire sereno aunque intrigado por la presencia del extranjero.

—Los cielos me han hablado con claridad: Cuando usted, admirado soberano, se case y yazca con una mujer fea, ésta le dará un hijo que llegará a ser glorioso y amado por todo el pueblo.

El rey frunció la frente, sonrió ligeramente y expresó su sorpresa:

—¿Ese es el mensaje tan importante que tenías para mí? —dijo algo irritado—. ¿Crees normal que Dios me conceda la mujer más bella de África y me inste luego a casarme con su antítesis para asegurarme una descendencia fuerte y gloriosa?

El silencio se apoderó de la estancia unos momentos.

—Dios nos pone continuamente a prueba —dijo el viajero antes de erguirse y despedirse del monarca con una reverencia.

Naré Maghan Konaté despidió al singular visitante y permaneció inmóvil en la sala, rumiando unos pensamientos tan confusos que le mantuvieron preocupado algunas jornadas.

Tiempo después de la visita del extraño viajero, dos altos y hercúleos cazadores del clan Traoré se presentaron ante la casa del monarca con una mujer que habían encontrado en su camino. Explicaron que no sabían qué hacer con ella. El rey la examinó minuciosamente y, con una mueca de disgusto, vio que era más fea que cualquiera de las mujeres que había conocido jamás, era casi monstruosa, malhumorada, salvaje. Su cabello estaba revuelto y grasiento, y exhibía una joroba en la espalda que hacía de ella un ser aberrante. Recordó la profecía del misterioso viajero y se vio obligado a recibir a la mujer.

Después de despedir a los cazadores, y ya en la intimidad de su casa, le preguntó su nombre.

—Me llamo Sogolón —dijo con voz desconfiada.

El rey le pidió que se quedara unos días en su palacio, en aposentos especialmente preparados para ella; pero leyendo una expresión recelosa en su semblante, se vio obligado a ordenarle que se adecentara y se quedara.

—Aquí tendrás todo lo que quieras.

Naré Maghan Konaté desapareció en una de sus habitaciones, meditó prolongadamente sobre su destino, con rezos y plegarias, y, después de poco tiempo de soledad absoluta, llamó a su esposa, Sassouma Bereté, la más bella de las mujeres del reino, la ninfa de ébano y diosa del amor, para decirle lo que había decidido durante todo ese tiempo.

—Me voy a casar con Sogolón —anunció inflexible.

—¿Te vas a casar con ella? —se extrañó—. No puede ser cierto.

—Lo he meditado y lo he decidido. Me voy a casar con ella.

—¿Has visto lo horrible que es? —preguntó tratando de reprimir la risa y viendo que su esposo hablaba en serio—. No puedes hacer eso. Te has casado conmigo y te he dado un hijo maravilloso: Dankaran Toumani Keita. ¿Por qué quieres humillarme ahora con esta mujer repulsiva? ¿Por qué? ¿Qué te hemos hecho?

El rey bajó los ojos por primera vez y trató de explicar su decisión.

—Te quiero Sassouma —dijo con tono conciliador—. Pero hace unos meses, un profeta me anunció que si me casaba con la mujer fea y repudiada por todos, ésta me daría un hijo glorioso y respetado. Un futuro emperador.

Sassouma Bereté sacudió la cabeza.

—¡Qué tontería! —clamó ella, aunque enseguida trató de recatar su enfado al ver la expresión discordante de su marido.

—¡Te prohíbo que me hables así! Todo lo que hago tiene su fundamento. Respétalo.

El gran monarca y Sogolón se casaron en un ritual breve y discreto. Transcurrido el tiempo marcado por la naturaleza nació el hijo tan esperado: Sundiata Keita. Aunque el muchacho tenía una discapacidad grave en las piernas, el padre insistió en que su nacimiento fuera celebrado como ningún otro, con festejos y manifestaciones de alegría populares, desfiles y discursos que exacerbaban el rencor de la primera esposa y la rabia del primogénito, Dankaran Toumani Keita. Ambos veían con recelo la llegada del pequeño, al que, desde el principio, Naré Maghan Konaté dedicó toda la atención posible y consideró como el salvador del imperio.

Los años pasaron y cuando Maghan El Grande pensó que Sundiata Keita era capaz de asumir algunas responsabilidades, es decir en plena niñez, lo designó como su *griot* particular. Quería que, poco a poco, el niño se impregnara del deber de monarca. La iniciativa generó muchas críticas en el

entorno del rey. La bella Sassouma Bereté, la mujer más fascinante del reino, intentó oponerse a la iniciativa del monarca y lo demostró con el rechazo total a su marido.

—¿Por qué no quieres yacer conmigo Sassouma? —preguntó el Naré Maghan Konaté con rostro implorante—. Eres mi mujer. Te quiero. Ven conmigo. Ven.

Ella rehusó las manos de su marido que trataban de posarse sobre sus interminables piernas.

—No puedo estar contigo —expresó tratando de repeler las caricias de hombre apasionado y protegiéndose con sus manos y una túnica—. No entiendo por qué discriminas así a nuestro hijo Dankaran Toumani Keita. Él, y sólo él, es el fruto de nuestro amor y yo soy tu primera esposa, no olvides nunca eso —en los ojos de la mujer apareció un brillo de vivo repudio—. Nuestro hijo no es ningún bastardo. No le puedes apartar así de la escena política y favorecer a ese otro, hijo de la jorobada.

—Dios ha querido que me case primero contigo y luego con ella —repuso el rey—. No podemos ir en contra de la voluntad de Dios. Así es la profecía.

—¡Estás enfermo!

—No hables así Sassouma, te quiero.

—¡Te odio!

La muerte repentina de Naré Maghan Konaté, en 1224, precipitó un conflicto de sucesión inesperado. Dankaran Toumani Keita, el primer hijo del monarca fallecido, se hizo con las riendas del poder con la ayuda de su madre. Todo fue tan rápido que nadie pudo reaccionar. Ni siquiera el pueblo tuvo tiempo de digerir la muerte de su líder o de despedirse de él con la ceremonia que merecía.

La segunda esposa del rey fallecido, Songolón, y su hijo tullido, Sundiata Keita, fueron las primeras víctimas del nuevo gobierno. La mujer jorobada y fea, que había dado a luz a otras dos niñas, fue víctima de actos degradantes y tuvo que soportar las burlas de un pueblo fácilmente manipulable:

—¡Miren lo deforme que era la segunda esposa de Naré Maghan Konaté! —grito la bella Sassouma Bereté en un acto público y apuntando a Songolón para que la muchedumbre se burlara. Ordenó a uno de sus guerreros que la desnudara—: ¡Miren su cuerpo! ¡¿Cómo pudo el rey Maghan Konaté yacer con una mujer tan repugnante?! ¡Decidme cómo!

Sassouma se dio por satisfecha al ver la reacción de la gente congregada, que repetía incesantemente la palabra «fea».

Sundiata Keita no pudo tolerar estas manifestaciones de odio y, después de la ominosa humillación, se dirigió apresuradamente a casa del herrero Nounfari, un hombre trabajador y humilde, cuya amistad con el rey fallecido siempre había sido franca. Sundiata le pidió unas muletas de metal que le permitieran andar.

—¿Qué quieres hacer, hijo mío? —preguntó el herrero con cariño.

—No puedo decírtelo ahora —respondió Sundiata—. Pero te pido, por favor, que me ayudes.

—¡Para tu padre, siempre he forjado las mejores armas y herramientas! —clamó el herrero con patente orgullo y un guiño de complicidad—. ¡Y para ti, concebiré unas muletas únicas!, que te permitirán correr como las gacelas de la sabana. Puedes contar con mi ayuda.

—Gracias Nounfari —dijo Sundiata Keita con el rostro lleno de gratitud. La reacción provocada por la madre de su hermanastro había avivado su rencor y él deseaba aliviar su corazón—. Mientras yo pueda escapar de aquí y evitar que mi madre sufra esta tortura, podré ser feliz.

El herrero le entregó las muletas y Sundiata las recibió con una muestra de eterno reconocimiento.

—Cuidate mucho —le dijo Nounfari antes de ver a Sundiata desaparecer como un lince entre la hierba.

Sundiata Keita, su madre Songolón y sus dos hermanas escaparon del reino de Mali, en plena noche. Anduvieron sin detenerse durante horas y horas, siguiendo el ritmo frenético de Sundiata, que parecía no cansarse nunca. A los pocos días alcanzaron el reino de Mena, un reino pequeño, cercano y amigo. Allí fueron acogidos hospitalariamente y pudieron establecerse con la condición de respetar las costumbres y tradiciones autóctonas. Las muletas de Sundiata Keita fueron el motivo de habladurías, incluso le dieron nombre a una canción que se haría muy popular.

En 1230, en pleno exilio de Sundiata Keita, el imperio de Mali se vio envuelto en un conflicto inesperado y violento. Sumanguru Kanté, el rey de los Sosos, líder carismático y autoritario que logró extender su influencia sobre el decaído imperio de Ghana, aprovechó la debilidad del monarca reinante, Dankaran Toumani Keita, desestabilizado por las duras protestas de algunos de sus vasallos.

El ataque de Sumanguru Kanté fue expeditivo y devastador, arruinó la economía y las defensas del imperio de Mali. La prosperidad de los últimos años fue revertida. Los saqueos obligaron a las gentes a huir, a escapar de la barbarie y la represión. Dankaran Toumani Keita quiso dar la imagen de un rey entregado a la defensa de su pueblo, dando despóticas e incomprensibles



órdenes de guerra, que motivaron la deserción de los principales jefes militares.

Cuando Dankaran vio que nadie quería enfrentarse al ejército del indomable Sumanguru Kanté, el rey de Mali desapareció con la rapidez de un guepardo. Huyó con su madre y se refugió en los montes para protegerse de la orden de ejecución que pesaban sobre él y su familia.

Sundiata Keita, al enterarse de lo sucedido con su pueblo, no pudo evitar las lágrimas. El Reino de su querido padre, Naré Maghan Konaté, se había desmoronado y él estaba lejos de todo.

—¡Han destrozado nuestro pueblo! —le dijo a su madre—. Dankaran Toumani Keita ha tenido que huir.

—Lo siento mucho por nuestro pueblo —dijo Songolón—, pero me alegro por Dankaran y su madre. Ellos han sido perversos con nosotros. No hay mal que no traiga bien. Has de aprovechar esta situación para reconquistar tu trono.

—No sé si puedo —contestó Sundiata Keita.

—Claro que sí —insistió la madre—. Es tu derecho. La profecía dice que algún día serás el rey absoluto y unificador de Mali. Eres la esperanza de todo tu pueblo.

Sundiata Keita puso todo su empeño en contactar con los jefes militares que habían desertado y con otros reyes vecinos. Fue una difícil labor de conciliación y persuasión. Transcurrido un tiempo, fue capaz de constituir una coalición armada para derrotar a Sumanguru Kanté. Miles de hombres se encontraron bajo sus órdenes.

A cambio, Sundiata prometió un periodo de estabilidad y prosperidad para todos los reinos adyacentes y también la futura conquista del reino de Ghana en el caso que obtuvieran la victoria.

Con gesto seguro y rebelde, Sundiata exigió a sus seguidores que le llamaran el «León de Mali», para que el impacto de su venganza sonara con más fuerza. Y así fue, en el año 1235, el ataque del «León de Mali» resonó como un rugido y las fuerzas de la coalición se extendieron por el territorio invadido como las olas en el mar.

Sumanguru Kanté fue sorprendido por la aparición de guerreros feroces e implacables, que no tardaron en neutralizar a las fuerzas ocupantes y tomaron posesión de la región de Kirina.

—¿De dónde salen estos guerreros?! —clamó Sumanguru Kanté en lo alto de su trono mientras un informador le exponía los avances del enemigo—. ¡Pensaba que habíamos acabado con la resistencia del pueblo de Mali!

—Sí majestad —repuso el informador—, pero no contamos con la perspicacia y la astucia de Sundiata Keita.

—¿Sundiata Keita?

—Sí.

—¿El hijo de Naré Maghan Konaté?

—Sí.

—¿El hijo tullido que tuvo con la mujer jorobada?!

—El mismo.

—¡No puede ser! —dijo Sumanguru Kanté sacudiendo la cabeza—. ¡Esto es una pesadilla!

—Es la triste realidad —repuso el informador—. Los guerreros de la coalición están mejor preparados, tienen armas de hierro y de cobre nunca vistas antes, y estarán aquí en pocas horas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que, si su majestad desea permanecer con vida, debería escapar ahora. Estamos a tiempo de huir.

Las palabras del informador sonaron como una inaceptable humillación y obligaron al rey a erguirse rabiosamente.

—¡Sumanguru Kanté nunca baja los brazos! —gritó el monarca con indignación—, ¡y menos ante un minusválido parido por la mujer más repugnante de la tierra! ¡No puedo permitir eso!

—Haga lo que quiera, mi rey, yo simplemente le informo de la situación.

—¡Mereces morir por haberme acusado de desertor! ¡No tienes honor! —clamó el rey Sumanguru Kanté y, señalándole con el dedo, exigió a un guerrero que se lo llevara—. ¡Ejecútalo enseguida! Nuestro imperio no tiene futuro con desertores como él.

Pocas horas más tarde, la batalla de Kirina se terminó con la muerte de Sumanguru Kanté que, cuando a punto estaba de escaparse y refugiarse en los montes de Koulikuro, fue atravesado por una lanza de hierro que le dejó clavado al suelo. Sundiata Keita vio la muerte el rey de los Sosos y, en presencia de los altos cargos de su ejército, se proclamó nuevo rey de los reyes. El Mansa supremo, el «León de Mali».

Las celebraciones fueron numerosas en las calles del imperio. Los cantos de los hechiceros en homenaje a Sundiata y a su madre, fueron repetidos una y otra vez, y marcaron la memoria de un pueblo entero.

Sundiata Keita reunió a sus doce vasallos en la ciudad de Kangaba, capital del imperio, para agradecerles por su apoyo y, en medio de elogios y congratulaciones, repartió las tierras reconquistadas.

Mali conoció a partir de entonces un largo tiempo de bonanza y su influencia se extendió por los cuatro puntos cardinales del África Occidental. El rugido del «León de Mali» sigue presente en los cantos de los hechiceros y *griots* que recuerdan a Sundiata como el fundador de uno de los imperios más prósperos que conoció África.

# EL SUEÑO DE ABUBAKARI II EL EXPLORADOR

*Costa Oeste de África (Imperio de Mali), siglo XIV*

En una época lejana, en la que algunas de las grandes naciones europeas no estaban todavía consolidadas y cuando los meriníes tenían aún influencia en España, un pacífico emperador del creciente imperio de Mali se obsesionó con la idea de explorar el océano Atlántico y descubrir lo que escondía su inmensidad infinita y poderosa.

Su nombre era Abubakari II, el último representante del linaje Kolonkan. Fue coronado en el año 1310 como Mansa absoluto del imperio de Mali. Desde su acceso al trono mostró un profundo desinterés por las guerras, las conquistas y los recitales coránicos, consolidando así la tendencia pacifista de los últimos emperadores Gao de los que descendía.

Era un hombre curioso, interesado por cuestiones metafísicas, por los equilibrios de un mundo en muchas ocasiones incomprensible, ávido de conocimientos y saberes que desvelaran los secretos de la naturaleza. Le intrigaba especialmente esa extensión interminable de agua, tan amplia como el horizonte. Esa masa elástica, inabarcable e infranqueable que se erigía como la gran barrera natural de su imperio. Quería dominarla como a un río manso, llegar a su fin y poder pisar la tierra del otro extremo, con el orgullo de un hombre que se enfrenta a los elementos y que se atreve a cuestionar creencias milenarias.

Fue en un día claro y luminoso, ante la apaciguadora vista del horizonte y la quietud del océano, que se decidió:

—¡Enviaremos una expedición capaz de cruzar el océano! —exclamó desafiante.

Su visir, Kanka Moussa, le escuchaba atónito.

—¿Qué ha dicho, alteza? —preguntó incrédulo.

—Has oído bien, Kanka. Quiero que una expedición trate de cruzar el océano hasta alcanzar la otra orilla. Es algo que podría ayudar a nuestro pueblo y a toda la Humanidad.

—Pero —repuso el visir inquieto—, no hay nada después del océano. No tiene fin.

—No pienses como el resto, Kanka —aleccionó Abubakari—. Es importante cuestionar las cosas, preguntarse qué es lo que sostiene el sol en el cielo y qué hay detrás de tanta agua salada. Quizás se esconden cantidades infinitas de oro o frutos bendecidos por Dios.

El visir frunció el ceño con semblante hermético:

—¿Cómo vamos a cruzar el océano? —preguntó mientras señalaba un grupo de pescadores que trabajaban en la lejanía—. No somos una potencia marítima. Nuestras embarcaciones son muy modestas. Sólo aguantarían unas cuantas jornadas de travesía. El océano es cruel, castiga con la fuerza de las olas y fulmina a los marineros con la ayuda de los cielos —Kanka se detuvo unos instantes para observar la expresión de su rey, y leyó en su mirada seguridad y confianza—. No deberíamos enfrentarnos al océano y al cielo. No creo que sea razonable. Es demasiado arriesgado.

—Pediremos ayuda a las potencias navales, Egipto y quizás Al Ándalus.

—No cree, alteza, que sería mejor dedicar nuestros recursos a la conquista de los territorios salvajes del sur, o consolidar nuestras posiciones en la selva y en el recodo del Níger.

Abubakari hizo una mueca de desavenencia y se alejó de su visir.

—¡Guerra, guerra, guerra! —pronunció con rabia—. ¡Como si el destino de la Humanidad se limitara a eso!

El mismo año de su coronamiento, en 1310, el monarca solicitó el asesoramiento de técnicos e ingenieros de Egipto y de otros reinos del Mediterráneo y financió la construcción de cuatrocientas naves de un tamaño y una robustez desconocidas hasta la fecha. Doscientas de ellas estarían dedicadas a las reservas de víveres, la otra mitad transportaría a marinos y soldados.

Abubakari consiguió que trabajaran en este proyecto los mejores carpinteros del imperio, forjadores y marinos de todo el mundo, osados mercaderes y alfareros, joyeros, magos expertos, adivinos talentosos, pensadores brillantes y, por supuesto, los soldados del invicto ejército mandinga. Nada debía dejarse al azar. La construcción de las cuatrocientas naves duró varias estaciones. En ese tiempo, el imperio de Mali y las costas de los territorios vecinos del oeste se transformaron en el centro industrial y tecnológico del mundo, agrupando alrededor de un proyecto desmesuradamente ambicioso a los mejores representantes de cada gremio.

Abubakari supervisaba el avance de su empresa escrupulosamente, no dudaba en acercarse a los artesanos para preguntar detalles o dar su opinión. Más que su devenir, estaba en cuestión el futuro de la Humanidad, su capacidad de afrontar retos para conocer los secretos contenidos en los elementos. La riqueza invertida no parecía importar, ya que de las minas del norte del imperio, recientemente descubiertas, se extraían grandes cantidades de oro y otros minerales valiosos que sostenían el enorme gasto.

Y por fin llegó la hora en la que el visir informó al rey maliense de la conclusión de los trabajos; el monarca no podía ocultar su satisfacción. Después de inspeccionar personalmente las cuatrocientas naves y de contemplar las maravillas realizadas por miles de trabajadores, artistas e ingenieros los felicitó y obsequió a los responsables con exuberantes alhajas y piezas de oro finamente trabajadas.

Apenas transcurrieron unas lunas y se alcanzó la fecha de la partida. Abubakari ocupó su lugar y solemnemente, ante las naves y los centenares de marinos, pronunció un discurso lleno de energía y esperanza. En sus ojos brillaba la luz de la nobleza extrema y, con grandilocuencia, les habló de historias pasadas y del destino que habrían de escribir. Les dijo con tono sincero que el pueblo estaría con ellos, aventureros intrépidos, en todo momento y que el único Dios les acompañaría allá donde fueran. «¡Somos y seremos una nación fuerte!», dijo con los puños en alto.

Pomposas mujeres ofrecieron, con sus cuerpos esbeltos y sus pechos desnudos, bailes de buenos augurios a los marinos. Gritos ancestrales se oyeron en toda la orilla y, pronto, las cuatrocientas naves se alejaron lentamente sobre las aguas mansas del océano. El ruido de los tambores marcaba rítmico la marcha de las naves, que, rumbo al horizonte, se abrían paso hacia lo desconocido, cargadas de reservas de alimentos desecados, granos, frutas conservadas en jarras de cerámica y oro para hacer negocios.

—Esperemos que todo vaya bien —expresó el visir que, a la derecha del emperador, escrutaba la partida de los barcos.

—Sí, esperemos —contestó Abubakari—. Dios esté con nosotros.

Sus miradas se perdieron en los festejos que animaban la costa y la imagen cada vez más lejana de todas las embarcaciones, floridas y rebosantes de energía, acabó desapareciendo en los confines del mar.

A Kanka lo invadía el escepticismo, que rondaba su corazón y su entendimiento desde un principio. No veía futuro en esa empresa. No pensaba que fuera posible cruzar un océano inmenso y voraz. Una barrera creada por el mismo Dios. No era factible. Presintiendo la preocupación de su ministro, Abubakari le habló:

—Kanka —le dijo—, mira estas embarcaciones. Son cuatrocientas, construidas por los mejores técnicos del mundo —se detuvo un instante y miró a su visir como si tratase de persuadirle con la magnitud de la empresa—. Esta es una expedición perfectamente planificada. Todo ha sido minuciosamente calculado. Hemos invertido enormes riquezas —se detuvo nuevamente—. ¿No crees, Kanka, que merece la pena el esfuerzo?

Kanka Moussa miró a su rey, buscando palabras adecuadas para contestarle, pero no quería embriagarle con la incertidumbre:

—Claro que sí —repuso él—. Es una gran empresa, la mayor que hayamos visto jamás.

Más de una estación se consumió sin que nadie diera noticias de las tripulaciones ni de la exploración. Y la confianza se tornó en preocupación y ésta en desesperanza. Nadie confiaba en el éxito de la travesía y los círculos cercanos a Abubakari dudaban evocar la memoria de la empresa por temor a ofenderlo. Kanka fue el primero en observar ese desánimo creciente y quiso remediarlo con muestras de apoyo y comprensión:

—Alteza —expresó el visir—, no se aflija de esta forma —sus palabras no parecían poseer efecto alguno. Prosiguió con su diálogo—. Me duele verle sumergido en esta profunda tristeza, cuando bien sabe que ha hecho todo lo posible para lograr el éxito.

—Kanka —cortó el emperador con aire ausente y abatido—, los emperadores no se deben complacer por el hecho de intentar las cosas —Abubakari se detuvo un instante—. Lo que quieren es conseguir lo que se proponen. ¿Y sabes por qué?

Kanka no se atrevió a contestarle y se limitó a sacudir la cabeza expresando ignorancia.

—Te lo voy a decir —miró a su visir directamente a los ojos—. Nosotros hemos de conseguir lo que nos proponemos porque sabemos que, además de la historia, el pueblo nos observa y nuestra empatía con él se construye en gran parte sobre los logros conquistados —suspiró levemente y continuó—. Hemos de justificar que Dios nos acompaña en lo que hacemos, sea en la guerra, en la construcción de un templo o incluso cuando negociamos con otros pueblos. Todas nuestras acciones son escrutadas con atención y por eso han de ser exitosas. No hay más alternativas.

Kanka esbozó una tímida sonrisa y respondió con todo el valor que pudo encontrar:

—Alteza, créame que si su iniciativa hubiera llegado a fracasar, el pueblo seguiría amándole de la misma manera porque...

—¡Silencio! —se exaltó Abubakari tratando de recomponerse al instante—. ¿No entiendes que este proyecto no puede fracasar? Me he comprometido, yo, el Mansa Abubakari II, para que el imperio descubra la otra orilla del océano.

La sorpresa advino cuando, en las costas cercanas, apareció una nave solitaria y vagante en el horizonte. Los probos pescadores fueron los primeros en divisarla y con su anuncio, la noticia llegó rápidamente hasta el palacio de Abubakari II. No cabía duda, se trataba de uno de los marinos que habían partido con la expedición para cruzar el mar.

El emperador salió presto de su palacio para encontrarse con la tripulación, que había sido reducida a un solo hombre, al ver su precario estado se ocupó de que tuviera los mejores cuidados. Escualido y deshidratado, fue llevado junto con los galenos que lo atendieron hasta que pudo abrir los ojos y preguntar desorientado, dónde se encontraba.

Informado de la mejora del superviviente, Abubakari acudió a interrogarle.

—Hola, respetable marino —dijo el emperador al entrar en el cuarto del navegante—. ¿Cómo te encuentras?

El marino se estremeció al ver la figura de Abubakari. El miedo en sus ojos era notable.

—Tranquilo —añadió el emperador—. Cuando puedas hablar para decirme todo lo que has visto, te escucharé con atención. De momento, repósate.

Paulatinamente fue recuperando la calma y sus pulmones se serenaron.

—Me alegro que hayas vuelto con vida —explicó el emperador—. Estuve preocupado y muchas veces le recé a Dios para que se apiadara de mí y me diera una señal. Tú eres esa señal y ten por seguro que serás tratado con respeto.

El marino se relajó. Entendió que el hecho de haber vuelto solo, sin la compañía de marinos y guerreros, no iba a ser un motivo de castigo. Movié los labios lánguidamente y habló:

—Navegamos durante largo tiempo y llegamos al límite del océano —el recuerdo de los hechos le angustiaba todavía—. Era como un río en medio del océano y sin aviso alguno se alzó una tempestad gigantesca, caída del cielo con un torbellino asombroso, que despertó a las olas. Todo se oscureció.



Parecía el fin del mundo —el marino se paró. Los recuerdos le impedían progresar y tensaban dolorosamente sus músculos—. Entonces, el mar empezó a engullir las embarcaciones, una a una, y los gritos de impotencia también acabaron ahogados en el mar. Yo, por suerte, me encontraba detrás de todos ellos, lejos de la nave capitana, y tuve tiempo navegar en dirección opuesta. Remé durante mucho tiempo, hasta caer rendido. A partir de ahí, conté catorce lunas, el resto de la historia ya lo conoce, aquí me encuentro. Gracias a Dios.

Con un rostro ensimismado y perplejo, el emperador se acercó al enfermo. Sus pasos eran lentos y meditabundos.

—¿Qué crees haber visto? —preguntó el emperador queriendo centrarse en el momento más tenso del relato—. ¿Qué fue ese río que viste en el mar?

El marino tardó en contestar. Parecía estar visualizando las imágenes una y otra vez.

—Era el fin de todo.

Abubakari II se dio la vuelta repentinamente con un gesto furioso.

—¡Mientes! —clamó el emperador—. ¡No viste el fin de todo! ¡No viste nada! ¡Los simples mortales no pueden ver el fin del mundo! ¡No pueden! —Abubakari miró una última vez al marino—. Lo único que viste fue una tormenta. Nada más —el hombre quiso apagar su furia pero no pudo—. Al igual que los ríos tienen dos orillas, este mar inmenso también las tiene. Esa es la ley de la Naturaleza: Todo tiene dos pilares. Todo tiene una entrada y una salida. Todo tiene un principio y un fin. Todos los niños tienen un padre y una madre. Nada de por sí es infinito, independiente e inaccesible, en esta Tierra, salvo Dios. Nada.

El emperador desapareció sin despedirse y se recluyó en su palacio, en el que se encerró durante varios días y noches, meditando y procurando digerir su pesadumbre. El heroico relato del marino fue, para él, un amargo relato de impotencia y una derrota personal. ¿Cómo puede el fin del mundo limitarse a un río dentro del mar y a un enorme torbellino? ¿Acaso no era este marino un desertor amante de la buena vida? Los sueños y las pesadillas de un mundo desconocido en el que podrían hallarse sus hombres imposibilitaban su descanso.

Un día, al despertar, Abubakari exigió a su servicio que llamaran al visir, Kanka, y lo trajeran urgentemente porque tenía algo muy importante que decirle. Kanka Moussa se personó una hora más tarde en el palacio del emperador, con mirada inquieta, y Abubakari le recibió con la excitación de quien ha de anunciar algo enormemente importante.

—¿Ha solicitado que me presente en su palacio? —preguntó Kanka después de un gesto de reverencia.

—Siéntate —dijo el emperador tratando de calmar su ardor y buscando las palabras adecuadas para su anuncio.

Kanka asintió con la cabeza, se sentó y permaneció expectante, mirando detenidamente a su alteza como si le estuviera reclamando una explicación. Después de un momento de tenso suspenso, el emperador habló:

—Quiero preparar una segunda expedición para cruzar el océano.

—¿Una segunda expedición?! —dijo el visir.

—Sí, una segunda expedición.

—Pero, ¿cómo? —inquirió Kanka—. Ya hemos visto que no hay ni la más mínima esperanza de encontrar algo. No se puede luchar contra los elementos. No se puede luchar contra Dios.

—Te equivocas —tajó el emperador.

—¿No escuchó al marino?

—¡Miente!

—¿Por qué va a mentir? —preguntó Kanka con un profundo desasosiego—. Ese hombre ha vuelto de una expedición imposible. Medio muerto, deshidratado y abrasado por el sol. Qué razón tiene para mentir.

—Es un desertor —explicó Abubakari—. Ha dejado que sus hermanos desaparezcan sin luchar, sin intentar pasar al otro lado de ese supuesto río. No puedo fiarme de lo que dice. ¿Y si los demás han llegado al otro lado del océano? ¿Qué tal que estemos aquí pensando que no hay nada que hacer y que los nuestros estén del otro lado del mar?

El visir se enmudeció, bajó la mirada y se resignó a aceptar el anuncio de su emperador.

—¿Qué piensa hacer, señor? —expresó de forma sumisa y respetuosa, aunque le resultaba difícil ocultar su total discrepancia con el emperador.

—Voy a enviar una nueva expedición, una más ambiciosa todavía —expresó enfáticamente el emperador viendo el asentimiento forzado de su visir—. Pienso en una expedición de más de dos mil embarcaciones, mejor construidas, más resistentes y con mejores armas. Interrogaremos al desertor para mejorarlo todo —se detuvo ante la muestra de sorpresa del visir, esbozó una sonrisa de orgullo y prosiguió con su anuncio—. Es más, yo, Abubakari II, Mansa del Imperio de Mali, embarcaré en una de las naves y demostraré al mundo que se puede cruzar el océano...

—¿Qué dice?! —dijo el visir desorientado—. ¿Piensa irse con la próxima expedición? ¿Cómo si fuera un simple tripulante? ¿Qué ocurrirá con el gobierno? Su vida es muy importante señor.

—Sí, Kanka —respondió Abubakari templadamente—. Pero esta es la misión de mi vida: descubrir lo que se esconde detrás de este inmenso océano.

El silencio invadió la estancia. El visir trataba de digerir la noticia que implicaba muchos cambios e infinitos problemas para el imperio y, cuando entendió la magnitud del anuncio, entonces, reaccionó.

—Pero, señor —clamó con voz inquieta— ¿Acaso ha pensado en cómo se gestionarán las cosas en su ausencia? ¿Y qué pasará con nosotros, el mayor imperio del oeste africano, el imperio más próspero de los últimos tiempos? La muerte en una travesía de este tipo siempre es más probable que el éxito.

El emperador escuchó atenta y silenciosamente las palabras de su súbdito, aprobó cada una de sus preguntas con un gesto de cabeza y expuso su plan.

—Escucha —dijo afectuosamente, como si los momentos de crispación hubieran sido completamente borrados. Se acercó al interlocutor y tomó su brazo para enfatizar la confianza de sus palabras—. Tú, Kanka Moussa, serás el regente del imperio de Mali en mi ausencia. Has demostrado ser la persona más capacitada para esto, la más responsable y la más comprometida. Eres un hombre brillante, fuerte y enérgico, inteligente y luchador. Un guerrero experimentado y respetado —Abubakari resolló levemente y ahora colocó su mano sobre el hombro de su súbdito—. Tú mejor que nadie podrías asegurar un gobierno justo y un futuro próspero a nuestra nación si mi ausencia así lo exigiera.

El visir miró al suelo con la resignación del que conoce su destino y nada puede hacer contra él. La nueva le parecía demasiado grande, demasiado descabellada como para ser cierta.

Más de tres estaciones se consumieron con rapidez y, antes de finalizar el año 1311, los mejores técnicos de El Cairo y otras potencias marítimas bañadas por el Mediterráneo dieron de nuevo forma al sueño del emperador. Una celebración única, la mayor que jamás había sido vista, fue preparada para felicitar a constructores, artistas, artesanos y para despedir al emperador. Manjares traídos desde los más remotos confines del imperio hicieron disfrutar a los afortunados participantes. Otra vez, las más bellas bailarinas del continente danzaron al son de viejas melodías interpretadas por grandes músicos y mejores vates. Sus cuerpos, ondeantes, firmes y sensuales, se agitaron en señal de buen augurio. Cuatro mil excelentes naves esperaban en los puertos. Todas ellas bien equipadas con remos y velas, todas ellas repletas de víveres y agua, de oro y de armas.

Y llegó el momento de la partida, y las canciones se apagaron como una pavesa incandescente. Los marineros, los guerreros, los cartógrafos, los estudiosos del mundo y, finalmente, Abubakari, subieron a las naves. El emperador se alzó sobre su embarcación, miró hacia la muchedumbre y dirigió un gesto de confianza y de seguridad al ahora regente. En su mirada se leía la motivación y la resolución del guerrero. Ésta era sin duda la mayor batalla de su vida. Kanka, todavía en la orilla, ordenó que todo el mundo clamara su amor y reconocimiento a Abubakari. Gritos eufóricos se oyeron en el mar, después, vio como el emperador giraba rumbo al horizonte. Ese horizonte infinito y quieto que tantas veces habían contemplado juntos. El eterno objetivo de Abubakari. El misterio impenetrable de las aguas oceánicas.

Las cuatro mil embarcaciones tardaron mucho en desaparecer y los ojos de Kanka se concentraron en la silueta del emperador que, poco a poco, fue desapareciendo en la oscuridad. Cuando por fin se desvanecieron todas las naves, el reino enmudeció. Una extraña mezcla de esperanza e incertidumbre se apoderó de los testigos. Quizás ya estuviera escrito, quizás algún día celebrarían su vuelta triunfal o, por el contrario, quizás se despedían de su monarca hasta el final de los tiempos.

# EL PEREGRINAJE DE KANKA MOUSSA

*Imperio de Mali, siglo XIV.*

Kanka Moussa sale de su casa con paso imperioso y seguro. Un séquito de servidores inquietos lo escoltan. Algunas son mujeres hermosas y sonrientes y todos están especialmente ataviados para la ocasión. Él mantiene un rostro serio pero tranquilo. El sol se abate sobre la aldea con la misma violencia de siempre pero, esta vez, el reflejo de las alhajas, de los collares y los pendientes áureos, añade más luminosidad a la irradiada estampa. Kanka Moussa se detiene al llegar al punto donde le espera un oficial, un alto guerrero de piel negra y brillante, que, como si cantara, anuncia su llegada. «Celebramos el gran peregrinaje de nuestro querido emperador de Mali, Kanka Moussa, sobrino del Gran Fundador Sundiata Keita, y le deseamos toda la suerte que se merece. Dios le acompañe durante todo el camino». El guerrero termina sus breves palabras y centenares de aclamaciones estallan a la par. Se escuchan voces emocionadas y gritos de ánimo, «Kanka, te amamos», mientras que los domésticos, adornados de oro, levantan al emperador y lo colocan lentamente sobre su trono en lo alto de un camello real.

La escena, suntuosa y única, es en sí histórica, porque ningún otro imperio del mundo desarrollado ha logrado concentrar tantas riquezas con tanta rapidez. Sesenta mil cargadores precedidos de cientos de esclavos, rodean al gran emperador, cantándole las alabanzas exigidas por ministros y *griots*. Los esclavos, una gran parte de ellos guerreros apresados en lejanas batallas contra el decaído imperio de Ghana u otras etnias nómadas, cargan consigo una barra de oro. En total, casi diez toneladas de oro y joyas forman el tesoro de esta expedición. La sensación de poder es real y, sentado orgullosamente en lo alto de su camello, Kanka Moussa levanta el brazo triunfalmente para saludar a la multitud, como lo hace un gran guerrero después de una batalla victoriosa, y sonrío. Puede sonreír porque su pueblo entero le acompaña en esta empresa, el pueblo le quiere por la prosperidad que ha traído y él, calculador e inigualable negociante, astuto y diplomático, quiere peregrinar a La Meca mullido en oro y exportar riquezas de su nación,

como el ocre o el hierro, para que su nombre sea reconocido y recordado, para que el nombre de Mali vibre en la mente de todos los dignatarios.

Kanka Moussa lidera desde 1312 un imperio inmenso que va desde el desierto hasta la selva tropical, del río Níger hasta el océano Atlántico, y mantiene cohesionados muchos pueblos mediante un comercio y una agricultura muy desarrollados. El año de su peregrinaje, en 1324, Kanka Moussa ya es consciente de su influencia y exige que su travesía a Arabia incluya paradas en ciudades importantes, dinámicas comercialmente, en las que pueda ostentar el poder de una nación que no tiene nada que envidiar a las demás. Lentamente, pero con la elegancia y la gravedad de un rey único, Kanka y su séquito recorren el desierto del Sahara y se detienen en las ciudades de Ualata y Tuat. En cada una de ellas, el gran emperador pide que le conduzcan a la casa del gobernador local, que le bajen de su montura; ante la importancia de la visita, y de lo numeroso de su séquito, es recibido con todos los honores. Entonces, él les habla de su peregrinaje, de la importancia de Dios en su imperio y de estimular las relaciones diplomáticas. Los gobernadores locales escuchan con atención, asienten con frecuencia, confirman constantemente la amistad que les une y, por fin, sonríen ante el obsequio que Kanka les entrega. Oro y más oro. Así es como se consolidan las relaciones, piensan ellos, el hombre que nos visita no es un tacaño, y desde el portal de sus palacios lo ven irse en su camello junto a los millares de cargadores, esclavos y militares. En su mente repiten el nombre de Kanka Moussa porque saben que su llegada a La Meca tendrá eco.

Pero de todas las paradas que hace Kanka, la más sonada es la de El Cairo. Allí se deja llevar en el fervor de las calles, el recibimiento eufórico de la turba y la sensación de grandeza de un imperio que llegó a ser más poderoso que cualquier otro. Allí, Kanka se siente parte de la Historia, ve casi el final de su trayecto, se impregna del poder de los grandes faraones y, sobre todo, derrocha cantidades enormes de fortuna. Todos los ciudadanos se quedan atónitos, fascinados, ante las muestras de generosidad del rey de Mali que, sin remilgos, se dedica a comprar obras de arte, tierras y palacios. El nombre de Kanka Moussa se oye a menudo en la boca de los residentes y también de los mercaderes venecianos que descubren con sorpresa a un hombre vigoroso, extremadamente rico y resuelto. Se preguntan dónde está Mali, cómo se llega allí, algunos se irritan por no haber conocido a Kanka antes y de no haber ido nunca a negociar allá. Las cuantiosas voces cuchichean con admiración: Mali es el «país de los negros», una nación al occidente del continente africano en el que se amontonan riquezas y que ahora se impone con firmeza en el mundo árabe. Los venecianos persiguen a Kanka como moscas, examinan la calidad

de su oro, le sonríen con la avaricia de quienes ven inmensas ganancias y él, tan carismático y elegante, les contesta con la misma efusividad porque su objetivo es alentar el comercio con las demás naciones y sobre todo Egipto.

Cuando por fin llega a la Meca, el término de su viaje, su nombre ya es conocido. El eco de sus excentricidades ha llegado al lugar santo mucho antes de que pase por las puertas de la ciudad, acompañado de su séquito espectacular. Por las calles, todo son aclamaciones y estrepitosos saludos. Todo el mundo quiere ver al gran Kanka Moussa, al hombre de las riquezas inagotables, que responde, como siempre, con gestos efusivos y ofrendas grandiosas. Cualquiera persona que ostente un título oficial o alguna función estatal recibe con extrema facilidad una suma generosa de oro en sus manos y, enseguida, las sonrisas se esparcen como si todo fuese alegría. El oro tiene la facilidad de hacer reír a la gente, especialmente cuando el oro les cae del cielo sin haber hecho nada para conseguirlo. Kanka Moussa es, para toda esa gente, más que un gobernante ostentoso y generoso, es un ángel llegado del cielo porque no les pregunta nada acerca de sus vidas ni tampoco les impone condiciones de devolución, y él lo sabe muy bien. A los pocos días de estancia, Kanka Moussa dilapida más de veinte mil piezas de oro en piadosas ofrendas que la ciudad recibe con un entusiasmo inédito. Es recibido por todos los altos representantes de la ciudad santa como una digna figura que enaltece el Islam. Todos ellos le preguntan acerca de su país, cómo es, durante cuántos días ha tenido que viajar, por qué no viene más a menudo. Él responde con un efusivo y directo discurso, en el que predica lo feliz que se siente en la Meca, que su imperio tiene mucho en común con el Medio Oriente y que espera recibir a muchos ingenieros, inversores, pensadores y comerciantes de Arabia en su nación. Su discurso es cortés y marca las líneas de una negociación diplomática firme y decidida. Kanka espera desarrollar el negocio transahariano y monopolizarlo pero, para eso, necesita que los altos dirigentes árabes le vean como un socio ineludible y de confianza.

En la mezquita, el rey se sienta ante todos sus seguidores. Reza concienzudamente pensando en su pueblo y, cuando se yergue, evoca la idea de hacer una ofrenda inmensa para garantizar el mantenimiento de la mezquita de la Meca y dejar así el nombre de Kanka Moussa en las conciencias de todo el reino árabe. Su intención enraiza con la idea de sorprender y de dejar una huella de su paso, como ha hecho desde el inicio de su peregrinaje, pero un asistente, el tesorero de turno, le indica que las reservas se han agotado y que dispone de muy poco oro para volver a Mali.

Kanka se enfurece. «¿Cómo puede ser?», clama él con los ojos desorbitados. «He traído una cantidad inmensa de oro». El tesorero le responde, con un aire atemorizado y culpable, que los gastos diarios han sido enormes y que la fortuna consumida en El Cairo y la Meca corresponden fácilmente al presupuesto de dos o tres años de la Corona para gastos militares o comerciales. Kanka respira hondamente, se calma levemente, adopta un rostro sereno y explica a su súbdito que el gasto efectuado en esas ciudades se recuperará en menos de dos años con el incremento de los intercambios entre Arabia y Mali. «Además —explica él— el Imperio de Mali aparecerá en los mapas de los países del norte y de los blancos navegantes». El esclarecimiento satisface al tesorero que muestra una franca inquietud: «¿Cómo haremos para volver? No creo que tengamos suficiente». El emperador sale de la mezquita, camina pensativamente mirando la arena blancuzca que pisa y se aferra a la suela de sus zapatos, y se detiene frente a su inmenso séquito. El súbdito le sigue dócilmente y se detiene justo detrás de él. Entonces Kanka le explica en voz baja: «Quiero que vendas discretamente una parte de los esclavos para que podamos salir de la ciudad sin levantar suspicacias». El tesorero respira nerviosamente como queriendo anunciar su preocupación pero enseguida interviene el emperador maliense. «Y luego, venderemos el resto de los esclavos y algunos domésticos en El Cairo, también de forma prudente. Así podremos seguir rumbo hacia Tombuctú». El súbdito asiente inmediatamente. El plan le parece factible. «Su señoría es realmente brillante y confío que llegaremos a Mali sin mayores problemas», le dice el tesorero a Kanka.

El día de su partida de La Meca, un día después de la venta de esclavos, el pueblo entero ovaciona al líder africano. En las calles se aglutinan los oficiales, los líderes religiosos y los comerciantes que ven en la visita de Kanka un evento histórico. Una bendición del cielo. El oro africano abunda como nunca en Medio Oriente y Kanka sobre su camello, imperioso como siempre, y seguido de sus miles de servidores, se despide con un gesto glorioso. El tesorero, a su lado, mantiene un rostro severo y rígido, casi preocupado, seguramente por la situación económica, pero Kanka le dirige una mirada y una sonrisa apaciguadoras. «No te preocupes —le dice—. Ya estamos de vuelta y todo irá bien. Nuestra misión ha sido cumplida y con la bendición de Dios, que nos acompaña, volveremos a casa sin problemas. Además, no volvemos con las manos vacías. Nos acompañan personas de muchísima valía, arquitectos árabes y artistas como Abu-Isack-es Saheli, que ayudarán a nuestro pueblo a ganar prestigio y reconocimiento».

El tesorero sólo puede acomodarse ante tanta confianza. Es verdad que los lazos entre el mundo árabe y Mali parecen haberse consolidado y con un



gesto efusivo, una alegría que hasta ahora no se atrevía a demostrar, saluda a las masas. El viaje va a ser largo, pero su jefe Kanka está con él.

# UN DÍA DE PESCA HISTÓRICO CON EL PUEBLO LEBOU

*El Cabo Verde (actual Senegal), año 1444.*

Los días de pesca se parecían mucho para el pueblo Lebou, a pesar de la variabilidad de las condiciones meteorológicas: oleaje, corrientes marinas, presencia de niebla o luminosidad del día. Comenzaban siempre muy temprano, al amanecer, como una disciplinada procesión hacia el mar, como un ritual religioso y diario. Los hombres fuertes, dedicados a la exigente tarea de pescar, dejaban silenciosamente a sus esposas con los hijos en el hogar, ellas se mostraban orgullosas al verlos sustentar la vida de un pueblo pacífico, pero que no aceptaba la dominación; y ellos, siempre tan probos trabajadores marítimos, altos atletas de musculosa silueta, se instalaban serenamente sobre sus enormes naves, unas embarcaciones alargadas de madera, delgadas y robustas, diseñadas para fluir ágilmente sobre las aguas y, como agujas, afrontar las corrientes y cambiar hábilmente de dirección. En ellas podían subir hasta una decena de pescadores acompañados de largas varas de madera que, además de dirigir y equilibrar la embarcación, ayudaban a sondear las aguas y evaluar la cantidad de peces presentes en las zonas prospectadas.

El culto diario de las aguas y de la pesca se iniciaba también con una breve oración para agradecer a las fuerzas naturales, el dios todopoderoso, seguir brindándoles todo los elementos, el sol, el agua, los peces, los vientos, todo... y que estos elementos les permitieran seguir viviendo, seguir reproduciendo este ritual infinito y digno. El pueblo Lebou existe porque existe el mar y porque el mar les ha convertido en unos de los mejores pescadores de África y de quizás el mundo entero. Entonces, cuando ya estaban listos para la gran empresa del día, para demostrar la valía de sus guerreros marítimos, un grupo de cinco o seis lanchas se lanzaban a la conquista de las aguas, todas cercanas entre sí, porque la pesca es una actividad colectiva, en busca del sustento necesario para el poblado. Siempre actuaban con el sentido del deber, con la armonía de los elementos naturales y bajo el liderazgo de un jefe

experimentado, excelente conocedor de las técnicas de pesca y de la geografía, diestro comunicador y figura respetada por todos los demás pescadores.

Un día soleado de 1444, abrasador por las temperaturas extremas, como tantos de los que se viven en ese punto de la costa occidental de África, Samba Diop, jefe del grupo de pescadores, agrupó a todos los hombres en la mañana con la tranquilidad que ofrece la rutina a un hombre experimentado y hacendoso. Sin esfuerzos, su voz grave y calma, resonaba por encima de la leve brisa y del monótono ruido producido por las olas.

—¡Empujad las lanchas al agua!

Prontos, los pescadores se organizaron para empujar las embarcaciones dentro del mar y Samba, como jefe humilde que era, entró en el agua y empujó con los demás. Sus órdenes no parecían órdenes y los otros hombres le escuchaban como si fuera un hermano, como si estuviera pronunciando simples instrucciones o cantando una canción que acompañaba la marcha.

Con un gesto de su brazo, el hombre indicó a los tripulantes y los subjefes de las otras embarcaciones, la dirección que habían de seguir. No era una decisión arbitraria. El sentido y la fuerza del viento, el estado del mar, el nivel de las olas y el instinto de un hombre que había visto el océano desde su temprana infancia, eran los factores que determinaban la dirección emprendida. Samba Diop eligió dirigirse en contra del viento para no verse arrastrado por la corriente y apuntó hacia el norte. Con frecuencia decidía alejarse del cabo, seguir el litoral hacia arriba y la mayoría de las veces lo hacía pensando en los enormes bancos de atunes, doradas, thiofs y peces espada que proliferan en la región. Pero no solía sobrepasar los límites impuestos por la ciudad de Kayar porque, desde que su pueblo fue desplazado por los Almorávides y obligado a seguir a los Sereres (considerados primos hermanos), la frontera era clara. La última vez que tomó esa dirección fue cuatro días atrás y hasta entonces el viento le había aconsejado las profundidades del océano en mar abierto o el sur en dirección a Rufisque o a Mbour.

Samba Diop abrazó los collares para ahuyentar el fantasma de un naufragio pero no lo hizo por miedo, él había crecido sumergido en esas olas, sino por costumbre ancestral. Un gesto inconsciente que repite todo trabajador en su rutina. Muchos habían sido los pescadores que desaparecían pese a su valentía y experiencia. Muchos eran también los que regresaban a casa después de un traumático naufragio, por milagro, salvados por algunos espíritus que pueblan el mar: los rab.

Cuando consideró que habían progresado lo suficiente, Samba dio la orden de parar y de iniciar la pesca. Enseguida se detuvieron las seis lanchas cubriendo un espacio de más de cien metros y sondeando los grandes bancos de peces que pululaban en la zona. Unos enormes peces se hicieron ver al poco rato. El día se anunciaba bueno, como el anterior y el pasado. Esta época había sido bendecida por la naturaleza y las mujeres iban a poder sentirse orgullosas de sus hombres. Ellas repartirían la comida dentro del hogar y brindarían a sus cuerpos menudos el alimento suficiente para nutrir a los bebés y mantenerse activas.

Una lancha cercana a la de Samba Diop atrapó el primer pez. Una gran dorada de más de medio metro que brincaba sin cesar y luego llegó el turno de otras dos embarcaciones. El primer pez cogido por la tripulación de Samba llegó más tarde y, como no podía ser de otra manera, llamó la atención de todos los demás pescadores. Era un pez de más de un metro, potente e insumiso, fuerte como lo exige la naturaleza, respetable como lo son también los Lebous. Todo es una cadena. Todo es un ciclo. La tripulación entera se abalanzó presurosamente para ayudar y, al poco tiempo, después de un combate intenso, lograron cansar y controlar a la bestia de escamas.

—¡Ya está! —expresó Samba con una leve sonrisa triunfal después de inmovilizar al animal.

Pocas palabras habían sido emitidas durante la lucha, cada uno de los pescadores se había dedicado concienzuda y escrupulosamente a su tarea. Pero en cuanto el pescado enorme estuvo entre ellos, el orgullo se desbordó de sus gargantas con unas efusiones y unos cantos acompasados. Omar, uno de los mejores cantantes del pueblo y también aguerrido marinero, no dudó en entonar el canto de la bendición en el que se daba las gracias al mar y, poco después, los pescadores volvieron a su trabajo, pensando juiciosamente en la comida que habían de llevar al pueblo.

Mientras los demás buscaban otros bancos de peces, Samba Diop levantó la mirada hacia el horizonte para observar la evolución del viento y de las olas. Es importante nunca dejar de observar el mar porque puede cambiar de repente. Los elementos de la naturaleza son caprichosos como también lo son las emociones del ser humano. Samba frunció los ojos y enfocó un punto lejano que le llamó la atención.

—¡Omar! —pronunció él queriendo solicitar la ayuda de su compañero experimentado—, tú que tienes una vista penetrante y aguda, mira eso allá en el fondo —Samba señaló el lugar con un dedo—. ¿Sabrías decirme lo que es?

Ornar escrutó seriamente las aguas durante unos segundos y terminó reconociendo su total impotencia. El punto negro en el horizonte era irreconocible.

—No sé lo que es —respondió él—, pero se está acercando.

Con un aire meditabundo, Samba decidió interrumpir la pesca de sus compañeros.

—Vamos a volver hacia nuestra aldea —expresó—. No hay motivo para preocuparse pero es mejor ser prudente.

La tripulación se sorprendió de esta decisión y trató de comprender lo que habían detectado él y Omar, pero sin éxito. El punto en el horizonte se había convertido en una sombra un poco más grande. Un animal o quizás una ola enorme. No creyeron que se trataba de una embarcación porque ellos eran los mejores navegantes de esta zona, sin comparación posible. El mar era su entorno predilecto.

Todos volvieron a sus puestos y reorientaron las lanchas de forma que pudieran dejarse llevar por las olas y el viento. El grupo de embarcaciones se dirigió prestamente hacia su lugar de partida pero en el horizonte seguía presente esa mácula oscura cuyo espectro dejaba a todos inquietos. A Samba no le gustaba huir, no era su costumbre dar la espalda a los problemas, pero el día había sido bueno y era preciso pensar en el resto, en los niños y las mujeres. Su presentimiento era que algo extraño se acercaba y por eso era mejor tener a todo el pueblo en alerta. No servía de nada explorar el mar con todos los mejores hombres y dejar desprotegido al pueblo.

El grupo de embarcaciones se aproximó a la tierra cuando, de repente, Samba revisó su decisión. La cercanía del cabo le aportó la seguridad que todos los líderes encuentran estando cerca de un territorio conocido. Entonces, ordenó a que las lanchas detuvieran su progresión y formaran una línea extensa. De esta forma se posicionaron y cubrieron una zona estratégica de acceso al cabo. Ahí se mantuvieron inmóviles durante un largo tiempo, viendo crecer la mancha oscura en el horizonte, hasta que pudieron discernir una embarcación gigantesca. Una sola. Era una carabela enorme de madera que flotaba sobre las aguas, llevada por el viento lejano que empujaba sus inmensas velas. La visión de semejante artefacto sobrecogió a Samba, Omar y todos los demás pescadores que, por primera vez, expusieron muecas de manifiesto pavor.

—Vamos a permanecer aquí todos juntos —dijo Samba—. No hay que temer, nada.

—¿Crees que nos quieren atacar? —preguntó un tripulante curioso.

—No hay razón para atacarnos. No nos conocen —repuso Samba ciertamente—. Uno no ataca a un enemigo sin conocerlo, salvo que esté loco. Es una ley de la naturaleza.

Omar y otros dos tripulantes asintieron al punto.

—Vamos a mostrarles que no tenemos miedo —agregó Samba.

La carabela siguió parsimoniosamente su camino, se aproximó a las barcas, manteniendo siempre una distancia de seguridad, y Samba Diop pudo contemplar sus descomunales velas blancas, grandes como varias barcas enteras. En lo alto alcanzó a ver una bandera con un escudo extraño, unas flores de lis verde con un marco rojo y sobre un fondo blanco, que se entrelazaban formando un dibujo irreconocible. Evidentemente, no se trataba de unos visitantes conocidos, ni siquiera de unos enemigos directos. Era algo totalmente distinto porque la superioridad tecnológica de la embarcación era incontestable. Sus enemigos conocidos no construían este tipo de máquinas y solían preferir la exploración por tierra, en caballos o dromedarios. Entonces, ¿quiénes eran?

Samba Diop miró a sus compañeros y les ordenó que se irguieran todos en sus lanchas y levantaran sus bastones en señal de defensa. La orden pasó de una barca a otra rápidamente, demostrando, una vez más, una perfecta conjunción, y las barcas más alejadas terminaron su progresión para impedir completamente el avance de la carabela. El enorme barco plegó las velas, aunque prosiguió lentamente hasta alcanzar con la voz a los pescadores.

—¿Quién es el capitán?! —oyeron todos sin comprender las entonaciones de un idioma nunca escuchado antes.

Samba Diop entendió, sin embargo, que había de afirmar su liderazgo. En todos los encuentros los líderes han de seguir este protocolo y, en este evento, no defraudó. El hombre dio un paso hacia delante, estiró su largo bastón para hacerse notar, pero no emitió ningún sonido. Estas aguas eran las de su pueblo. Él no debía negociar o hacer ningún tipo de anuncio. Lo tenía muy claro. Entonces, los hombres de la carabela, todos blancos como la arena de la playa, blancos como las almejas y las sepias que encontraban en los mares, observaron los movimientos del jefe pescador con un tubo extraño en sus manos, hablaron entre ellos y por fin, al cabo de unos interminables minutos, un hombre confirmó su liderazgo en lo alto de la carabela y se atrevió a hablar.

—¡Hola, amigo! —gritó él levantando una de sus manos—. ¡Somos gentes de paz!

Samba Diop percibió la edad avanzada del señor. Su caballera brillante y grisácea, el tono trémulo y grave de su voz dejaban entrever una apreciable

veteranía, pero el pescador Lebou prefirió mantenerse quieto y esperar a que el hombre blanco de la tripulación visitante siguiera con su presentación.

—¡Soy Dinis Dias! —dijo el capitán lentamente. Parecía cuidar la pronunciación para evitar cualquier malentendido, aunque era evidente que Samba Diop no entendía nada—. ¡Represento a la corona Portuguesa! ¡Nuestros fines son únicamente pacíficos! ¡Nuestro objetivo es la exploración de las costas africanas para la próxima elaboración de una cartografía!

El viejo hombre no obtuvo ninguna contestación y entendió que sus explicaciones eran demasiado complicadas para unas personas que no hablaban su idioma. La mirada inexpresiva de Samba Diop, la misma que solía ofrecer a los grandes peces de alta mar, era enigmática e impedía cualquier tipo de acercamiento, por eso Dinis Dias siguió hablando para ganarse la amistad de sus interlocutores.

—¡Soy Por-tu-gués! —explicó él desde su barco mirando fugazmente a las seis embarcaciones para luego enfocar a Samba Diop—. ¡Venimos del Cabo Blanco y hemos recorrido más de ochocientos kilómetros para llegar hasta aquí! —el hombre se detuvo para comprobar la reacción de sus interlocutores, pero no hubo respuesta.

El silencio era imperturbable, el capitán se enderezó, miró en dirección a su asistente para buscar una ayuda y éste vino corriendo hacia él con un enorme pez que habían atrapado durante la travesía.

—Ofrézcales este pez, capitán —propuso él orgullosamente—. Se lo agradecerán y quizás nos dejen seguir en dirección sur.

Dinis consideró que su asistente había tenido una buena idea por eso trató de aproximarse a las embarcaciones y tendió el enorme pez a los pescadores con un gesto generoso. Pero la respuesta fue inesperada. Samba se alejó de las manos del hombre y todos los demás se retractaron. No era posible recibir de las manos de un desconocido un pescado muerto cuando el mar, tan rico, tan generoso, les propiciaba la comida de cada día. Dinis lo entendió y al poco rato se echó atrás.

—No se dejan comprar así de fácilmente —dijo Dinis a su asistente con un tono asustadizo—. Tendremos que ser más creativos la próxima vez.

—¿No piensa seguir capitán? —le preguntó el asistente.

—¿Qué quiere? ¿Que inicie un conflicto con esta población?

—No parecen ser guerreros.

—Lo seguro es que son buenos pescadores —Dinis indicó lo que habían pescado ese día—. Mire lo que tienen en sus barcas. Además controlan perfectamente las corrientes de estas aguas y no sabemos cuántos más pueden estar escondidos. Abrir un conflicto con ellos no sería juicioso.

Dinis dio la orden de retirarse mientras se despedía de Samba Diop con un gesto amistoso.

—Capitán, ¿ni siquiera quiere que cojamos unos cuantos esclavos? Serán perfectos para la corte —insistió el asistente, logrando que Dinis perdiera su calma.

—Mire Joao, no me haga ponerle en ridículo —contestó soberbiamente Dinis—. Esta expedición ha sido un auténtico éxito. Lo corona se alegrará de saber que a estas alturas existen pueblos prósperos y dominables. La toma de esclavos no es nuestra prioridad y no creo que dispongamos de los medios para imponernos —el hombre miró el horizonte y la densa vegetación del litoral—. Otra vez será. Posiblemente este mismo año, si Dios quiere.

—Le entiendo perfectamente —accedió el asistente.

—Memorice muy bien el aspecto de este lugar —manifestó Dinis Dias—. Lo llamaremos el Cabo Verde por su vegetación frondosa y será también conocido por el nombre de Almadia.

—¿Almadia? —repitió tontamente el asistente. La palabra parecía gustarle puesto que se refería a las embarcaciones finas y robustas de los africanos que tenían enfrente.

Samba Diop se mantuvo firme en su lancha y, sólo cuando vio a la carabela portuguesa emprender el camino de vuelta, fue que relajó su postura de marino impasible. Entonces todos los demás pescadores celebraron la huida de unos visitantes intrigantes y clamaron entre ellos el nombre del mejor pescador con alegría. «¡Samba! ¡Samba!». Omar no dudó en cantar la canción de la victoria pero Samba, aún así, no rió.

La desconcertante imagen del barco portugués le había inquietado y, pese a haber mantenido el pulso con la tripulación extranjera, era inevitable pensar en su próximo retorno. Esos visitantes con semblantes pálidos y de facciones finas habían demostrado una curiosidad casi preocupante. Habían estado explorando lo que no les pertenecía, se habían atrevido a acercarse y hablar con los que siempre pescaban en estas aguas. Sabían construir enormes embarcaciones, grandes como cuatro o cinco elefantes sobre el mar, y velas gigantescas que les permitían ser arrastradas velozmente, siendo más rápidas que los delfines.

El hombre agarró su collar, agradeció a los rab por su apoyo, y dio orden de volver al pueblo para meditar y poder alimentar a las mujeres que tan impacientemente les estaban esperando del otro lado del Cabo Verde.



# RECUERDOS DE UN MINISTRO DE SONNI ALI BER

*Imperio de Songhai (África del Oeste), siglo XV.*

Sonni Ali Ber. Recuerdo que llegaste al poder en 1464, cuando todavía yo era un adolescente, y que, desde muy temprano, con toda esa frescura que parecía inocencia, demostraste tus ganas de transformar el reino de Songhai en el imperio más grande de todos los tiempos. No son palabras mías, las dijiste tú con esa serenidad y esa resolución que sorprendían siempre a la corte y que podrían hacer creer hasta las fantasías más ilusas y excéntricas. Me elegiste a los pocos días de haber sido coronado emperador, junto con otros ministros, en una ceremonia portentosa, repleta de magia, y con todos los honores que se le debe a la dinastía Sonni. En un discurso que hiciste frente al río Níger, en la capital de tu reino, Gao, insististe en que, un ejército fuerte e indoblegable, veloz y moderno, era imprescindible para consolidar las bases de tu reino. Por eso, me encargaste enseguida la creación de unas patrullas sobre el río Níger, autónomas y ágiles, que, muy rápidamente, permitieron recolectar información de gran valor estratégico en la región que flanquea el río.

Convenciste a todos tus súbditos, incluido yo, sobre la esencia del Imperio Songhai y su capacidad de crecer fuera de los límites conocidos hasta entonces. Insististe en que el Imperio de Mali, ese imperio que brilló por su grandeza un siglo antes, era un gigante con pies de barro y que era el momento perfecto para que surgieran otras potencias enormes, como la nuestra, el Imperio Songhai. Los misteriosos poderes mágicos que decías tener, esos poderes que heredaste de tu familia, te ayudaron seguramente a persuadir a tus ministros y a la muchedumbre. Tus poderes eran como una energía indefinible, un magnetismo inenarrable, que la tierra, el aire y las bestias que mataste durante tu infancia reforzaron místicamente. Pocos se atrevieron a enfrentarse contigo porque el miedo a ser aplastado por esa fuerza misteriosa, ese ardor reflejado en tus ojos, les obligaba a agachar la cabeza y mirar el suelo fijamente.

Todo el mundo sabía que llegaría la guerra. Estábamos preparados para ello. Nuestra nación era una nación combativa como pocas existen en este mundo. Cada uno de nosotros tenía una misión clara, cada uno de los habitantes de nuestra aldea entregaba la vida pensando en el devenir del reino, pensando en ti, Sonni Ali Ber, y encaraba la muerte con un estoicismo incomparable. Tú mismo lo dijiste: «Sólo la muerte puede pararme». Nadie, ni siquiera el Dios que adulaban los habitantes del Imperio de Mali y al que no querías adorar, podía interponerse en tu camino. Por eso, sólo cuatro años después de haber llegado al poder, en 1468, decidiste lanzar una campaña imparable sobre la ciudad de Tombuctú y conquistarla sin vacilaciones. Como era de esperar, tu victoria fue implacable. Fulminante. Los tuaregs que ocupaban la ciudad desde más de tres décadas, con la confianza que les otorgaba sus caballos de raza y armas eficaces, tuvieron que salir huyendo, gritando e indignados, porque la contundencia de tu ejército, Sonni Ali Ber, era inigualable. Te apoderaste de la urbe, encarcelaste a un gran número de letrados y de habitantes, ejecutaste a los ulemas que se oponían a tu poder e incendiaste el centro porque así es como firmabas el fin de una guerra. Ese era el sello de tu victoria.

Tu pueblo se impregnó de ese orgullo y, tú con él, quisiste seguir creciendo hacia esa meta que te habías fijado: la de un imperio sin límites. Por eso, poco después de haber absorbido la ciudad de Tombuctú, de haber fortalecido tu ejército y de haber observado el panorama circundante, te lanzaste a la conquista de la ciudad de Djenné. Sí, Djenné. Esa ciudad fundada en 1250 por los Soninkés, y a la que habías sometido a un asedio preventivo, era un prestigioso centro intelectual y foco de un pequeño estado próspero. Y tú, como imparable emperador, anunciaste tu intención de conquistarla plenamente con la misma seguridad que expusiste al manifestar tu deseo de invadir Tombuctú, como si se tratara de una compra impulsiva en un mercado cualquiera, y todos te escuchamos sin rechistar porque sabíamos que tu voluntad era imparable, y que si nos oponíamos no tardarías en reprendernos con palabras furiosas.

En 1473 fue cuando cayó esa gran ciudad, Djenné, y entraste en ella como si fuera tu casa, como si siempre hubieses estado viviendo en ella. Era increíble ese aire majestuoso que arrastrabas desde lo alto de tu caballo y la admiración del pueblo entero que te seguía. Siete años, siete meses y siete días duró la misión de conquista de Djenné pero nunca mostraste una expresión de duda. Nada. Es más, poco tiempo antes de que acabara el asedio, cuando ya corrían los primeros rumores de tu triunfo, ya reflexionabas sobre el próximo objetivo y evocaste el nombre de varias ciudades como si ya

estuvieras estableciendo un plan. Y cuando te pregunté, por simple curiosidad, hasta cuándo pensabas seguir guerreando y conquistando tierras, hasta cuándo ibas a seguir aplastando los ejércitos vecinos y extender las fronteras de tu territorio, me miraste con una mirada enigmática y oscura, que no supe interpretar pero que consideré intimidante y me explicaste que seguirías hasta la muerte. Sí, sólo la muerte podría detenerte en tu designio de fundar el mayor imperio de todos los tiempos y un escalofrío recorrió toda mi espina dorsal porque comprendí, efectivamente, que nadie te iba a detener. Nadie. Los poderes que decías tener se me hicieron palpables. Sentí unas vibraciones, como fuertes y cálidas radiaciones, manar de tu cuerpo y deduje que tu mayor poder era tu voluntad de combatir los límites: tus límites y los límites fijados por los demás, por la naturaleza, por los espíritus, por la conciencia y la inconsciencia. Tú, simplemente, no entendías de límites y ese poder era impresionante. Espeluznante.

Esperaste siete años más para lanzar tu siguiente conquista. Siete años en los que nuestro imperio Songhai se transformó en uno de los mayores productores de mijo y otros cultivos que se beneficiaban de la inmejorable fertilidad del oeste de África. Además, supiste organizar a los esclavos obtenidos en combate. Los agrupaste en colectividades que abastecieron eficazmente a tus ejércitos permitiendo así mantener una superioridad sobre zonas enemigas y rebeldes como los Fulani. Durante esos siete años en los que se consolidó la base de nuestro imperio, nadie supo lo que estabas planeando ni tampoco si seguías con ganas de expandirte. Nadie. Me llamaste en reiteradas ocasiones para preguntarme acerca del volumen de las cosechas, de la autosuficiencia de nuestro imperio y yo te daba los datos sin dilaciones ni vacilaciones. Era obvio que tú, insaciable conquistador, tramabas algo pero no me atreví a preguntártelo y entonces, como si me premiaras por mi paciencia y mi lealtad, me lo susurraste al oído, quizás porque te inspiraba más confianza que los demás vasallos. Pronunciaste la palabra «Walata» y me explicaste que ésta era tu nueva meta. Walata era una ciudad que ya era parte de nuestro imperio, te lo recordé con la inocencia de quien no sabe leer entre las líneas y me miraste con un fruncido de las cejas que me hizo temblar. «Escúchame», dijiste y luego me lo explicaste todo. Anticipaste con tus poderes mágicos que los Mossis, un pueblo belicoso y enemigo, atacarían la ciudad de Walata y que nosotros, el pueblo Songhai, los aplastaríamos sin piedad, gracias a nuestro ejército invencible, para forzar una claudicación irreversible y seguir con la conquista de sus dominios.

Te miré a los ojos y me atreví a preguntártelo una vez más. «¿Hasta cuándo?, ¿hasta cuándo seguiremos combatiendo?». Tú suspiraste como si te

hubiese hecho un desaire, te alejaste de mí con un paso lento y antes de salir de la sala me lo dijiste claramente: «Hasta que el tiempo se detenga». Comprendí por fin que nunca pararías y que tu magia consistía, además de adivinar los pasos del enemigo, en nunca cansarte de guerrear. Ese año, los Mossis atacaron nuestra ciudad de Watala y, después de un mes de asedio que nos hizo temblar, acabamos aplastándolos como nunca antes hicimos con otra nación, transformando al Imperio Songhai en uno de los más grandes de todos los tiempos. A partir de ahí, ya nunca más me atreví a preguntarte lo que ya te pregunté. Era evidente que tú, Sonni Ali Ber, no entendías de límites de tiempo ni de espacio.

# EL ESCLAVO ASHANTI

*Costa de Oro, siglos XVII – XVIII*

Me encadenaron mis propios hermanos, me encerraron en un calabozo oscuro con las manos atadas y ahora me veo desterrado en tierra desconocida, en la tierra de los enemigos, los fanti, vendido como si fuese cualquier tipo de mercancía. Y ellos, los fanti, me entregarán sin duda a los británicos o a los daneses, cualquiera de los dos, a cambio de un arma, alhajas o tejidos. Nada más. No sé dónde iré a parar, no sé cómo acabaré mis días, lo más seguro es que me deporten a un lugar completamente desconocido, muy lejos de aquí, detrás del océano y del horizonte marítimo. Eso es lo que han hecho con muchos otros y nunca han vuelto. Nunca volveré. Posiblemente sean mis últimos suspiros en la Costa de Oro, esa costa maldita, y ahora recuerdo, muy nostálgicamente, el río junto al que crecí, el río Volta, el río que sirvió de perfecto adorno para mi niñez, su espíritu tranquilizador y los enormes peces que en él crecen y se multiplican. También me acuerdo de mis padres, mis primos y hermanos, todos los que llevan mi sangre y comparten mi nombre. ¿Cómo estarán sin mí? ¿Seguirán viviendo normalmente o les habrá invadido el miedo a ser deportados abusivamente como hicieron conmigo?

Ahora me tratan como un animal, como un simple objeto. Oigo decir que acabaré en las manos de un blanco, uno de esos hombres procedentes de otro mundo paralelo. Esos hombres vestidos de los pies a la cabeza y rodeados de un halo de energía, empuñan enormes lanzas de fuego que fulminan a los adversarios como los rayos y montan caballos de un pelaje rutilante. Realmente, no sé cómo son. Lo único que sé es que me detuvieron mis propios hermanos, mi gente, y que después de algunas negociaciones, pasé a manos de nuestros enemigos, los fanti. Hasta ahora, sólo he visto el color negro en la piel de los que me trasladan de un sitio a otro, la avaricia destructiva del deseo de acumular riquezas y el valor mercantil que aparece en mi rostro. «Éste puede trabajar en el campo», escuché decir a uno. «Es alto, fuerte y tiene un poco de educación».

Recuerdo el año en que nuestro rey Osei Tutu fundó nuestra confederación Ashanti, cuando venció al tirano y débil Denkira y se sentó

sobre el gran taburete de oro. Hace bastante tiempo de esto. En ese año se consolidó la ilusión de ver a nuestra gente redimida de la amenazante sombra de los pueblos vecinos y esclavizadores. Nosotros, humildes agricultores del interior, manifestamos con ese alzamiento nuestra dignidad y nuestro profundo deseo de ser libres. Libres hasta el final de los tiempos, libres de seguir con nuestra vida, libres de ocupar el espacio de nuestros antepasados, libres de vivir en paz y de gozar del fruto de la tierra, libres de pasear nuestro ganado sin el pago de tasas desorbitantes. Ese fue el sentimiento que acaparó la mente de la gente sencilla y sincera, como yo. Poco tardamos en ser desengañados por nuestros dirigentes, por nuestros jefes tradicionales, que vieron en la esclavitud una forma de consolidar el poder central, de acumular riquezas y de expandir los límites de nuestro territorio.

Gran ironía de la historia. Así fue cómo nosotros, ashantis, empezamos a crecer. De ser esclavos pasamos a ser esclavizadores, de agredidos a agresores. Las conquistas de territorios fueron alentadas hasta su extremo para forzar la captura de esclavos y luego comerciar con los fantis que, por cuestiones históricas, se encargarían de comerciar con los hombres blancos. La codicia llegó a ser tan grande que las guerras no fueron suficientes para la captura de esclavos, por eso, nuestro rey y sus súbditos organizaron varias revueltas en la capital Kumasi para enviar a gente de su pueblo como esclavos. Nos prohibieron a nosotros, los campesinos del extremo norte, el acceso a nuestros cultivos y se apoderaron de las mujeres más bellas, dejándonos sin nada. Absolutamente nada. Fue cuando me organicé con otros hombres desolados para defender nuestro derecho a ser padres de familia y poder labrar la tierra de nuestros ancestros, pero ese derecho nos fue violentamente denegado. Los grandes guerreros del Imperio Ashanti, hombres colosales y fornidos, nos arrastraron sin compasión hasta los calabozos de Kumasi para ser tachados de rebeldes.

Mis gritos no sirvieron de nada. Tampoco los de mi familia o los de mis compañeros. Las autoridades y los burócratas ignoraban nuestras protestas por miedo a ser acusados de confabuladores y si por suerte respondían, era para decirme que sólo seguían las leyes. Y esas leyes habían sido endurecidas drásticamente con el fin de multiplicar los delitos y, consecuentemente, el número de esclavos. Todo había sido arreglado para que nuestras rebeliones fueran acalladas y me encontré rápidamente en el más oscuro de los silencios, en un calabozo solitario. Aquí es donde estoy ahora, repasando los sucesos de una vida que ya no es mía, que nunca lo será. Perdí el control de mi destino el mismo día en que el rey me arrancó de la tierra de mis ancestros y de mi mujer. Ahora sólo espero piedad. Piedad de los fanti. Piedad de los blancos y

de los espíritus. Piedad del Dios de los cielos, Nyame, y de los demás Dioses, Asase y Anansi. Y les pregunto: ¿Mi vida se termina aquí?

# LA PROFECÍA DE CHAKA ZULÚ

*Imperio Zulú (Sureste Africano), siglo XIX.*

«Los blancos acabarán conmigo». Esta premonición derrotista no sorprende tanto por sus implicaciones y su contenido sino más bien por quien la pronunció. Su autor es nada más ni nada menos que Chaka, el grandioso líder del imperio zulú, el mismo hombre que se impuso a muchas etnias del sureste africano y que logró amilantar al Imperio británico entero. Pronunció esa profecía ante su hombre de confianza, Jakot, un antiguo esclavo de holandeses y británicos que ofreció sus servicios de intérprete tras ser rescatado y protegido por el ejército zulú en pleno naufragio. Ambos se hallaban en una sala protegida del cuartel general, aislados de los jefes militares, de los domésticos y del harén de centenares de mujeres del jefe. Chaka, ataviado con su vestimenta militar, con sus plumas de avestruz y sus colmillos de tigre y de hipopótamo, daba vueltas y vueltas con los puños apretados.

«Los blancos nos arrebatarán las tierras y se quedarán con todo, nuestros ojos lo verán». Amedrentado y desorientado, el hombre de confianza no quiso desmentirle ni tampoco añadir un simple comentario, por mucho menos el máximo líder había ordenado la ejecución de algunos. Por mucho menos había hecho quemar a grupos enteros de mujeres y de niños. La verdad es que Jakot no conocía el motivo de su presencia y sin atreverse a preguntarlo, escuchó detenidamente al jefe zulú. Optó por mantenerse inmóvil en medio de sus elucubraciones pesimistas e incomprensibles y esperó mansamente a ser interrogado, como un niño ante su mayor, como un joven frente a un padre autoritario, porque sabía que el líder no quería ser interrumpido o ignorado. «Tienen las armas, la medicina, la desfachatez, los caballos y la inteligencia», dijo él con un aire de profunda reflexión y luego añadió con ese humor africano, tan particular, que siempre puede ser malinterpretado: «Sólo les falta un poco de color en la piel para ser perfectos».

La profecía de Chaka fue emitida después de la visita de una delegación de jóvenes británicos y holandeses en la ciudad de Kwabulawayo. El emperador zulú les atendió escrupulosamente, cuidando a cada uno como si



fueran reyes, con la intención de ganarse su respaldo, de formar una alianza y de obtener armas que le proporcionarían una notable ventaja sobre las demás tribus de la región. Movilizó todas las fuerzas del imperio para mostrar la mejor imagen y así seducirlos. Bailaron las mujeres más bellas exhibiendo sus pechos firmes y sus caderas excitantes al ritmo de una música cadenciosa que no parecía tener fin. Obsequiaron con enormes esculturas de marfil a los visitantes y les mostraron orgullosamente su ganado. Todo transcurrió en las mejores condiciones hasta que Chaka fue atacado por hombres de su propia etnia que trataron de matarle con un cuchillo enorme. El cuchillo atravesó el hombro del emperador con una facilidad abrumadora, como si se tratara de un pedazo de mantequilla, pese a su desarrollada musculatura. Al verse traicionado por sus propios súbditos, y sorprendido en pleno esfuerzo de seducción de los europeos, el hombre tuvo unas palabras para cada uno de los comensales y las expresó con suficiente claridad antes de caer en un sueño tormentoso. Para los británicos dirigió unos comentarios dignos de un perfecto anfitrión: «Siento importunarles en plena celebración, sigan disfrutando del increíble espectáculo». Y para los traidores, algo más duro y atronador: «Moriréis todos».

Chaka fue atendido urgentemente y salvado por uno de los visitantes blancos, Henry Finn, un médico habilidoso con don de gentes que vio en el emperador africano un genio militar digno de respeto. Y esa curación despertó las inquietudes del jefe de los zulúes porque entendió que los blancos europeos no sólo tenían el control sobre la muerte con sus armas innovadoras sino que también sabían preservar ese regalo de los dioses, la vida, con sus medicinas y sus cacharros de brujos experimentados. Las primeras palabras de Chaka después de la operación que le salvó la vida fueron igual de memorables que las de su profecía y las tiñó de ese humor tan picaresco del que hacía gala: «Ese hombre, Henry Finn, ha sido bendecido por la mano de Dios. Seguro que tiene algún antepasado zulú». Estos comentarios provocaron la risa de Jakot que enseguida trató de contenerse pero fue demasiado tarde porque Chaka tuvo tiempo de percibir las líneas divertidas de su rostro. Le apuntó con un dedo y le preguntó seriamente: «¿De qué te ríes?». Jakot tembló visiblemente, carraspeó con una mueca de intensa incomodidad y explicó los motivos de su carcajada espontánea: «Henry Finn es blanco, no puede tener antepasados zulúes». Chaka le acribilló con la mirada. Quizás pensó en ejecutarle enseguida o humillarle públicamente pero luego recapacitó. Matar a su hombre de confianza no le ayudaría para nada, sobre todo justo después de salir de una tentativa de asesinato perpetrada por personas de su entorno. Entonces, se limitó a responder de una forma aleccionadora con la sabiduría

que le otorgaba su puesto de máximo líder: «Tal vez Henry Finn haya sido un guerrero Zulú en otra vida y ahora su espíritu se haya instalado en el cuerpo de un hombre blanco». Jakot no respondió, sabía muy bien que su vida estaba en peligro, pero pensó que, si eso fuera cierto, ese espíritu zulú no tenía muy buen gusto porque no había nada mejor que adueñarse de un cuerpo de un guerrero zulú, negro y bien negro.

A continuación, Chaka intensificó sus gestiones para acercarse a los europeos y conocer el gran secreto de la medicina blanca. Ya no servían para nada todas las victorias asombrosas sobre las etnias circundantes, los Ndwandwe o los Bhutelezi. Ya no era suficiente aglomerar y unificar a las etnias del sureste africano en un ejercicio obsesivo de expansión y de dominación. No. También existía la disciplina y el avance tecnológico de los blancos que desde 1820 iban extendiéndose por el sur y acercándose peligrosamente a las fronteras del Imperio Zulú. Chaka se acordó de los consejos atinados de su maestro guerrero, Dingiswayo, que le enseñó a reconocer los enemigos temibles y los menos temibles, a aliarse con los más fuertes y someter a los manejables. Chaka había aprendido mucho de su maestro y gracias a su ayuda había podido constituir el imperio más fuerte del sur africano.

La profecía de Chaka fue recibida perplejamente por la mayor parte de los zulúes porque, en los años en los que la pronunció, el imperio africano era incuestionablemente aterrador, imponente y desbordante, quizás el más poderoso. Desconocía el sabor de la derrota y, si es que lo había conocido alguna vez, no se debía a la fuerza de sus enemigos, sino más bien a las disputas o malos entendidos internos, intereses ocultos y envidias, que habían debilitado su acción. El hermano de Chaka, un hombre soberbio y extremadamente violento llamado Dingan, un militar indoblegable, criticó las ideas de Chaka cuando éste las desveló en público en una cena que había organizado para explicar su técnica de acercamiento y de diplomacia. Dingan fue muy claro y contundente, casi intimidante y despreciable: «El hombre blanco no se apropiará nunca de la tierra de los zulúes. He dicho nunca. Guardaremos el control, aunque usen las armas de fuego y nos disparen en las piernas, porque los dioses nos otorgaron el derecho de permanecer en ella». De algún modo, ese sentimiento de confianza era bienvenido, casi necesario, pero nadie, ni siquiera el mismísimo Dingan, podía acabar con la tenacidad y la astucia del emperador. Por eso, éste último, enfurecido por la manifestación insolente y sobre todo para reprimir el lenguaje vulgar que había sido usado en plena cena, se alzó y expresó unas palabras denigrantes mientras apuntaba a su hermano con un dedo delator. «Tú, Dingan, hermano que sufre

de frecuentes impotencias, no lo digo yo sino las mujeres que acuden a mis servicios para consolarlas: ¿sabes que la medicina de los blancos es capaz de resolver este problema con un simple brebaje?». Las palabras de Chaka impusieron un silencio aterrador que causó la turbación de Dingan y las risas de algunos jefes militares. «¿Sabes que tus ardores en los testículos pueden ser aliviados por los blancos?». Ante la inesperada humillación, Dingan se atragantó. Tosió con una repentina irritación y quiso responder algo, pero enseguida Chaka cambió de tema. Este último miró a los otros comensales con un aire inspirado y les dijo: «Los blancos me salvaron de una muerte casi segura, me mantuvieron en este mundo, aquí con vosotros, cuando algunos de los nuestros intentaron asesinarme y llevarme al otro lado. Os lo repito: los blancos pueden ayudarnos a todos —y añadió con sorna—: y a mi hermano también. Ellos detienen el secreto de la vida, entonces, ¿por qué no podrían acabar acaparándose de nuestras tierras?».

La gente terminó aceptando los comentarios y la profecía de Chaka como si fueran pensamientos evidentes, pero el hermano, no. Él se mantuvo siempre muy escéptico y, saliendo de la reunión en la que se había visto horriblemente humillado, describió la reacción de Chaka con tres palabras muy elocuentes: «Es un marica». El emperador tomaba un placer extremo en afirmar su autoridad y su omnipotencia, y cuando se encontró a solas con su hombre de confianza, pronunció otra profecía que, aunque fue tan acertada como la anterior, no obtuvo tanta exposición. El hombre dio diez vueltas alrededor de la mesa, se detuvo y miró a Jakot: «Mi hermano intentará matarme». Jakot se escandalizó con una mueca de profunda discordia porque sentía por él una admiración ciega y desmesurada, pero no se atrevió a oponerse. Entonces, Chaka añadió un comentario inesperado, digno de un hombre perspicaz e imprevisible: «Y lo logrará. Sí, sí. Me matará en esta vida, pero yo le mataré en la siguiente. Ya verás».

# EL GRAN TREK

*Territorios orientales del Cabo de Buena Esperanza (Sureste Africano), siglo XIX.*

En esa época, pensé que sólo estaban de paso. Era el año 1837. Sabía que estaban buscando tierras fértiles para su desbordante población, que se habían multiplicado increíblemente en los últimos años, llegando a ser más numerosos que otras tribus que llevaban siglos viviendo en estas tierras, pero nunca me imaginé que se establecerían firmemente, sin pedir permiso, como si estas tierras fueran suyas.

Estos hombres blancos, llamados Boers, simples ganaderos y granjeros barbudos venidos de otros tiempos y de otro continente, emprendieron un gran éxodo con sus caballos y sus carretas entoldadas, sus mujeres corpulentas y sus hijos rubios. Eran dos mil, o quizás algo más, e iniciaron un viaje hacia el norte sin rumbo fijo, sin destino predeterminado. Dicen ciertas voces que el hombre que inició esta marcha fue Andries Hendrik Potgieter. Él fue el primero en motivar a familias vecinas e iniciar esa gran marcha. Más tarde, cuando me hicieron esclavo, aprendí que ese éxodo lo denominaron el Gran Trek. ¡Sí, el Gran Trek!

Yo sólo tenía diez años cuando les vi llegar con sus fusiles, sus ojos ávidos y sus aires prepotentes. Enseguida entendí la cólera de mis padres y de muchos otros hombres que veían al hombre blanco apropiarse de sus tierras. «No tienen suficiente con las tierras de El Cabo», se indignó uno de ellos con un gesto iracundo y yo presentí que nuestra comunidad estaba a punto de vivir algo extremadamente serio, por no decir lúgubre. Nosotros, los Matabele, éramos simples pastores, pacíficos y hospitalarios, pero la incursión de los Boers fue tan insolente, tan violenta, que nuestro jefe, Mzilikazi, se sintió obligado en mostrar su disposición a enfrentarse. Por eso organizó unos grupos de guerreros dispuestos a interponerse en esa marcha.

Mi padre se ofreció para amedrentar a los hombres blancos. Me dijo que era su deber, que si él no lo hacía, posiblemente yo acabaría creciendo en tierra de los blancos y trabajaría forzosamente para ellos. Él no quería un devenir tan humillante para mí, ni tampoco para ninguno de sus ocho hijos.

Por eso mostró tanta motivación en defender su tierra. Por eso alentó a otros hombres a seguir la voluntad del jefe Mzilikazi y yo no pude evitar mirarle con admiración: mi padre, con su busto erguido, su lanza y su escudo de piel, parecía el mejor de los guerreros. El mejor de todos los hombres del universo.

Cuando él se fue a la batalla con una centena de guerreros, yo no pude evitar seguirle. Le perseguí desde muy lejos, pese a las directrices de mi madre, en medio de la estepa, como también hicieron muchos otros niños, y observé cómo mi padre se preparaba para el conflicto, alzando su escudo de piel y su lanza adornada de plumas en el aire mientras reproducía una danza que parecía ser el baile del cazador de leones. Mi padre era considerado un hombre valiente, quizás uno de los más intrépidos, muy luchador y determinado. Desde que nuestra tribu se apartó de los zulúes de Chaka y decidió adentrarse en las tierras desconocidas, siempre fue muy respetado por el resto de nuestros vecinos. Sus consejos siempre eran escuchados por nuestro jefe Mzilikazi y muy a menudo aplicados, aunque no fuera un estratega especialista, porque permitieron a nuestra tribu, los matabele, imponerse sobre otras de la zona que robaban el ganado.

Al verle hablar con los demás guerreros, entendí que el plan iba a consistir en una lucha directa con los viajeros blancos. Una intimidación en pleno valle abierto para amedrentarles e impulsarles nuevamente desde donde venían, el sur. Parecía un plan sensato. Eso pensé por lo menos hasta que los guerreros que conformaban el comando se encararon con unos Boers armados con fusiles y dispuestos a todo para seguir adelante. Estos hombres blancos no entendían de respeto y de humildad. Alzaron sus fusiles y los apuntaron directamente sobre mi padre, sin preocuparse por lo que podíamos sentir, nosotros, los dueños de estos dominios, y entonces, las lanzas y los escudos de mi padre (y de los demás hombres) parecieron ridículos. Estas tierras eran nuestras pero ellos no parecían entenderlo. Se negaban a comprender y consideraban que Dios les acompañaba en la búsqueda de la tierra prometida.

Dios Todopoderoso, Hacedor de todas las cosas en este mundo, las buenas y las malas, Creador y detentor del secreto de la vida, por favor, mantén a mi padre en vida. Esa fue la oración que hice mirando al cielo y al astro resplandeciente que brillaba furiosamente. La repetí en varias ocasiones y uno de los muchachos que me acompañó también. Los dos estábamos preocupados por el devenir de nuestros padres. Pensamos que con estas oraciones estarían a salvo porque los espíritus y el Dios del Cielo suele estar de nuestro lado, y sin embargo, vimos cómo los guerreros se arrojaron sobre las carretas entoldadas de los hombres blancos, con gritos y aspavientos terribles,

y cayeron uno a uno en el suelo por el efecto de las balas. Sí, era una triste realidad: las armas de los Boers escupían fuego sin parar y nuestros hombres terminaron en un mar de sangre.

No pude aguantar las ganas de ir a ayudar a mi padre. Salí corriendo de mi escondite, dejando solo a mi compañero que no quiso sumarse a mi iniciativa, y me acerqué a la multitud con la idea de apoderarme del arma de mi padre y de vengarle. Corrí alocadamente como si supiese que mi destino cambiaría para siempre, lo sabía o quería creer que podía cambiar el devenir de todo mi pueblo. Alcancé a ver los cuerpos de los guerreros, todos desangrados e inertes, y quise llorar pero no me dejé llevar por los sentimientos. Empuñé la lanza del primer combatiente que vi, alcé la mirada hacia esos hombres blancos y luego grité con todas mis fuerzas: Muerte al invasor. Corrí con todas mis fuerzas en dirección de las carretas y de los granjeros pero no era nada fácil con un arma que podía medir el doble de mi estatura.

Ellos me divisaron, inquietos y entretenidos a la vez. No se ve con frecuencia a un niño de diez años vengar a su padre con una lanza enorme. Algunos alzaron sus armas pero el jefe blanco y barbudo exigió enseguida que no me dispararan. Seguí corriendo y bramando mi odio porque la imagen de mi padre abatido por el fuego de sus armas me nublaba la vista, y llegué a acercarme notablemente. Entonces empezaron a arrojarme todo tipo de objetos, piedras y bolsas variadas, que provocaron mi caída en el suelo pedregoso. Volví a ver el rostro de mi padre alzando su escudo de piel, escuché el grito de guerra que voceó antes de ser abatido hasta que perdí el conocimiento.

Me desperté muy lentamente, sin lograr entender dónde me hallaba. El techo blanco de tela me hizo saltar y comprender que estaba dentro de una de esas carretas entoldadas que constituían el Gran Trek. Aturdido, quise erguirme apresuradamente y escapar pero me retuvieron unas cuerdas enormes. Entonces, entendí que me habían hecho preso o esclavo. «Mira, se ha despertado Johnny», pronunció la voz de una mujer al verme. Johnny no era mi nombre pero así me bautizaron.

# LAT DYOR O LAS TRIBULACIONES DE UN GOBERNADOR FRANCÉS

*Cayor (región del actual estado de Senegal), siglo XIX.*

Después de reafirmar su plena autoridad sobre el territorio de Cayor, de reivindicar con una fuerza guerrera y apabullante su título, legítimo e incuestionable, de *Damel*, Lat Dyor obtuvo de manos del representante de la autoridad colonial francesa, Pinet Laprade, el reconocimiento oficial de su jefatura en una demarcación estratégica del futuro Senegal. A partir de ahí, el temor de las autoridades francesas ante la soberbia y el orgullo del joven guerrero no cesó de aumentar y, cuatro años más tarde, en 1871, la firma de un tratado de paz con el imparable monarca africano era inevitable.

—No entiendo cómo este hombre ha logrado imponerse en el Cayor —manifestó el gobernador de África Occidental en su despacho oscuro. Hablaba con su asistente de siempre, quien, más que proporcionarle información, le apoyaba en un proceso de reflexión que no parecía tener fin. Se asemejaba a un animalito de compañía—. ¿No es cierto que lo hemos despojado de todos los bienes materiales, que ha sido apartado muy prontamente del poder y que ha tenido que huir?

—Sí, señor gobernador —respondió enseguida el asistente—. Es cierto.

—¿Entonces cómo puede ser que este hombre haya logrado imponerse de esta forma?

—Supongo que porque goza del apoyo de un sector del pueblo —explicó instintivamente el asistente.

—¿Pero no se le había apartado prontamente del poder y había sido aislado? —volvió a preguntar el gobernador en medio de un proceso de reflexión interminable que no parecía madurar. El asistente perdió la paciencia.

—Tal y como se lo he confirmado hace unos segundos —dijo él con un leve tono de irritación—, el guerrero Lat Dyor fue aislado desde muy joven —respiró y recuperó su tranquilidad—. Es un hombre carismático y luchador. Por eso se ha ganado el apoyo de un sector del pueblo senegalés.

El gobernador asintió levemente.

—Acabaremos con él dentro de poco —añadió luego—. No podemos permitir que un solo guerrillero mancille el nombre de Francia de esta manera.

Eran años de rápida colonización, intensa y resuelta, en los que había que posicionarse y ocupar extensos territorios. Existía una carrera frenética entre las potencias europeas, sobre todo francesa, inglesa y alemana, para apoderarse del suelo africano y, además de inevitables guerras, había que negociar con los jefes, los que, en medio de la nebulosa de esa galaxia interminable de etnias y tribus de la desconocida África de entonces, demostraban una capacidad de organización y de resistencia preocupantes. Lat Dyor era, sin ninguna duda, uno de esos líderes inquebrantables con los que había que contar y, aunque los franceses habían hecho lo posible para apartarlo del poder desde muy jovencito, aunque habían tratado de acabar definitivamente con él muchos años antes en la batalla de Loro en 1864, ahora les tocaba firmar una paz amarga y humillante. Una paz que ratificaba la tenacidad negra y complicaba los planes colonizadores.

Lat Dyor se impuso como una figura protectora y abrumadora, digna y fiable, que pese a las dificultades técnicas, a las conjeturas y los enormes desplantes del destino causados por la potencia francesa, sabe imponer su visión y persiste hasta la victoria. Después de la firma del tratado, el *Damel* de Cayor supo hacer uso de su aura de gloria y de tenacidad para extender su influencia a otros dominios y anexionar el reino vecino de Baol. Ya no sólo era el *Damel* de Cayor sino también el Duque de Baol, imparable guerrero, no muy alto pero combativo e insaciable.

Lat Dyor era conocido también por su elegante e imponente caballo, Mallaw, que le acompañaba en los peores escenarios bélicos. Encima de su caballo, sentado elegantemente a horcajadas y frente a las multitudes de Cayor, Lat Dyor no dudaba en clamar una frase que tan bien le caracterizaba: «Quiero vivir siendo libre, digno y generoso». Esas palabras tenían el efecto de animar la muchedumbre a su paso, de alimentar el fuego prendido por sus victorias y por su irreprochable valentía ante las fuerzas francesas.

—No puedo creer que Lat Dyor se haya aprovechado del tratado de paz para fortalecer su posición —manifestó el gobernador en funciones detrás de su despacho. Tenía una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra, eso le impedía hablar demasiado—. Esas prácticas son nuestras y no de un líder africano. Los Europeos son, en teoría, los que se aprovechan de los tratados de paz para desgastar al enemigo. Ese Lat Dyor es un hombre inteligente.



Su asistente, en pie frente al despacho, le miró a los ojos un instante, bajó la mirada, dio una vuelta como si estuviera reflexionando ardorosamente y luego dio unos pasos sobre la madera vieja y crujiente del suelo.

—Lat Dyor es un hombre que aprende mucho de sus rivales y se crece enormemente —dijo el asistente. Durante un instante, dio señales de querer agregar algún comentario pero luego se reprimió.

El gobernador exhaló todo el aire que contenían sus pulmones y en un gesto de ira dijo:

—A mí, nadie me va a quitar de aquí. ¿Me has oído? —clamó el gobernador nerviosamente—. Nadie. He sufrido mucho para que un indígena venga a frustrar todos mis planes. ¿Sabes lo que he tenido que aguantar en Francia para que me ofrezcan este puesto?

El asistente no contestó. Esperó a que el gobernador se relajara y luego intervino con un tono apacible y tranquilizante.

—Señor gobernador —dijo él—, debería mantener la calma. No debe de angustiarse.

—Lo único que me interesa es defender los intereses de mi país— el gobernador ignoró los comentarios de su asistente.

La guerra total contra la potencia europea no pudo impedirse. Con la construcción de la vía ferroviaria y el proyecto de conectar la ciudad de Saint-Louis con Dakar (para facilitar el transporte del cacahuete), las fricciones volvieron a avivarse. Y lo que al principio fue tolerado por Lat Dyor con un tratado de paz firmado en secreto el 10 de septiembre de 1879, terminó en un rotundo rechazo. Lat Dyor no pudo permitir que las obras siguieran porque consideró que el tren de los europeos era un instrumento más para encadenar a su gente y manifestó al gobernador abiertamente su sentimiento: «Ustedes intentan establecer una vía ferroviaria como un barco a vapor en tierra firme. Es tan imposible como el hecho de hacer entrar una casa dentro de otra. Tengan bien en cuenta que, si hoy edifican una vía ferroviaria y colocan comercios a distancias regulares, me están arrebatando mi país y despojando de todo lo que poseo».

El gobernador llamó con gritos de exasperación a su asistente para comentar las últimas declaraciones de Lat Dyor y, en cuanto se halló frente a su despacho, expuso una cara descompuesta y temblorosa. Las venas de su cuello sobresalían, se asemejaban a enormes tuberías en una pared destartada y descolorida.

—¿Ha oído usted las últimas afirmaciones de Lat Dyor? —preguntó el gobernador y enseguida tosió ruidosamente como si estuviese atragantándose—. ¿Qué opina usted?

El asistente se mantuvo callado unos instantes. Parecía estar eligiendo las palabras para contestar acertadamente.

—¡Venga! —reanudó el gobernador—. ¡Dígame lo que piensa de los últimos comentarios de este sinvergüenza!

—Pienso que es un hombre al que no se puede controlar tan fácilmente. Quizás los tratados de paz no sean suficientes para neutralizarle.

El gobernador estalló con una sonrisa despótica y cuando ya le brotaron las lágrimas de los ojos, se recompuso.

—¡Ya sé que a Lat Dyor no sé le puede controlar tan fácilmente! ¡¿Usted se cree que soy un idiota?! —dijo rabiosamente.

—No, señor —reaccionó el asistente—. Jamás le faltaría al respeto.

—Usted no me respeta —insistió el gobernador con un tono infantil.

—No es verdad —se defendió el asistente—, le quiero mucho.

—Cállese —gritó el gobernador acompañando su desasosiego con un puño firme sobre el escritorio.

El silencio se apoderó del despacho y el ambiente se hizo asfixiante. El asistente se mantuvo callado mirando al piso como un perro sumiso.

—En todo caso —continuó el gobernador en un monólogo entrecortado—, tiene razón con respecto a los tratados de paz. Vamos a tener que emplear recursos contundentes para silenciar a Lat Dyor. Ya no podemos seguir así. En Francia están pensando que soy un payaso.

El asistente asintió pero sin decir nada.

Ante la resistencia de Lat Dyor, Francia optó por el uso de la fuerza y en 1883 decidió destituir al *Damel* rebelde para reemplazarle por Samba Yaya Fall, un hombre en acorde con los intereses del país colonialista. Lat Dyor no tuvo más remedio que huir y buscar el amparo de otro compañero resistente: Djoloff Alboury N'Diaye, duramente opuesto a los intereses franceses.

Insatisfecha con el nuevo *Damel* por considerarle demasiado influenciado y débil, Francia lo reemplazó por Samba Laobé Fall. La intención de las autoridades era colocar la región de Cayor bajo protectorado francés y Samba Laobé facilitó ese trámite permitiendo de esta manera al poder central de inaugurar legalmente el ferrocarril en Julio de 1885. Desde ese evento, la región de Cayor dejó de existir y fue dividida administrativamente en seis provincias.

El gobernador celebró la inauguración del tren mucho antes de la ceremonia oficial, en su despacho, junto con el asistente y con una botella de

champán, traída especialmente de Francia y reservada para los eventos especiales.

—Beba —dijo el gobernador al asistente, apuntando la bebida con su dedo—, porque este champán vale una fortuna.

—Sí señor —contestó mansamente el asistente—, se lo agradezco, pero no hacía falta abrir una botella tan buena para...

—¿Cómo que no hacía falta? —el alcohol le subía rápidamente a la cabeza—. Si no celebro este momento, no celebraré nunca nada en mi vida. ¿Usted sabe la dura resistencia que ha demostrado Lat Dyor hacia la construcción del ferrocarril entre Saint-Louis y Dakar?

—Sí, señor —accedió al punto el asistente—. Lo sé muy bien.

—Entonces, beba conmigo —cerró el gobernador y después de engullir el espumoso que tenía en la mano volvió a hablar con más tranquilidad—. Es verdad que preferiría compartir esta botella con mi amante, esa mulata exquisita, voluptuosa y coqueta, pero siempre me dice que no tiene tiempo para mí. Estos últimos tiempos me resulta difícil disfrutar de ella.

El asistente hizo una mueca irónica y murmuró algo que el Gobernador no logró entender.

—¿Qué ha dicho, asistente?

—Nada —repuso inmediatamente el hombre con un ademán de educada molestia—. No dije nada.

—Digamelo —insistió el gobernador.

—Son rumores que se escuchan en la calle —barboteó el hombre—. No creo que le interese saber.

—Claro que me interesa —explicó el gobernador—. Usted debería informarme de todo lo que se dice fuera.

El asistente se mantuvo silencioso un segundo, meditabundo e inquieto. Parecía estar buscando la forma de presentar una noticia comprometedor.

—Digamelo —insistió el gobernador con el arrojo de un hombre ebrio—. No se corte.

Viendo la insistencia de su jefe, el asistente decidió lanzarse. Terminó lo poco de champán en su vaso y se aclaró la garganta:

—Dicen por las calles de Dakar que usted no puede satisfacer a su amante —balbuceó—. Espero que sólo sea un rumor pero también puede ser el motivo de que a usted le cueste quedar con su amante.

El silencio volvió a helar el ambiente del despacho. El gobernador se quedó atónito, desubicado y ridículo. La noticia le había helado la sangre, la cara y el cuerpo entero. El vaso que tenía en la mano cayó al suelo, como si el comentario le hubiese hecho el efecto de un duro golpe en la nuca, y produjo

un ruido lejano de vidrio estallado sobre el suelo. El asistente liberó una leve sonrisa, aunque su esfuerzo para contenerse era inmenso, y el gobernador reaccionó enseguida. Su inmenso ego estaba a la defensiva y con un aire reflexivo, quizás simplemente el efecto del alcohol, intentó buscar una respuesta:

—Mire —le dijo al asistente—, cuando usted tenga el control de África Occidental, si es que llega algún día a tenerlo, se dará cuenta de lo mucho que representa y de los problemas que esto puede implicar —el gobernador quiso decir algo más pero su orgullo se lo impidió—. Ahora váyase a la calle a ver qué más dice la gente de mí y, se lo ruego, hágame un informe completo.

El asistente desapareció al instante y dejó al gobernador solo en su despacho, en medio de sus cuadros, de las fotos de su familia y frente a la botella de champán, casi vacía, a la cual se agarró desesperadamente:

—Lat Dyor —gritó el gobernador—. Lat Dyor. ¡Te odio!

Al ser informado de la inauguración del tren, Lat Dyor decidió organizar una sublevación en las tierras del Cayor, incitando a todos los habitantes a oponerse al invasor, a resistirse a producir cacahuets como lo exigían las fuerzas coloniales. La resistencia organizada por Lat Dyor obtuvo el respaldo de los campesinos y del pueblo que admiraba su determinación y su incorruptibilidad. Muchos campos de cacahuete fueron desatendidos, amenazando seriamente los intereses franceses y la funcionalidad del tren.

El gobernador francés, informado de los planes de Lat Dyor, decidió el 25 de octubre de 1886 enviar el ejército para neutralizarle. Sin embargo, el *Damel* fue el que se adelantó y, cerca de los pozos del pueblo de Dekhélé, solo al frente de sus 78 hombres, se lanzó en una lucha encarnizada y osada. Durante la batalla, la traición de su hombre de confianza, Demba War Sall, verdadero brazo derecho, precipitó la muerte de Lat Dyor. El gran héroe senegalés recibió una bala de oro después de que su hombre de confianza, Demba, insistiera en que retirara uno de sus collares protectores.

El 27 de octubre de 1886, día de la muerte de Lat Dyor, extrañamente, el gobernador no celebró su victoria. Su asistente entró animosamente en su despacho con un informe en las manos y lo colocó sobre el escritorio de su jefe con una sonrisa congelada.

—Ha muerto Lat Dyor —dijo él—. Es una gran noticia.

El gobernador se mantuvo quieto e inexpresivo. No dijo nada durante unos minutos que se hicieron eternos, examinó el informe del capitán francés que lideró los combates, lo manoseó con un aire ausente y comprobó que

todos habían muerto. Todos: Lat Dyor, sus dos hijos y sus setenta y ocho soldados.

—¿No le alegra la noticia? —preguntó el asistente con insistencia—. Llevamos tiempo esperándola.

La respuesta del gobernador fue un largo resuello.

—Mire —dijo el gobernador con tono aleccionador—, cuando muere un gran enemigo y carismático hombre como Lat Dyor, uno no salta al techo para celebrar su victoria —el hombre tendió el informe al asistente—. Si lee este documento verá que Lat Dyor ha muerto debido a la traición de uno de sus hombres, Demba War Sall, un chaquetero de cuidado, que decidió combatir de nuestro lado por dos francos. ¿Entiende por qué no salto de alegría? ¿Me entiende?

El asistente se compuso y expuso un semblante serio.

—Lat Dyor es un hombre que se merece todo mi respeto —dijo el gobernador—. Con los pocos medios que tenía, ha sabido hacerme la vida imposible.

El silencio se impuso de repente hasta que el asistente se atrevió a romperlo con un carraspeo estrepitoso.

—Entonces señor —dijo él—, ¿guardo la botella de champán para otra ocasión?

—Sí —asintió—. Consérvela para otra ocasión.

# LOS DESAIRES DE MENELIK II

*Etiopía, siglo XIX.*

En el Tratado de Wuchale que firmó Menelik II, emperador de Etiopía desde 1889, con los italianos aparecía claramente una cláusula que estipulaba su adhesión a un protectorado italiano. Eso aseguraban los europeos con un tono notablemente ofendido al comprobar que, después de ratificarlo, el hombre no parecía abierto a esa idea. El gran emperador etíope, soberbio y orgulloso, no quiso creerse las explicaciones de los mensajeros italianos que transmitían mensajes de indignación y de profunda preocupación, reclamando al emperador que siguiera su compromiso y dejara entrar en su territorio al ejército ya establecido en Eritrea y Somalia.

«Lo que dicen los italianos son tonterías», dijo el máximo líder etíope a uno de los numerosos mensajeros que prorrumpían con frecuencia en su palacio recién estrenado de Addis Abeba. «¡Yo nunca he necesitado la protección de Italia! ¡Nunca!», y con un exceso de orgullo le instó a que volviera con un mensaje personal: «Diles que, si quieren, les protegeremos nosotros a ellos». El mensajero recibió esa misiva con estupor, pensó en insistir para regresar con un mensaje más diplomático, pero luego desapareció corriendo con unas largas zancadas y pronunciando en voz alta unas malsonantes palabras en italiano, dirigidas a esos africanos que no respetaban a sus señores. «*¡Va fem culo!*».

A las pocas semanas, apareció otro mensajero, más inflexible todavía y con un mensaje más tenso: «Las autoridades italianas dicen que si no aplican todas las cláusulas del tratado podrá verse involucrado en una desagradable situación. Italia está dispuesta a defender las cláusulas del tratado con el uso de la fuerza». Ese anuncio fue recibido con algo de desconcierto por Menelik. El emperador africano, siempre muy cerebral, analizó las palabras empleadas por la administración italiana y sacó la siguiente conclusión: «Italia me propone un protectorado para defenderme y, si no respeto el tratado, me ataca. ¿Es esto la lógica europea? ¿Tiene esto algún sentido?». El emperador permaneció dando vueltas en una sala de su palacio, elucubrando ideas incomprensibles y ante la mirada atónita del mensajero. Cuando hubo dado

más de doscientas vueltas al amplio salón, el mensajero cayó desplomado en el suelo.

Menelik esperó pacientemente a que se despertara para anunciarle la noticia. «Les dirás a tus jefes que aquí no somos brutos y que defenderemos el tratado tal y como lo firmamos, o sea sin la cláusula de protectorado. ¿Entendido?». El mensajero no entendió muy bien el sentido de lo que decía el emperador etíope y, cuando se lo contó una segunda vez, cayó nuevamente en un sueño comatoso que duró dos días: «Defenderemos el tratado con la fuerza y, si Italia nos ataca para imponer su protectorado, nosotros responderemos con la misma contundencia para imponer el tratado sin protectorado. ¿Me has entendido?».

La respuesta del emperador etíope fue recibida como una declaración de guerra por las autoridades italianas y, a los pocos días, la incursión del ejército para defender el protectorado fue lanzada. Menelik fue informado inmediatamente de los movimientos del ejército italiano por sus generales y dio la orden de ataque con un comentario muy inesperado: «Quiero que estos italianos sientan la cláusula de protectorado donde más les duela». Un súbdito no acabó de entender el significado de esa expresión y preguntó a su excelencia que le diera más detalles. Entonces, sentado en lo alto de su trono, el emperador le preguntó adónde le costaba más recibir las patadas y, cuando escuchó la palabra «testículos» brotar de la boca de su súbdito, asintió airoosamente. «Ahí mismo», añadió. «Ahí es donde quiero que sientan su famosa cláusula».

La guerra iniciada en 1894 con la invasión italiana tuvo una intensidad inesperada. El ejército italiano se encontró con la realidad de un pueblo armado con eficacia y modernizado tras diez años de políticas modernistas del emperador Menelik. Lo que debía ser un paseo para la potencia europea acabó siendo un horror, un auténtico desastre, y el número de muertos fue creciendo hasta que, el 1 de marzo de 1896, los italianos reconocieron su derrota en la batalla de Adua.

Pese a la tensión acumulada y las tremendas repercusiones sobre su población, la reacción del líder africano fue inesperadamente efusiva. «¿Cómo has dicho?», le preguntó a uno de sus oficiales, «¿Han capitulado?». El hombre no se cansó de escuchar la noticia de la boca de sus informadores y les pidió veintidós veces consecutivas que repitieran lo mismo, celebrando cada una de ellas con un baile improvisado. «Repítemelo una vez más, ¿han capitulado o no?». Cuando ya hubo digerido la noticia de su merecida victoria, el emperador se interesó por la cifra de muertos del bando derrotado: «Decidme cuántos italianos han muerto». Al oír el número de cuatro mil quinientos muertos y mil

trescientos prisioneros, el hombre no pudo disimular un gesto de soberbia: «Han hecho bien de detener el conflicto a estas alturas, porque íbamos a acabar con sus diez mil soldados».

El hombre insistió en firmar el tratado de paz en su capital: Addis-Abeba. Apareció en la cumbre con un aire indoblegable, como un león en medio de sus leonas, y, después de haberlo leído quince veces, firmó el tratado que sellaba la innegable e admirable independencia del país etíope. Cuando ya hubo concluido todos los trámites, que su firma quedó indeleble en el papel y que su personalidad flotó en el aire como una música triunfal, el hombre se despidió de todos los diplomáticos con un gesto victorioso. Antes de salir de la sala, miró al cielo como si buscara la bendición del dios todopoderoso y luego expresó de medio lado: «Y que no me vengan más con cosas raras, bobadas y protectorados que no protegen a nadie...»





# CUENTOS DE LA DIÁSPORA AFRICANA EN LAS AMÉRICAS

# UN REY NEGRO EN AMÉRICA LATINA

*Cartagena (Colombia), siglo XVI – XVII*

Mi historia empieza mucho antes de pisar las tierras de América del Sur y de Cartagena, muchísimo antes de coronarme rey de Arcabuco y de liderar a la población africana en su deseo de liberación. Mi historia es un reflejo de la fuerza de mi raza y de mi gente, de mi orgullo y de mi insubordinación. Empieza a miles de kilómetros de aquí, a meses de travesía, en el continente africano, la tierra de mis ancestros, la tierra que llevo en las venas, en la piel y en el corazón, y que ostento con orgullo cada día. Y hoy, más que nunca, luzco ese traje de orgullo y de dignidad que me caracteriza porque es el día de mi ejecución. El día de mi ahorcamiento y el fin de mi actividad revolucionaria. Sí, mi vida representa una eterna lucha contra los elementos, contra la voluntad de los opresores blancos y de los espíritus malignos, contra la grandeza del océano Atlántico y el destino trágico de mi continente. Mi vida no se limita a un simple acto de rebeldía, a un gesto de falta de respeto o poco civismo. No se resume, como tratan de hacer valer los europeos, a la palabra de cimarrón incontrolable e imprevisible. No. Yo soy Benkos Biohó, también conocido con el nombre de Domingo Biojó, el rey de Arcabuco, indoblegable cimarrón, esclavo huido y organizador de un movimiento que ha hecho temblar a la corona española y ha atraído la mirada de las demás potencias europeas, porque mi acción ha sido desde el principio escrupulosamente organizada y planeada.

Nací en un lugar de África occidental, en la Guinea portuguesa, cerca de un río de agua cristalina y fría en la que me contagié de la fuerza de los grandes espíritus y de la naturaleza. Recuerdo cada uno de los elementos que me transmitieron ese sentimiento de imperturbable seguridad y de orgullo: el aire salino y el sol abrasador, las lluvias torrenciales y las tierras fértiles en las que corría como un atleta imparable, como una gacela o un avestruz. En esos años, mi madre ya veía en mi persona un fuerte varón con la capacidad de abatir las murallas más altas y de levantar a las masas, fuerte como el gran baobab de las estepas, como los grandes elementos que dominan en el cielo, los relámpagos y los truenos, y yo me sentía imbuido de esos grandes poderes

mágicos que ella comentaba. Siempre los mantuve secretos, porque esos poderes no debían divulgarse, y crecí bajo la mirada de admiración de mis numerosos hermanos, de mi padre y de otros hombres que anticipaban un gran devenir.

Lamentablemente, estos sueños de grandeza en mi tierra natal, la tierra de mis queridos antepasados, se derrumbaron de repente cuando el traficante portugués Pedro Gómez Reynel organizó mi secuestro con la colaboración de otros africanos. En ese preciso momento, me vi arrancado de mi entorno natural y de mi familia, trasladado a otro lugar desconocido en condiciones pésimas, como si de un simple animal se tratara, y vendido a otro traficante llamado Juan de Palacios quien vio en mí una buena mercancía para enriquecerse. Desde el principio, el hombre leyó en mis ojos mi fuerte personalidad. Quiso amedrentarme y disuadirme de escapar con su tono altivo y tosco. Me enseñó un látigo que usaba diariamente para sus caballos y me dijo que, si no le mostraba respeto y docilidad, me arrancaría toda la piel. No fueron pocas las veces que el duro castigo se abatió sobre mi espalda y mis piernas produciendo el mismo ruido que un cañonazo que sueltan las carabelas portuguesas a lo largo de las costas africanas.

Inicié un viaje horrible hacia las Américas, confinado en una galera con la obligación de remar bajo los gritos y las miradas inquisidoras. La higiene era inexistente y el hacinamiento generaba todo tipo de enfermedades y muerte. Muchos fueron los hermanos africanos que cayeron fulminados por la fiebre, devorados por el cansancio, las diarreas, la desquiciante soledad y la falta de esperanza, deprimidos por la nostalgia, destrozados por el maltrato. ¿Dónde estaba mi tierra tan querida, la que fue testigo de mis primeros pasos, de mis primeros tropiezos, y que me infundió esa fuerza, esa voluntad de ser y de vivir, en mi cuerpo robusto? Recé mil veces, cada remada era una plegaria repleta de rencor o un «amén» lleno de desesperación, y pedí ayuda a todos los espíritus del océano y a todos mis antepasados, a los jefes ancianos de mi pueblo, pese a las interdicciones de los blancos a acudir a ellos. Juré que me escaparía en cuanto apareciera una oportunidad. Era una cuestión de honor redimirme de esa tutela blanca que pesaba más que todas las cadenas que ellos me obligaban a llevar, más que esa bola de metal que tenía que arrastrar para desplazarme, y que marcaron mi piel con un indeleble color a sangre. Acabaré con vuestro agravio, pondré fin a tanta humillación, un día u otro: estos pensamientos eran los que me hacían seguir adelante, los que me permitían aguantar el peso de la extrema degradación. Además, en esa travesía destructora, la muerte viajaba con nosotros como si fuera un viajero

más y se llevaba a gran parte de mis hermanos, centenares de hombres que sucumbían bajo el extremo esfuerzo y la falta de alimento.

Hoy la muerte está cerca, muy cerca, y sé que acabará llevándome al otro lado, al mundo de los espíritus. Entonces sabré cuál fue mi vida anterior y cuál es la otra que me espera. De momento, miro digna y airosamente a la plebe porque nunca he faltado de orgullo. Centenares de familias blancas, madres e hijos, padres y abuelos, se han desplazado hasta la plaza pública de Cartagena para presenciar el tan anhelado evento y me miran como si yo fuese un bandido, como si yo fuese un criminal, la mayor amenaza, cuando realmente lo que he hecho es defender mi derecho a ser libre, a circular por este continente con la misma tranquilidad que los blancos, porque soy un hombre también. Sí, soy un hombre como ellos. Pero ellos no lo ven. En mis rasgos sólo ven inferioridad, brutalidad y promiscuidad, y yo les devuelvo la mirada porque nunca me cansaré de mostrarles mi dignidad. Y eso les duele.

Al llegar a Cartagena de Indias en 1596, después de esa travesía tan atroz e inhumana, fui revendido a un esclavista español, Alonso del Campo, un hombre tosco y prepotente que me compró por doscientos ducados. Un precio relativamente elevado porque tenía buena capacidad para trabajar en el campo. Trabajo forzado o condena a muerte, véanlo como quieran, para mí es lo mismo. En todo caso, nunca me dejé amilanar. Nunca. Busqué la fuerza en los rincones de mi mente, en la luz de mis sueños y en el resto del universo para que nada cambiara mi mentalidad y traté de escapar en tres ocasiones pero cada una de estas tentativas terminó en fracaso, lo que me costó centenares de azotes, privaciones, insultos y reclusiones. Atroces tratos que me obligaban a seguir luchando, pensando en nuevas tentativas y hazañas, porque los espíritus estaban conmigo, sí, conmigo, y me permitían sobrellevar el dolor y las heridas de los castigos. Nunca dejé de pensar en la libertad y cada fracaso me alentaba a organizarme más y más, a pensar en un método perfecto para huir.

Finalmente, en el año 1599, aprovechando la ausencia del dueño de la finca y unas festividades que atraían la atención de la vecindad, logré agrupar a una quincena de esclavos, todos deseosos de huir, a mi mujer y a mis hijos, y me escapé en los Montes de María, al sur de la provincia de Cartagena, en búsqueda de la tan preciada libertad. Nos adentramos en los manglares, en las ciénagas y lodazales, en plena noche, corriendo como locos, hasta sentir el límite de los pulmones. Estábamos desesperados y temerosos de ser alcanzados por los guardas, de ser asesinados en el mismo instante y ser exhibidos en público al día siguiente como ejemplo, pero nadie nos alcanzó inmediatamente y logramos llegar al pie de los pantanos de la Matuna. Ahí

empezamos a buscar un lugar para establecernos cuando de repente, escuchamos a una banda de una veintena de hombres blancos, furiosos y rabiosos, que nos perseguían para matarnos. Corrían disparatadamente en medio de la vegetación y de la maleza, como si hallarnos era una cuestión de vida o muerte, como si fuéramos una manada de cerdos, y sus armas metálicas resonaban porque con ellas se abrían camino. Entonces, exigí a mis hombres que se escondieran en los árboles o debajo de ciertas rocas, junto con mi esposa y mis hijos, para prepararles una emboscada. Nuestra superioridad residía en nuestra capacidad de movimiento, en nuestra disciplina y nuestro sigilo, por eso, cuando llegaron donde estábamos escondidos, se vieron desarmados en unos segundos. Un hombre, que luego identifiqué como Juan Gómez, el líder de la banda, quiso enfrentarse con nosotros y acabó fulminado por un machetazo que le dejó tieso en el suelo, como una boa después de morir. Los hombres blancos desaparecieron al segundo, clamando en alto su impotencia y rogándonos que les dejáramos en vida porque ellos eran personas que sólo cumplían órdenes. Entonces, todos nosotros, negros escapados, cimarrones valientes y astutos, celebramos nuestra victoria por todo lo alto, con gritos de euforia y bailes de mapalé. Mi mujer, tan contenta de verse libre, alegre de no verse humillada nunca más, maltratada y violada por el dueño de la plantación, brincó con efusividad y nos hizo un baile inesperado de bullerengue, una danza que no había bailado en muchos años pero que emprendió con espontaneidad, donaire y sensualidad, bajo el palmoteo de los demás hombres que manifestaban unas ganas irreprimibles de celebrar. Qué alegría. Por fin libre, por fin...

Y después de nuestra victoria empezamos a organizarnos para sobrevivir en los montes de Matuna. Había que recolectar las frutas y las verduras comestibles, preparar algunos cultivos, pero también pensar en la expansión de nuestra colectividad y en los otros hombres esclavizados. En ningún momento nos olvidamos de ellos, nuestros hermanos que, allá, bajo el poder blanco, agonizaban en la peor degradación y en el trabajo forzoso. ¿Cómo olvidarles? El dolor de la humillación, de la desconsideración y del agravio me lo impedían y por eso enseguida me puse de acuerdo con otro hombre, el más fornido de todos, un mandinga de dos metros de alto, para volver a la ciudad y organizar una red de liberados. También pensamos en contactar a otros negros esclavos para organizar un sistema de información y de espionaje que nos permitiera a nosotros, negros libres, conocer todos los movimientos e intenciones de las autoridades españolas. Y al cabo de unas semanas, nuestro palenque ya se constituía de una cincuentena de personas perfectamente organizadas que aspiraban a defenderse con toda la voluntad del mundo. Sí,

cincuenta, pero mis planes eran liberar a muchos más, a todos si fuera posible, porque mi resentimiento y mi orgullo eran inconmensurables.

Ahora sé que me queda poco tiempo. Poquísimo. Mi muerte está más cerca que nunca porque están preparando el puesto en el que me van a ahorcar, pero moriré siendo un hombre. Un hombre digno. Esa es la pena que me han reservado por querer demostrar que soy igual que ellos. Digo, por haber demostrado que somos todos iguales, y sigo mirándoles a los ojos con la misma seguridad de siempre. García Girón, el actual gobernador de Cartagena de Indias, hombre tan inseguro como ambicioso, me mira jubiloso y enardecido, porque piensa que con mi muerte se acabarán sus tormentos. Luce unas botas resplandecientes, una camisa blanquísima, como su sonrisa, y una daga dorada que brilla intensamente. Mientras se sostiene a mi lado y saca el pecho como un gallo de lucha, se imagina que después de mí no habrá más rebeldes, que no saldrán otros hombres firmes y deseosos de justicia, y que se impondrá la paz en los alrededores de su ciudad, pero se equivoca. Está cometiendo un grave error porque, después de mí, aparecerán centenares de luchadores, muchos otros Benkos Biohó, igual de determinados y fuertes.

Sonríó al gobernador, le miro fijamente a los ojos y enseguida se estremece. Tiembla como un niño despertado por una pesadilla. Desvía la mirada como si yo fuera un poseso o un diablo. Ese desgraciado siempre me ha temido, y pese a sus creencias de católico intolerante, de hombre déspota y fanático, cree en los poderes que yo manejo tanto como lo hace mi propia gente africana. «Ese hombre merece morir», esas son las palabras que pronuncia para enardecer a la plebe que responde con entusiasmo y fervor. Pero yo nunca mentí. Nunca.

Desde que me escapé en la Matuna y en los Montes de María, mi actividad libertadora fue vista como una real amenaza y por eso todos los hombres políticos, los funcionarios y guardianes de la ciudad se apresuraron en tacharme de farsante. El mismo gobernador español me describió ante sus súbditos como un negro belicoso que «con sus embustes y encantos se lleva tras de sí a todas las naciones de Guinea de la ciudad». Sin embargo, mis palabras eran la pura verdad. Yo no me inventaba nada: a los demás negros esclavos y mulatos, les decía que esa sangre africana que corría en sus venas, ese líquido único y preciado, era sinónimo de dignidad y de valentía, de amor y de seguridad. Les empujé a que ansiaran la libertad y sintieran el orgullo de sus raíces, porque nuestra historia empieza mucho antes de pisar las tierras de América del Sur y de Cartagena. Les hablé de los grandes reyes que

poblaron nuestras tierras ancestrales y les rememoré las maravillas que conocimos antes de llegar a América. Eso fue todo lo que hice, no fue gran cosa, y sin embargo eso sirvió a que centenares de hombres como yo se rebelaran y huyeran en dirección de los montes para refugiarse en el palenque de la Matuna. Esos fueron los horribles embustes que me reprocharon las autoridades cartageneras.

En 1604 éramos ya casi un millar de personas, todos cimarrones, hombres liberados, revolucionarios imparables e infatigables, que dominaban los montes y observaban la ciudad como búhos nocturnos o panteras en lo alto de un árbol. Las perspectivas de crecimiento seguían siendo altas y temiendo que nos aliáramos con los ingleses o los franceses, el gobernador de la época mandó varias expediciones para acabar con nuestra resistencia. Pero todas las tentativas fracasaron ante nuestra extrema movilidad y las redes de comunicación que habíamos establecido a lo largo de la gran ciudad colonial. Los españoles escuchaban el ruido de nuestros tambores con recelo y rabia a la vez. Sabían que tenían un significado y que podíamos estar preparando algunas liberaciones masivas. Pero más que todos estos actos de resistencia, lo que molestaba a las autoridades colonialistas era el hecho de saber que yo me había autoproclamado, unos años antes, gran rey de Arcabuco y que lucía mi título por todos los palenques, desprestigiando y desautorizando así la corona española.

Al no lograr derrotarme Gerónimo de Suazo, me propuso un tratado de paz con el que nos reconocía, a todos los negros del Palenque de la Matuna, una autonomía inédita. Fue exactamente en el año 1605, un año histórico para todo mi reino. También se me concedió el derecho a entrar en la ciudad por la puerta central, armado y vestido como un caballero, con espada y daga, sombrero y caballo. Indudablemente, ese tratado representaba una gran victoria: ¿Quién hubiera pensado que un esclavo de Guinea lograría arrancar un tratado de las manos españolas? ¿Quién se hubiera imaginado que un pobre desplazado como yo, un hombre encadenado que trabajó remando en las galeras portuguesas, acabaría al mismo nivel que la nobleza blanca de la época? Nadie. Absolutamente nadie. Por eso mi gente festejó esa victoria durante días y días, en un ambiente de euforia sin precedentes, en medio de bailes efusivos —mapalé, bambuco, cumbia y otros ritmos— mientras que los mejores manjares eran servidos por las mujeres más bellas de toda América del Sur. Y a partir de ese día, disfruté de cada una de mis visitas a la ciudad colonial. Examinaba atentamente los rostros envidiosos, rígidos, pusilánimes y desafiantes que me observaban como si yo fuese lo peor de este mundo, como si fuese la reencarnación del Diablo, cuando realmente lo que hacía era



reivindicar mi similitud. Somos todos iguales, algún día se entenderá. Quizás muchos lo hayan entendido. Pero a mí me encantaba ostentar provocativamente ese gusto por la igualdad y con un paso refinado, quizás un poco soberbio, deambulaba por las calles de Cartagena para luego hablar con el gobernador sobre asuntos anodinos o diplomáticos. Mis aires eran siempre elegantes y despreocupados, pausados y seguros, y eso enloquecía a la gente plebeya, atormentaba a los nobles, escandalizaba a las mujeres, enrabiaba a los niños y a los ancianos pero yo, como si nada, seguía caminando serenamente, exhibiendo mi daga, mi espada y, sobre todo, ese regalo que me hizo la naturaleza: ¡mi gracia y mi estilo de caballero indomable!

Pese a la firma del tratado y el establecimiento de una relación estable con el gobernador en funciones, la paz no llegó enseguida a Cartagena porque, por cuestiones de desconfianza, inevitables malentendidos entre posturas tan distantes, los palenques que yo dirigía y las autoridades coloniales siguieron enfrentándose animosamente. Los controles y las represiones hacia los esclavos negros conservaban la misma brutalidad, el mismo odio, y, en ocasiones, se veían duplicados por el temor a una inminente huida, por eso seguí organizando y estimulando la desertión de muchos hombres y en los palenques siguieron llegando centenares de negros libres, mulatos y cimarrones. El reino de Arcabuco se transformó en la esperanza de los exiliados africanos, el sueño americano a nuestra escala y el lugar de revalidación de nuestra identidad, de nuestros folklores y de nuestras creencias. Los españoles intentaron dividirnos y vencernos en varias ocasiones pero nuestra capacidad de reacción, nuestra impresionante movilidad, nos permitió seguir adelante y burlar un imperio entero.

La paz se proclamó realmente en 1612, bajo el gobierno de Diego Fernández de Velasco. A partir de ahí pudimos hablar de una verdadera convivencia. De un mutuo respeto. Nuestro territorio y su autogobierno fueron realmente reconocidos aunque con la firme y persistente condición de que yo renunciara definitivamente a mi título de rey de Arcabuco. Eso no fue ningún problema porque para mis seguidores, mi pueblo y el orden natural de las cosas, los espíritus y los antepasados, yo seguía siendo el gran rey de Arcabuco, el hombre nacido en Guinea capaz de abatir las murallas más altas y de levantar las masas, fuerte como el gran baobab de las estepas, como los grandes elementos que dominan en el cielo, los relámpagos y los truenos, y yo me sentía tan poderoso como cuando, muchos años atrás, mi madre me concienció de mis grandes poderes mágicos.

Y así seguimos viviendo en los palenques de la Matuna y de los Montes de María durante siete años más. Siete años en los que nuestra economía, nuestra población y nuestra organización fueron consolidándose. Siete años en los que yo entraba y salía en la ciudad de Cartagena como si fuese el auténtico gobernador de la ciudad, escoltado siempre por mi capitán y gran confidente Dominguillo. Siete años en los que mi joven nación africana encontró la confianza en sí misma, desarrolló su propio idioma y una cultura única. Ese sentimiento de realización y de orgullo era el que me acompañaba cada vez que entraba por las puertas de la ciudad de Cartagena, cada vez que los guardas anunciaban mi nombre y que yo, automáticamente, alzaba el rostro en señal de indudable realeza. Sí, fueron siete años de afirmación que contribuyeron a la creación de un nuevo destino para todos los pueblos oprimidos.

Pero todo se terminó de repente en el año 1619. Todos mis esfuerzos de negociación, de lucha y de resistencia se esfumaron una noche cuando, paseando descuidadamente a algunos metros de mi escolta y a punto de entrar en la ciudad, la orden fue dada de arrestarme. Sí, esa gente que me acusaba de embustero y de estafador, que hablaba de mí como un hombre peligroso y farsante, fue la que ignoró el tratado contraído por la corona más de quince años antes. Tras mi captura, los guardas me llevaron apresuradamente a la casa del hombre que ahora se sostiene a mi lado tan orgullosamente, el gobernador García Girón con su busto hinchado como un palomo detrás de una paloma, con sus botas resplandecientes de cuero fino, su camisa blanquísima de seda, su sonrisa refinada y una daga dorada que brilla intensamente. Qué excremento. El muy traidor conocía los acuerdos que firmé con la corona, sabía muy bien que yo era, desde ese famoso tratado de 1605, reconocido como un verdadero caballero, como un noble de altísima categoría, pero, por no sé qué motivo, quiso retenerme en un calabozo. Su paciencia se había agotado y ya no podía verme circular plácidamente por la ciudad, deambular debajo de los portentosos balcones de madera y ante la mirada obnubilada de las mujeres de la alta sociedad.

Me encerró como si fuera un vulgar delincuente y me retuvo durante semanas y meses. El hombre quiso borrar del recuerdo de todos los palenqueros, quiso quitarme ese aire de dignidad en mis ojos que tanto le molestaba, pero no se atrevía a ejecutarlo. Quizás por miedo a que el rey lo destituyera y lo forzara a volver a España. Me mantuvo en la oscuridad y en el silencio provocando al mismo tiempo la ira de todos los negros libres de los palenques vecinos, de la Matuna, de los Montes de María y de muchos más que habían ido formándose en los últimos años. Los actos de rebeldía, de

vandalismo, los enfrentamientos directos, asesinatos y otros actos fueron creciendo como nunca. Lo noté al ver el profundo nerviosismo del gobernador cuando prorrumpió un día en mi celda para preguntarme el por qué de tanta desobediencia: «Dime cómo callar a estos salvajes que gritan en los montes. Dime cómo y te dejaré en paz». Mi respuesta fue clara e inflexible: «No entiendes nada. Ellos están gritando por la libertad. No hay nada más que la libertad que les pueda devolver la paz. Entonces, déjame salir».

El gobernador nunca se quiso abrir al diálogo. Me mantuvo encerrado y humillado esperando a que cambiara mi discurso y que colaborara con él. Nunca perdonó mis ganas de afirmarme, mi deseo de superación y, viendo que no estaba dispuesto a ceder un solo ápice de orgullo, anunció a principios del año 1621 mi inminente ejecución. Difundió la noticia por todos los barrios, todos los locales y los jardines de la ciudad, como si se tratara del mayor evento histórico de los últimos años: «el prófugo y rebelde Domingo Biojó será ahorcado y descuartizado el 16 de Marzo en la plaza pública de Cartagena». La noticia no me sorprendió. Mi ejecución representaba un alivio o un descanso, y ahora que me encuentro aquí, tocando la muerte con las dos manos, frente a una muchedumbre delirante y entusiasmada, me doy cuenta que también mi ejecución puede ser una fiesta o un espectáculo. Eso es lo que desean todos desde hace veinte años. Pero me iré de este mundo dignamente porque sé que mi historia empezó mucho antes de pisar las tierras de este continente y porque, después de mí, muchos seguirán clamando la independencia de sus raíces.

# INSUMISIÓN EN LAS ANTILLAS FRANCESAS

*Isla de Guadalupe (Caribe francés), siglo XVII - XIX.*

¿Quién lo hubiera pensado? ¿Quién hubiera dicho que el hombre que defendió los principios de una república basada en la ley, la patria, el orden y los derechos humanos, el mismísimo Napoleón Bonaparte, ordenaría la reinstauración de la esclavitud en las colonias francesas, ocho años después de su abolición? Nadie. Y menos aún los generales y comandantes negros y mulatos de la República francesa que, después de beneficiarse de los logros de la revolución, consiguieron el acceso a altos puestos de la administración y del ejército. El discurso institucional de Bonaparte acababa con los sueños de los pueblos oprimidos después de haberlos alentado.

El encargado de restablecer la esclavitud en la isla de Guadalupe fue el general Richepanse, un hombre tan severo como nervioso, enviado por Napoleón para aniquilar a los rebeldes que impedían la progresión de sus planes. Richepanse desembarcó el 6 de mayo de 1802 en la costa de Pointe-à-Pitre, con un paso altivo y toda la determinación que una expedición de más de tres mil hombres y diez grandes buques, perfectamente preparados, puede infundir. En sus ojos brillaban la acritud y la autoridad de un hombre reconocido por su crueldad y ambición. Tras su contribución a la victoria de Francia sobre los austriacos en 1800, sabía bien que el gobierno francés, y Napoleón en particular, tenían su mirada centrada en este conflicto, y que el desenlace del enfrentamiento había de ser fulminante, inmediato. Las consignas eran claras; un conflicto largo sólo ayudaría a debilitar la imagen de la potencia europea. Sus hombres triplicaban en número a los rebeldes, y eso explica la expresión firme y decidida del general que, nada más posar un pie sobre la arena, divulgó sus intenciones: «*Je les veux tous. Morts ou vifs*». Sí, efectivamente, el hombre estaba dispuesto a todo para restablecer los principios de un régimen que no toleraba la libertad de los hombres de color.

Enseguida sus batallones se organizaron minuciosamente y el subordinado más directo, el ayudante Gobert, se encargó de desarmar a los soldados del militar y el gobernador en funciones, Pélage, presentes a la

llegada para recibirles con honores y acusado triunfalismo. «Aleluya, *le ciel est avec nous. Nous allons gagner*», gritaba alegremente Pélage sin que Richepanse hiciera caso a su extrema mansedumbre y felicidad. Evidentemente, no podía confiar en nadie. Las Antillas eran famosas por ser una tierra en la que abundaban las traiciones y las confabulaciones, los filibusteros y los gobernadores despóticos; por eso Richepanse exhibió desde el principio una indudable firmeza y un rostro invariablemente huraño. Todos los militares rindieron armas, empezando por Pélage, salvo uno: el indómito Joseph Ignace, que mostró una vez más su hostilidad hacia las intenciones del poder central. Él y otros hombres huyeron hacia el sur, *Basse-Terre*, para organizarse y preparar la resistencia.

Al enterarse de la huida, el subordinado Gobert informó al General Richepanse de los hechos con una voz trémula que evidenciaba su relativa inexperiencia: «*Mon Général*, Joseph Ignace se ha retirado al sur de la isla, en la fortaleza Saint-Charles, para encontrarse con el coronel Louis Delgrés —el oficial carraspeó brevemente antes de seguir—: ¿Quiere que atacemos esa posición?». Richepanse sonrió brevemente, como si se mofara de los comentarios inocentes de su subordinado, y luego añadió: «*Biensur jeunôt*, quiero que tome el control de ese fuerte y que no deje a un solo negro rebelde vivo. *Vous m'avez bien compris?*».

Unos meses antes de la llegada del General Richepanse, el 21 de octubre de 1801, Joseph Ignace alentó una insurrección popular al percatarse de la misión secreta del almirante Lacrosse, que permanecía en el poder desde unos meses atrás. Lacrosse había recibido la orden de Napoleón de restablecer la esclavitud y, a tal fin, había dispuesto el arresto de varios oficiales negros del ejército constituido poco después del advenimiento de la República. Ignace era un hombre de treinta años, de piel rojiza y ojos saltones, valiente y nervioso, conocido por sus arranques y tosquedad. Un mulato analfabeto orgulloso de su libertad y de haber luchado al lado de Victor Hugues, el hombre que permitió abolir la esclavitud en la isla en 1794, para establecer los principios de una república igualitaria. Cuando se dio cuenta de los planes velados de Lacrosse, su reacción fue inmediata y explosiva: dio un taconazo estrepitoso ante la vista atónita de sus subordinados y el local en que se hallaban tembló. El dueño no se atrevió a regañarle porque sabía que arriesgaba su vida, y luego, con un gruñido espeluznante, Ignace manifestó su descontento: «*Ce scalopard*, quiere encerrar a todos los negros y mulatos. ¡Después de todo lo que hemos hecho por esta isla y de lo que hemos aguantado para estar aquí!»

Joseph Ignace no tardó en difundir la noticia por toda la isla, empezando por la ciudad de Pointe-à-Pitre, y en muy poco tiempo se vio enfrentado al

almirante Lacrosse, a quien logró neutralizar gracias a sus artimañas de líder imprevisible y astuto. Su orgullo estalló con el mismo ímpetu que una década antes, cuando tuvo que huir a los bosques insulares y frondosos para encontrar la libertad que le negaba el sistema esclavista. Ignace motivó a sus doscientos seguidores a luchar por la dignidad de su raza. Lo hizo con palabras sencillas y frases directas; no era un orador nato, pero el efecto fue notable en los ojos brillantes de los militares, que empuñaron sus armas al unísono para defender sus derechos y los principios de la República. «*Mes frères, vamos a demostrar que somos republicanos de verdad*». Luego, sabiéndose en inferioridad numérica, buscó un aliado sincero y convenció al coronel Louis Delgrés de los propósitos de Lacrosse.

No fue tarea fácil porque, habiéndose beneficiado de los cambios políticos para ascender en el ejército, Louis Delgrés dudaba en enfrentarse con el régimen francés y perder el prestigio logrado tras tanto sacrificio. Delgrés era todo lo opuesto a Joseph Ignace: calculador y astuto, idealista y paciente. Recibió una educación severa y exigente por parte de su padre blanco de Martinica, y tuvo oportunidad de consolidar su experiencia luchando directamente contra los ingleses en otras islas del Caribe. Ignace tuvo que insistir y repetir todo lo que, a sus ojos, eran indicios innegables de vuelta a la esclavitud. Lo razonó con patente alarmismo y desencanto, lo suficientemente claro para que Louis Delgrés entendiera la evolución de los últimos seis meses de aquel año 1801. Era irrefutable. Y Delgrés comprendió que, en efecto, el almirante Lacrosse, enviado por Napoleón, estaba restableciendo la esclavitud de forma paulatina y taimada, siguiendo un plan meticuloso en el que se aislaba y neutralizaba a los militares negros y republicanos. Su reacción no pudo ser más iracunda. Era una detonante mezcla de resentimiento y de engaño, indecible mezcolanza de desesperanza y de odio, de furia y de cansancio. ¿Cómo podían esclavizar nuevamente a unos hombres que habían conocido la libertad? ¿En qué mundo podía justificarse semejante acto? Ante la evidencia, Louis Delgrés trató de reprimir las lágrimas sin conseguirlo: su sueño se derrumbaba. Pensó en la locura de Napoleón, en aquel militar odioso, distanciado de la realidad de las Antillas. Para él, era obvio que no lograría nunca estabilidad alguna volviendo a un sistema decrepito, que iba en contra de los intereses de la mayoría negra de las islas. Era un enorme error. Sólo bastaba con examinar el caso de una isla vecina como *Saint-Domingue*, en la que la población negra era ahora mayoritaria. La vuelta a la esclavitud no sería un proceso fácil de emprender y él no lo facilitaría en absoluto.

«*C'est un cauchemar ou quoi?*—gritó Louis Delgrés ante la mirada de su amigo Ignace, apretando los puños y sacudiendo la cabeza en señal de

profundo rechazo—. ¿Qué se creen? ¿Que somos unos perros a los que se puede soltar y atar otra vez? Me dan asco». Delgrés no pudo contener su ira y golpeó las paredes de la sala en la que se hallaban con sus puños hasta sangrar profusamente. Ignace trató de detenerle pero siguió golpeando, mientras lloraba, hasta que el dolor le impidió seguir. Entonces se detuvo, y expresó su voluntad de defender la libertad: «Lucharemos hasta la muerte, *mon frère*», dijo solemnemente. Y Joseph Ignace asintió con un sincero abrazo: «*Jusqu' á la mort*».

A partir de ahí, la oposición al almirante Lacrosse se intensificó con una virulencia insospechada, gracias esencialmente al apoyo de la población. Y como consecuencia, Lacrosse se vio obligado a abandonar la isla en noviembre de 1801, sin despedirse de nadie, humillado y avergonzado, huyendo a toda velocidad para no padecer las represalias de los militares sublevados. Poco después, Pélage apareció en el horizonte con su eterna sonrisa blanca de arribista, se apresuró a coger las riendas de la isla y apaciguar las exigencias de los sectores enfrentados con respuestas oportunistas, aunque, realmente, su principal objetivo era ganarse el reconocimiento del gobierno napoleónico y mantenerse en el poder.

La llegada de Richepanse a las costas guadalupeñas el 6 de mayo de 1802 no fue una sorpresa para nadie. Los oficiales Delgrés e Ignace sabían que la respuesta del estado francés llegaría en un momento u otro. Lo que les sorprendió fue la magnitud de la misma. Ellos, que sólo sumaban poco más de ochocientos efectivos, vieron desembarcar un océano de militares, tres mil quinientos en total, equipados con material avanzado, caballos en perfecto estado y un afán insaciable de arrasarlo todo y, en particular, a los negros con ideas libertarias. La noticia del desembarco llegó a los oídos de los dos rebeldes como una inevitable borrasca de montaña que agita y remueve todo el paisaje. «Los hombres de Napoleón están ahí», comentaban los lugareños como si se tratara del Diablo en persona. «Van a acabar con todos nuestros sueños». El miedo se fue propagando como una epidemia extremadamente contagiosa, dividiendo los hogares por los que pasaba entre, de una parte, los que consideraban que habían de ser eternamente fieles al régimen francés y, de la otra, los que abogaban por la dignidad y la defensa de sus derechos. Estos últimos eran los más virulentos y exaltados, porque se veían respaldados por la constitución y la lucha de los últimos años, pero desgraciadamente la fuerza estaba del otro lado: del bando de los que desembarcaban con sus armas flamantes y destructoras.

La huida de Ignace, que se hallaba en Pointe-à-Pitre, fue casi inmediata. Con sus trescientos hombres se dirigió al sur, al fuerte de Saint-Charles, para

encontrarse con el coronel Delgrés. Siguió la costa para avanzar con más presteza y, por fin, cuando llegó al lugar deseado, le recibió Delgrés con manifiesto nerviosismo: «*Mon frère, je suis heureux de te voire. Dime: ¿cuántos son?*». La respuesta no le agradó y le produjo una amarga mueca, aunque ya imaginaba que Napoleón no iba a permitir que se aglutinara un movimiento rebelde en la isla. Entonces, conminó a Ignace a que entrase en la fortaleza y que asegurara ciertas posiciones estratégicas en la zona. Había que actuar rápidamente: «Esta es la lucha de nuestras vidas». También ordenó que un centenar de hombres, una octava parte de los efectivos, se adentraran en la selva y en los montes en forma de pequeños comandos, para detectar los avances del ejército de Napoleón y eliminar a los posibles intrusos.

A los tres días se registraron los primeros enfrentamientos. Algunos soldados aportaron las noticias de un conflicto sangriento: «Los hombres de Richepanse están armados hasta los dientes. No disponemos de suficientes municiones para resistir». Habían matado a un centenar de enemigos, pero muchos de ellos habían sucumbido, y ahora se acercaban imparablemente hasta los confines de la isla. «Resistiendo como lo estamos haciendo, nos encontraremos con ellos aquí en el fuerte de Saint-Charles, dentro de dos días». Louis Delgrés veía la inmediatez del choque y quiso mantener la calma para no alarmar a su compañero, pero su respiración agitada le traicionó. Ignace, tan observador como siempre, estalló: «*Bande de salopards, no dejaré que esto concluya así. Vamos a resistir y les pararemos. Ya verás cómo acabarán comprendiendo que estamos luchando por nuestra libertad. Nada más ni nada menos*».

Desolado ante la ironía de la historia, Louis Delgrés escribió una carta para los periódicos en la que manifestaba su indignación y el peligro ostensible de un retroceso social. Explicó que «*en los mejores días de un siglo para siempre famoso por el triunfo de las Luces, es cuando una clase de infortunados a los que se quiere anonadar se ve obligada a elevar la voz hacia la posteridad para dar a conocer, cuando haya desaparecido, su inocencia y sus desgracias...*» Después de mandarla a un periódico local, se sintió reconfortado y animado. Pensó que, tal vez, sus líneas podían cambiar la opinión pública y así influir en el ejército enemigo. Por eso resopló con alivio y dirigió un gesto de esperanza a su compañero Joseph Ignace: «*Mon frère, nous vaincrons*».

Soledad, la mujer de Ignace y fiel compañera en su lucha, supo que estaba embarazada unas semanas antes de la llegada de Richepanse y del ejército de Napoleón. Cuando le anunció la noticia a su marido no fue ninguna sorpresa para él. Ya había notado algunos cambios en la fisonomía de su pareja: su rostro era más hermoso, sus pechos más grandes, su vientre



ligeramente bombeado y su apetito sexual más marcado. En otros tiempos, sólo un año antes, hubiera celebrado la noticia con alegres festejos, invitando a todos sus familiares a una cena y a bailar *biguine*, pero ahora los tiempos habían cambiado, y su reacción fue más cauta. Ella le observó atentamente, quiso entender el motivo de su silencio y lo encontró en sus ojos acongojados. Entonces, le formuló esta pregunta: «¿Crees que nuestro hijo nacerá libre?» Esa era la mayor preocupación de ambos.

Joseph Ignace tardó en pronunciarse pero contestó manifestando su intención de resistir: «Haremos todo lo posible para que nazca libre. Tú y yo hemos combatido demasiado tiempo como cimarrones para que este niño sea esclavo». Evidentemente, esa respuesta no representaba ninguna garantía, ni tampoco una premonición; era simplemente un compromiso de lucha que Ignace emitía para reconfortar a su bella esposa. Luego la acogió en sus brazos y la besó tiernamente. La libertad del bebé dependía de muchísimos factores: primero de la resistencia popular en la isla, luego del ejército que enviaría Napoleón y de la capacidad de los insurgentes para derrotarlo. Todos estos factores eran difíciles de controlar, pero juró que pondría todo su empeño en defender la libertad de su hijo. El conflicto no era una cuestión de orgullo personal sino la de una raza entera y de su familia.

Preocupándose por el estado de su mujer, Joseph Ignace le pidió que no saliera de su casa, que se mantuviera en ella todo el tiempo, y cuando Richepanse hubo desembarcado para exigir la entrega de armas y la disolución de los movimientos resistentes, entonces él, a punto de huir, penetró en la casa con un rostro disgustado e invadido por el pánico: «*Ma chérie* —gritó él con una voz trémula—. Nos vamos enseguida. Súbete a este caballo». Ella no entendió, quiso preguntarle qué era lo que ocurría pero no tuvo tiempo para hacerlo porque, al instante, Joseph le dio una explicación: ¡Nos quieren encarcelar a todos! Ella se dejó conducir y, cuando estuvo sentada a horcajadas en el caballo, le preguntó dulcemente a su marido: «¿Y adónde vamos?». Él la miró con ojos brillantes y temerosos: «Vamos al sur, al Fuerte de Saint-Charles. Allí nos encontraremos con las tropas de Louis Delgrés». Ella le dio un último beso antes de emprender el viaje y en el oído le susurró unas palabras colmadas de admiración: «Tu hijo estará orgulloso de ti».

El ruido atronador de las armas se intensificó de repente y zarandeó el fuerte de Saint-Charles en medio de su soledad. Ignace pudo comprobar que los cálculos de Delgrés, quien había anticipado la llegada de los hombres para ese mismo día, eran correctos. Se apresuró en recargar su arma y dirigirse a sus hombres: «Vamos a tener que resistir». Con un gesto pleno de autoridad,

Louis Delgrés le refrenó y recordó que las municiones eran limitadas: «Tenemos una posición de fuerza, estamos en el fuerte, de modo que lo único que tenemos que hacer es ocupar los lugares estratégicos y disparar cuando realmente lo necesitemos». La idea era lógica porque, siendo inferiores numéricamente, no podían desperdiciar la munición.

Las tropas insurrectas tomaron posiciones y mantuvieron a los hombres de Richepanse a una distancia apreciable. De vez en cuando se acrecentaban las bajas a causa de una explosión y, apresuradamente, trataban de responder con exceso de rabia, disparando a ciegas, pero sin que esto afectara demasiado al ejército de Richepanse. Pese a tener una posición confortable, Louis Delgrés y Joseph Ignace comprendieron que, a largo plazo, su situación era insostenible: dependían de unas reservas de alimentos que se reducían a toda velocidad. Además, Richepanse y su ayudante Gobert habían cercado toda la zona para asfixiar a los rebeldes... y lo estaban logrando poco a poco.

En medio de la tormenta, Ignace se preocupó por su mujer, Soledad. La veía atormentada y triste, en compañía de Marie-Rose, la esposa de Louis Delgrés. Ambas se mantenían juntas, solidarias y deferentes, para no perder la esperanza, pero cada día que pasaba les afectaba más. «Vamos a ganar», insistió Joseph Ignace para levantar el ánimo de su mujer. «Ya verás cómo tu hijo nacerá libre». Eso es lo que él deseaba por encima de todo, por encima de su propia vida, pero, después de cuatro días de combate, se sentía extremadamente agotado, y las palabras que emitía eran simples reflejos de su voluntad o de sus sueños. La realidad era muy distinta porque, a fecha del 16 de mayo, habían perdido casi un centenar de hombres por culpa de los proyectiles, y las reservas de comida estaban llegando a un nivel alarmante.

Louis Delgrés insistió en que habían de resistir dignamente. «*Mes frères*: saldremos de aquí libres o moriremos todos». En un esfuerzo admirable, el hombre emitió varios discursos que lograron reanimar a los soldados negros encerrados en la fortaleza y así aguantaron unos días más bajo la opresiva y deprimente superioridad del ejército de Napoleón. El 18 de mayo, ante la resistencia heroica de los rebeldes, Richepanse llamó al gobernador, Pélage, y le exigió que redactara un documento firmado por ambos en el que se ofrecía la amnistía a cambio de la rendición inmediata. Pélage, pese a su color de piel, seguía obstinado en complacer las exigencias del General y obedeció con la misma presteza de siempre, creyendo que así se ganaría el apoyo de Napoleón. A los quince minutos, Pélage ya tenía redactado un documento y Richepanse lo recibió con un comentario irónico que no supo interpretar: «*Et bien*, parece que con un poco de educación se puede hacer algo más que trabajar en las plantaciones o en las galeras. Ya le diré algo de usted a Napoleón».

La carta fue recibida con rabia y recelo por Delgrés. Ignace le pidió que la leyera en voz alta y, cuando la lectura llegó a su fin, ambos se alzaron en protestas e insultos. «Este Pélage es una escoria», expresó Ignace y Delgrés fue algo más argumentativo: «Si Pélage es libre es porque nos ha vendido. Debe ser muy cobarde para haberse prestado a tales horrores». La resolución de seguir luchando adoptada por Louis Delgrés no fue discutida, ni siquiera por la mujer de Ignace que llevaba una nueva vida en su interior, porque esa amnistía significaba el retorno automático a la condición de esclavo.

El 22 de mayo la situación era insostenible. Habían caído más de trescientos hombres, las reservas eran casi inexistentes y los hombres de Richepanse habían logrado adueñarse de posiciones valiosas. El balance era nefasto. Louis Delgrés sintió que el fin estaba cercano, pero se abstuvo de decirlo para no perder el respaldo de los militares y consideró que lo mejor era salir de allí, hacia escenarios de combate más favorables. Por eso dividió el grupo en dos, entre los hombres de Joseph Ignace y los suyos. Así, seguirían luchando hasta el final y, después de abrirse camino con algunos cañonazos, Ignace iría hacia el noreste (Pointe-à-Pitre) mientras que él partiría en dirección al volcán, en el noroeste. El plan no era perfecto, pero era lo único que les quedaba. La decisión había sido tomada: morirían luchando.

Joseph Ignace fue el primero en salir y, como era de prever, salió con la fogaosidad que le caracterizaba, como un león salido de una jaula, jurando que su hijo jamás viviría como un esclavo. Detrás de él estaba su mujer, Soledad, a horcajadas sobre un caballo que resoplaba arduosamente, y a gran velocidad se adentraron en la densa vegetación del sur de la isla. Louis Delgrés se fue con la misma energía, caminando ansiosamente, pero con expresión ensimismada. Su mujer, Marie-Rose, le preguntó si estaba bien y él contestó algo que la dejó sin palabras: «Soy libre, que es lo importante». Cada uno de los hombres siguió su ruta, escapando de la rendición como si de la peste se tratara y buscando, en vano, el respaldo de una población cansada y temerosa. Joseph Ignace alcanzó la ciudad de Pointe-à-Pitre en un tiempo récord, se refugió en el fuerte de Baimbridge y trató de resistir a los ataques, pero las fuerzas movilizadas por el enemigo eran demasiado numerosas. El día 25, él y sus hombres estaban totalmente rodeados y no pudieron contrarrestar un asalto masivo ordenado por Gobert y que terminó en una auténtica masacre. Viendo el fin inminente y la violencia de la ofensiva, Ignace fue leal a su compromiso: abrazó desconsoladamente a su mujer, le besó la barriga y se retiró para poner fin a su vida con un balazo. Su última frase fue oída por algunos militares del bando enemigo: «No tendréis el placer de cogerme con vida».

La muerte de Ignace no sólo resonó en el interior del fuerte de Baimbridge: llegó también a los oídos de Louis Delgrés, que trataba de sublevar a la población en el oeste de la isla. La noticia le sorprendió justo después de haberse instalado en el viejo castillo Danglemont, en Matouba, la sierra dominada por el volcán *La Soufrière*, y acabó con su ánimo. Además, durante su escapatoria hacia la sierra, el General se vio inesperadamente separado de su mujer que, después de fracturarse una pierna, perdió el rastro de la expedición. La soledad era insoportable, asfixiante y deprimente, pero también consoladora porque en ella residía su libertad. Reflexionó largamente sobre el interés de su lucha, sobre las posibilidades que le quedaban. Observó a cada uno de sus subordinados con el orgullo de quien lidera a los hombres más dignos y leales de toda la isla. Negros de verdad, valientes y libres. Y bajo el ruido de los cañonazos adversos, cada vez más sonoros y destructivos, Louis Delgrés tuvo que hacerse a la idea y aceptar la evidencia: la muerte estaba cerca. Muy cerca. Por eso, reunió a todos sus camaradas —eran poco más de doscientos—y les hizo una pregunta inevitable: «*Mes frères*, ¿queréis morir como hombres libres o vivir como esclavos? La respuesta no se hizo esperar. Fue unánime y elocuentemente decidida: *Morir como hombres libres*. Entonces, con un gesto bravo, Louis Delgrés ordenó a sus hombres que reunieran barriles de pólvora en una de las salas del castillo de Danglemont y que los dispusieran con vistas a causar el mayor daño posible en caso de invasión del enemigo. La orden fue seguida al instante y, poco después, estaban todos reunidos, hombres, niños y mujeres, agrupados bajo el lema de la libertad. En un gesto de generosidad, Louis Delgrés liberó a un puñado de blancos que habían sido capturados y les dijo con tono abatido: «La libertad que nos negáis os la damos para que veáis la grandeza de nuestros corazones». Salieron corriendo, agradecidos y deseosos de respirar un aire nuevo y, al instante, sintiendo la inminencia del asalto de las tropas de Richepanse, Delgrés pidió que todo el mundo se cogiese de las manos y repitiera, sin interrupción, un eslogan hipnotizador: «No volveremos a la esclavitud». La última mirada de Louis Delgrés cayó sobre el rostro lloroso de un niño de seis años. Su último pensamiento fue para su mujer, Marie-Rose, a quien no volvió a ver desde la salida del fuerte Saint-Charles. Su último suspiro fue breve, pero libre. Y su último grito fue para todos sus hermanos: Joseph y los miles de caídos que, con la misma resolución, combatieron por lo más valioso: la libertad.

Luego, todo fue ruido y silencio. Dolor y resignación. Victoria y derrota. El último reducto de libertad de la isla desapareció con la pólvora.

# CONSTRUYENDO LA PRIMERA REPÚBLICA NEGRA

*Francia-Haití, siglo XIX.*

Encerrado en su lóbrega celda de la fortaleza de *Joux*, en los Alpes franceses, arropado por todos sus recuerdos de batallas, las grandezas de sus sueños y el perfume salino e inolvidable de su isla natal, *Saint-Domingue*, Toussaint L'Ouverture sabe que está muy cerca del fin. Siente la respiración de la muerte en su nuca y sabe que un día u otro amanecerá rígido y frío, pálido y ausente, en el catre de su celda. El que logró imponerse como el máximo líder negro de la colonia francesa de *Saint-Domingue*, ese militar valeroso y resuelto que derrotó rotundamente a los mulatos aliados al poder blanco, que desafió al poder central de Napoleón y que luchó sin cesar por el derecho a la libertad de los esclavos negros, siente en sus pulmones un dolor agudo que le impide respirar. Puede ser una neumonía, el tifus u otro mal cualquiera, pero sabe muy bien que esta enfermedad acabará con su vida. La asistencia médica es mínima y el frío de los Alpes es un castigo desolador, cruel y mortal, que penetra en las carnes, en los huesos y en la piel, con la misma facilidad que un arma cortante y bien afilada. Sabe que el frío puede acabar con su débil salud. Entonces, respira profundamente y piensa en la gente de color, en su gente, que sigue allá, en las Antillas, luchando por algo que es de todos: la libertad.

Qué ironía. La soledad de su celda sombría y de las paredes húmedas contrasta con su pasado de militar exitoso y gobernador. Contrasta con los orígenes de su sangre real africana. Él no la esconde, la siente y cada vez que lo hace, renace en su pensamiento la imagen de su abuelo que nació en África, en Dahomey, y que pertenece a la familia real Arada. Su vida es una insoportable ironía. Todo, y especialmente los recuerdos de su lucha por la defensa de los valores republicanos: la libertad y la igualdad, le atormentan en su celda individual. Después de la guerra de los cuchillos, un sangriento conflicto que tuvo que mantener contra los mulatos de la isla (aliados a los colonos blancos), se consolidó en el poder y, en 1801, firmó una constitución autonomista que encendió definitivamente al gobierno de Napoleón, deseoso

de restablecer la esclavitud. Esa maldita esclavitud. Ese fantasma omnipresente. Esos recuerdos reaparecen, se agitan y le nublan el pensamiento. Todo parece tan cerca y tan lejano a la vez. Son como postales escondidas en un baúl que, al ser extraídas, avivan un sentimiento olvidado o un recuerdo ameno. Tantas emociones, tantos sueños y ahora, se ve terminando sus días en un pozo oscuro de amargura, al otro lado del atlántico, en una celda roída por la humedad y el frío, las ratas y los insectos, el silencio y la soledad. Todo es un grito de irremediable horror.

Su caída empezó con la llegada de los veinticinco mil soldados franceses a finales del año 1801. Su captura se produjo poco después de que los resistentes negros de la Isla vecina de Guadalupe, Joseph Ignace y Louis Delgrés, murieran en el intento de defender la libertad. Sus hombres lucharon con bravura, adentrándose en la frondosa vegetación, usando su extrema rapidez y provocando la muerte de más de la mitad de los efectivos franceses, pero aún así la potencia francesa se iba imponiendo. Ahora está desplazado y anulado. Es humillante acabar tan lejos de su tierra, a miles de kilómetros de los que le apoyaban, pero se consuela con un pensamiento innegable: él ha sido el instigador de la lucha, ha sido el que estableció las bases de una autonomía y de una república negra. Pese al agotamiento mental y físico, recuerda perfectamente las palabras que pronunció el día de su captura a manos del ejército del General Leclerc: *«Al derrocarme, sólo se ha abatido el tronco del árbol de la libertad de los negros. Pero éste volverá a brotar de sus raíces, porque son muchas y muy profundas»*.

Al recordar esas palabras, el hombre sonríe. Él sabe sentir las vibraciones de su entorno y nunca le mienten. Sabe que su profecía se cumplirá en breve. Lo sabe porque otros resistentes negros, como Jean-Jacques Dessalines y Henri Christophe, exhiben la misma resolución, la misma intrepidez e irreverencia hacia el ejército francés. El miedo al poder blanco ya no existe. Ya no existe la superioridad moral de los blancos ni tampoco la eterna sumisión de los hermanos de color. Son cuentos. De eso está seguro y sabe que la única vía para evitar la esclavitud, es la independencia. No hay otra solución. El viejo sueño de la República Francesa ya está enterrado. Lo enterró el mismo Napoleón. Ahora es hora de construir la primera República Negra. Le duele saber que no se hallará en vida para entonces, que no podrá presenciar el momento de la independencia, pero se consuela con el hecho de haber abierto una brecha, de haber animado a las gentes a sublevarse y eso no es poco. No, no es poco.

Toussaint L'Ouverture fue hallado muerto en su celda el 7 de abril de 1803. Dicen algunas fuentes que en su rostro podía leerse una leve expresión de sonrisa, de alivio. Quizás el efecto de un sueño premonitorio. Eso nadie lo puede asegurar pero sí es un hecho que meses más tarde, el 18 de noviembre de 1803, los negros de Jean-Jacques Dessalines derrotaron a los franceses en la batalla de Vertières y, al año siguiente, el 1 de enero de 1804, Dessalines proclamó la independencia de Haití: la primera República Negra.

# QUERIDA ROSA

*Estados Unidos, siglo XX.*

Querida Rosa, ésta es una carta para ti. El recuerdo de tu acto de bravura, el inolvidable 1 de diciembre de 1955, me avasalla el pensamiento. Ese día estaba a tu lado. Sí. Sentado en la misma fila del autobús. Te vi subir y comprar tu billete, luego volviste a bajar para evitar los asientos donde se sentaban los blancos y entraste por detrás para sentarte, sin quererlo, a mi lado. Estabas cansada, o quizás fuera irritación, rebeldía e insumisión, y me miraste un segundo. Un gesto para saludarme porque cogías a menudo ese autobús. La fila en la que estábamos sentados era justo la del medio, la fila que teníamos que ceder a los blancos si ellos lo pedían, pero tú te sentaste en ella y me pareció que nadie te podría quitar de tu asiento. El peso de toda esta humillación, de toda la infamia que padecíamos, era intolerable y tú, Rosa Parks, queridísima hermana, no la ibas a tolerar más.

Si hubiese sabido lo que ibas a hacer y la resonancia que tendría tu acto heroico, me habría obligado para conversar más contigo, para impregnarme de tu fuerza de voluntad. Tu gesto marcó un modelo de lucha por los derechos civiles de Estados Unidos. Tú, simple costurera, hija de un carpintero y una maestra de escuela, una mujer de cuarenta y dos años, nos diste a todos una lección excepcional. Tu mensaje fue claro: no había que estudiar o ser un genio para luchar. No había que ser un estratega o millonario, cualquiera podía ser un héroe. Bastaba con ser valiente y fuerte, nada más. El héroe de nuestra revolución es el trabajador y el hombre ordinario, el que vela por su familia y por su comunidad, el que quiere ayudar a su prójimo, que anhela el respeto y la consideración y defiende los principios de no-violencia.

Los principios de dignidad y de solidaridad fueron la base de todo para alzarse contra la segregación y contra las leyes Jim Crow que perpetuaban la esclavitud en el país de las libertades. Y tú, querida Rosa, fuiste el estandarte de estos principios. Gracias a ti se empezó a hablar críticamente del trato inhumano que nos reservaba la sociedad, de los carteles y letreros que nos asemejaban a perros y en los que podíamos leer «Negros no» o «Sólo blancos». Tu lucha no se limitó a ese acto insólito de diciembre de 1955 porque, más



tarde, supe que llevabas seis años trabajando como asesora de una asociación para promover el bienestar de los negros. Fuiste una luchadora durante toda tu vida. Dios te bendiga.

Pero Rosa, déjame volver a la escena que quiero describir en este relato, lo que sucedió en la América de los años 50, cuando todavía no podíamos votar, cuando no podíamos mirar a los blancos a los ojos, no podíamos ir a los mismos baños, ni sentarnos en las mismas sillas. Vivíamos en un país que había batido a la Alemania Nazi, que reivindicaba su papel de libertador, y sin embargo nos trataba como a perros.

Te sentaste, me miraste, me saludaste, resoplaste y, poco tiempo después, vino un joven blanco, alto y distinguido. Los blancos nos parecían todos distinguidos porque ellos, a diferencia de nosotros, podían entrar en el autobús e ir directamente a sentarse, sin tener que bajarse del autobús y luego entrar por la puerta de atrás. No tenían esa obligación. No tenían ninguna, salvo la de hacernos sentir inferiores. El hombre nos miró a todos, pero creo que te enfocó más a ti que a los demás, y esperó a que nos levantáramos para ocupar una silla. Las demás sillas ya estaban ocupadas y por norma general debíamos cederle el sitio, pero tú no le hiciste caso. Te quedaste mirando al suelo, ignorándole. No te movías y yo me estremecí. Pensé que no habías oído, que quizás estabas ensimismada en tus pensamientos y quise decirte, yo mismo, que escucharas y te levantaras, pero el conductor no me dejó tiempo para reaccionar: «La mujer del fondo y los tres negros de al lado, levantaros y dejad el sitio al joven que acaba de subir». Te miré otra vez y vi que no estabas dispuesta a levantarte. Lo habías oído todo y tu mirada me lo hizo entender.

Mis compañeros de la izquierda se irguieron para ceder su puesto y yo, como si fuera un reflejo de defensa, también me erguí. Consideré que era la norma pero ahora, viéndolo después de tantos años, era el miedo a verme castigado, el temor a verme apuntado del dedo. No tendría que haberme levantado, tendría que haber permanecido a tu lado, determinado hasta el final, y haber desobedecido, pero ese día, fuiste tú la que nos diste una lección a todos. Quisiste detenerme y dijiste en voz alta, para que oyeran todas las personas de color del autobús, que el joven blanco ni siquiera había pedido el asiento. ¿Por qué te ibas a levantar? Los demás afro-americanos del autobús no pudimos reaccionar. Estábamos amedrentados. Sobrecogidos por tanta osadía. ¿Qué podíamos hacer? Tendríamos que haberte defendido, pero no teníamos tu fuerza. Ese día la única persona fuerte fuiste tú. Tú, Rosa Parks.

El conductor del autobús se dio cuenta de tu terquedad, entonces trató de persuadirte. «Señora, ceda el puesto al joven muchacho porque lo estipula

la ley». Así es como nos hablaban siempre. Ese era el maltrato que teníamos que afrontar a diario, pero tú no cediste. Dijiste que no pensabas levantarte y yo te admiré más que nunca. Todavía se oían hermanos afro-americanos en el fondo del autobús que te instaban a ceder el puesto. «No queremos problemas», decían algunos hermanos de piel, pero tampoco les hiciste caso y te admiré más todavía. Rosa Parks fuiste excepcional ese primer día de diciembre.

Al ver que no te movías el joven blanco se impacientó y dio unos pasos hacia atrás. La comunidad blanca estaba indignada. «¿Cómo se atreven estos monos?!», alcancé a escuchar. «¡Qué asco de gente! ¡Siempre creando problemas!». La indignación electrizaba el ambiente y el conductor se sintió obligado a adoptar una postura más autoritaria todavía. Este era su autobús y le estabas desautorizando en público. «¡Cede el asiento!» clamó él coléricamente, «¡O voy a hacer que te arresten!». Era una orden estricta, un desafío, un cara a cara entre tú, Rosa Parks, representante de nuestra comunidad negra, y el conductor, que representaba las leyes de la autoridad blanca. Te quedaste en tu asiento, miraste al joven blanco que lo esperaba, al conductor exasperado, y le respondiste: «Puede hacerlo, llame a la policía».

A partir de ese momento, todos los pasajeros de nuestra comunidad se pusieron de tu lado. Se dieron cuenta de que estabas dispuesta a sacrificar tu propio bienestar para defender los intereses de nuestro pueblo. Yo quería aplaudirte pero el miedo me lo impedía y observé detenidamente al conductor llamando a gritos a la policía. «Hay una rebelión de negros», vociferó agriamente. «Por favor, hay que detener a los sublevados». Los demás pasajeros blancos estaban atemorizados. Temían que este acto de rebelión terminara en un enfrentamiento abierto entre comunidades y, según ellos, había que demostrar cuanto antes una mano dura. «Hay que arrestar a todos los negros de este autobús», pronunció una vieja inquieta.

La policía llegó cinco minutos más tarde. No tardó demasiado porque una patrulla estaba estacionada en la esquina. En aquella época, la ciudad de Montgomery, en Alabama, era un auténtico estado policial y la presencia de los agentes era asfixiante. Nosotros, negros, no podíamos caminar sin ser observados, sin ser controlados, humillados, detenidos, o incluso asesinados. El número de asesinatos a manos de la policía era enorme y la mayor parte de los casos acababan archivados por los jueces que no querían implicarse en temas raciales. La vida en Alabama era un verdadero infierno. Una pesadilla, pero tú, Rosa Parks, decidiste afrontarla. Tuviste el valor de decir no a esa vida de resignación.

«¿Quién es la persona que atenta contra el orden público?», preguntó el agente al más alto de los cuatro que subieron en el autobús. El conductor te señaló con su dedo acusador y con una cara de profunda amargura, y todos nosotros, los afro-americanos desde el fondo del autobús, temimos por tu vida. Yo también quise implicarme en el asunto, decirle al policía que no quería ceder mi puesto, para que viera que apoyábamos tu acto temerario, pero no tuve el coraje. Estaba atemorizado. Petrificado, y seguramente, todos los demás se sentían igual. «Señora, usted ha infringido la ley. La vamos a tener que llevar a la comisaría». No te ablandaste, Rosa. Fuiste una heroína hasta el final y argumentaste que en la constitución todo el mundo tenía los mismos derechos. Pero la constitución era una ilusión, era un espejismo de esta sociedad injusta y engañosa. Entonces, te cogieron a la fuerza mientras nos animabas a seguir luchando. «¡Nuestro pueblo es digno y fuerte!», dijiste y yo me quedé observando tus ojos desafiantes. Eras un peligro para toda esta sociedad basada en el miedo, en la sospecha y en la desconfianza, porque tú ya no tenías miedo ninguno.

Luego me enteré que te llevaron a la comisaría y te encerraron en un calabozo. No tuviste derecho a un abogado. La versión del conductor fue la que primó porque él era blanco. Los blancos detenían la verdad absoluta en esos años. Pasaste una noche en ese calabozo oscuro, sin sábanas ni comida, en el que seguramente acabaron otros miles de negros como tú, y sólo porque no quisiste ceder tu asiento a un hombre más joven y blanco. Qué injusticia. Y al día siguiente, pudiste salir después de pagar los catorce dólares de la multa que había sido fijada. Ahora reflexiono y pienso que ese precio era muy bajo, casi insignificante, porque después de tu acto llegó el boicot a los autobuses de Montgomery y también la figura grandísima de nuestro reverendo Martin Luther King. Todo lo que hiciste ese primero de diciembre de 1955 desembocó en la lucha no-violenta más grande de toda nuestra historia. Gracias a ti, miles de personas se atrevieron a decir no a una humillación que duraba siglos. Gracias a ti, Rosa, pienso en cómo mejorar nuestra comunidad y ser digno de vivir.

# ASESINARON AL REY

*Estados Unidos, siglo XX.*

A las 6.01 de la tarde del 4 de abril de 1968 murió el rey, el rey afro-americano de los tiempos modernos, el rey de los luchadores por la paz y los derechos civiles: Martin Luther King. Todo ocurrió mientras el reverendo King se mantenía de pie en el balcón de la habitación del hotel en el que se albergaba esa noche, el Motel Lorraine en la ciudad de Memphis. En ese mismo hotel yo llevaba trabajando varios años como recepcionista y operador telefónico. Recuerdo que cuando entró Martin Luther King en nuestro humilde y discreto edificio, escoltado por otros acompañantes, como el reverendo del lugar, Samuel Billy Kyles o Ralph Abernathy (eran tres o cuatro en total, ya no lo recuerdo), no pude disimular mi nerviosismo. Fue algo inesperado, extraordinario. Ver al hombre que había cambiado literalmente la escena política de Estados Unidos en los últimos años, con un discurso de amor y de respeto, me conmovió profundamente. Me erguí de repente, boquiabierto, le miré atentamente tratando de encontrar algunas palabras de bienvenida y él me sonrió espontáneamente. «Qué tal hombre», fue lo que me dijo al verme petrificado detrás de la recepción con el teléfono en la mano. Entregué la llave de su habitación a uno de sus acompañantes. Era la habitación 306: La suite King-Abernathy. Ese número se me quedó marcado para siempre y apareció luego en mis peores pesadillas. El 306.

«Espero que descanse, y no dude en llamarnos si necesita cualquier cosa», le dije. Cuando le vi desaparecer en las angostas escaleras llamé a algunos de mis amigos, John y William, para decirles a quién había visto. «No puede ser», decían. «Qué suerte tienes». «Es el hombre más importante del siglo, el que ha sabido despertar un pueblo entero sumido en la humillación de la esclavitud y de la segregación». Mi corazón latía rápidamente. No podía contener mi ilusión. ¡Qué felicidad! ¡Qué privilegio poder ver al Rey, el grandísimo reverendo King en persona!

Empecé a leer el periódico del día. Esta vez me concentré únicamente en los artículos referentes al líder de los derechos civiles porque, aunque los había leído antes, quería estar perfectamente informado. Me enteré de los

pormenores de la manifestación del día anterior en Memphis en la que King pronunció un discurso emocionante destinado a un grupo de basureros negros que llevaban casi un mes en huelga para exigir unas condiciones de trabajo más humanas. El discurso se titulaba «He ido a la cima de la montaña» y en él, destacaba algunas amenazas en torno a su vida pero afirmaba su compromiso por los derechos de los más pobres. Era evidente, según algunas fuentes, que algunos racistas del sur planeaban su muerte y Martin era consciente de ello. En el periódico que leí ese día citaban algunas líneas de su discurso: *«Bien, no sé qué ocurrirá ahora. Tenemos tiempos difíciles por delante. Pero no me preocupa porque yo he ido a la cima de la montaña... He visto la tierra prometida. Puede que no llegue allí con vosotros, pero quiero que esta noche sepáis que, nosotros, como pueblo, llegaremos a la tierra prometida».*

Palabras poderosas, fuerza... saber que el hombre que las había pronunciado se encontraba en el mismo edificio en el que yo trabajaba me puso la piel de gallina. Quería manifestarle mi admiración, mi respeto y mi apoyo por lo que hacía, pero no sabía cómo. Quizás lo había intuido al ver mi mirada al entrar, pero yo quería decirselo. Era mi héroe y me costaba creer que el hombre que lideró el boicot de los autobuses en Montgomery, el mismo hombre que había pronunciado el discurso «Tengo un sueño» cinco años atrás, se hallaba tan cerca de mí. Pensé incluso en subir a su habitación para llevarle un tentempié, pero mi jefe y dueño del hotel, el señor Walter Bailey, con toda seguridad no apreciaría esa muestra de cariño.

Todo se oscureció de repente a las seis de la tarde. Unas horas después de la llegada de King. Se oyeron una sucesión de disparos, tres o cuatro. Puede que no lograra escucharlos todos. Pensé que alguna manifestación se estaba preparando y que algunos fuegos artificiales marcaban el momento, pero no. Todas mis sospechas fueron desmentidas cuando uno de los acompañantes de Martin Luther King, un amigo íntimo, bajó alocadamente de su habitación, sudoroso y enloquecido, para anunciarme que le habían disparado. Sí, a él, al ocupante de la habitación 306. El Rey estaba en el balcón cuando una bala entró por su mejilla derecha rompiendo su mandíbula y pasando por debajo de su espina dorsal. «¡Llame urgentemente una ambulancia!», me gritó el señor. «¡Por el amor de Dios, el reverendo King se está desangrando!». No pude reaccionar. Sentí un dolor agudo en el pecho, tan penetrante como una puñalada, y de repente se nubló mi visión por completo. Me temblaron las piernas y caí inconsciente detrás de la recepción.

La imagen de Martin Luther King, el rey de toda una generación pacifista, me acompañó durante ese extraño sueño. Me desperté a las ocho de la noche en una sala del hospital St. Joseph y enseguida pregunté por lo que había

pasado a Martin Luther King. «Está muerto», me dijo una enfermera. Me pareció ver una lágrima en sus ojos. No podía ser, Martin Luther King había muerto. Era una pesadilla.

A los quince minutos entró un inspector de policía en mi habitación para hacerme unas preguntas. «¿Quién le anunció que habían disparado a Martin Luther King? ¿Cuántos tiros oyó esa noche? ¿Consiguió marcar algún número de teléfono antes de perder el conocimiento?». Lloré y lloré sin poder detenerme y me sentí culpable de su muerte; podría haberle salvado llamando a una ambulancia, pero no lo hice. Tú, Martin, estuviste luchando por un pueblo y yo no pude reaccionar cuando más lo necesitabas. Le pregunté al inspector qué había ocurrido después de que yo perdiera el conocimiento. Me explicó que alguien detuvo una patrulla de policía en la calle y que solicitaron una ambulancia. Incomprensiblemente, nadie atendió las llamadas que el hombre hizo desde la recepción ni las que se hicieron desde otro cuarto del hotel. Miré al inspector y le pregunté: «¿Quién le ha matado?». «Aún no sabemos nada», me respondió. «Si lo supiéramos no estaría aquí con usted, pero hacemos todo lo posible, no dude de ello». Seguramente tenía que enfrentarse a este tipo de reacciones con frecuencia, sobre todo cuando están involucradas personalidades tan carismáticas como el reverendo King. El hombre se alejó de mi cama y dijo: «No va a ser nada fácil encontrar el autor del asesinato», cuando quise reaccionar ya había desaparecido de mi cuarto.

Los días que siguieron a la tragedia fueron de extrema angustia. Tuve que quedarme dos días más en el hospital. Durante ese tiempo leí cada uno de los periódicos locales y nacionales, devoré todo tipo de prensa, escuché la radio en busca de una pista sobre la muerte de Martin Luther King. La imagen del Motel Lorraine me removía las tripas. Supe por las noticias, y no era nada sorprendente, que esa misma rabia que llegué a sentir la noche de la muerte del reverendo fue también compartida por toda la comunidad negra de Estados Unidos. Una ola de revueltas y protestas se extendió por todo el país. Se registraron destrozos y enfrentamientos con las autoridades en más de sesenta ciudades los días siguientes a su muerte.

Recibí una llamada de mis amistades John y William que deseaban escuchar mi versión de lo acontecido pero no pude hablar con ellos. No encontraba las palabras. «Asesinaron al rey», les dije con voz trémula (sin recordar que ellos conocían los hechos) y ellos quisieron consolarme. «No te lo tomes así», me dijo uno. «Tú no eres el culpable», me decía el otro, pero ¿cómo podía ser que el hombre más carismático muriera justamente en el hotel donde yo trabajaba? Las lágrimas no me permitían encontrar ninguna respuesta, pero sí agotarme. Solo necesitaba dormir, pero no podía. Mi mente

no paraba de indagar y rastrear en la memoria las imágenes del reverendo y las de su acompañante pidiendo ayuda.

Cinco días después del asesinato, nuestro presidente Lyndon B. Johnson declaró un día de luto nacional por la pérdida del grandísimo hombre. No sé por qué se demoró tanto en hacerlo.

Quizás por miedo a ser criticado por los poderes blancos o simplemente porque los días siguientes a la muerte de Martin Luther King habían sido demasiado agitados para pronunciarlo oficialmente.

No se supo nada del asesino hasta el 8 de junio de 1968, cuando detuvieron al presunto autor del crimen en el aeropuerto de Londres. Un hombre llamado James Earl Ray, capturado mientras intentaba salir del Reino Unido con un pasaporte canadiense falso, fue condenado el año siguiente a 99 años de prisión. Muchos tuvimos el presentimiento de que no se trataba del verdadero asesino porque, después de confesar los hechos, se retractó para declarar su inocencia e implicar a otras personas. Sabemos cuáles pueden ser los efectos de la tortura y, en muchas ocasiones, detenidos se han visto obligados a reconocer crímenes que no han cometido. Las sospechas de conspiración eran y siguen siendo importantes pero nunca pudieron averiguarse.

Aunque sólo sirva de consuelo, me quedo con la idea de que el viaje de Martin Luther King a Memphis y su estancia en el Motel Lorraine sirvieron para algo. Después de su asesinato los basureros consiguieron sus objetivos sindicales, fueron los últimos en beneficiarse de la labor del Rey, convertido ya en mito. Su aura sigue, aún hoy, inspirando a millones de personas en todo el mundo.